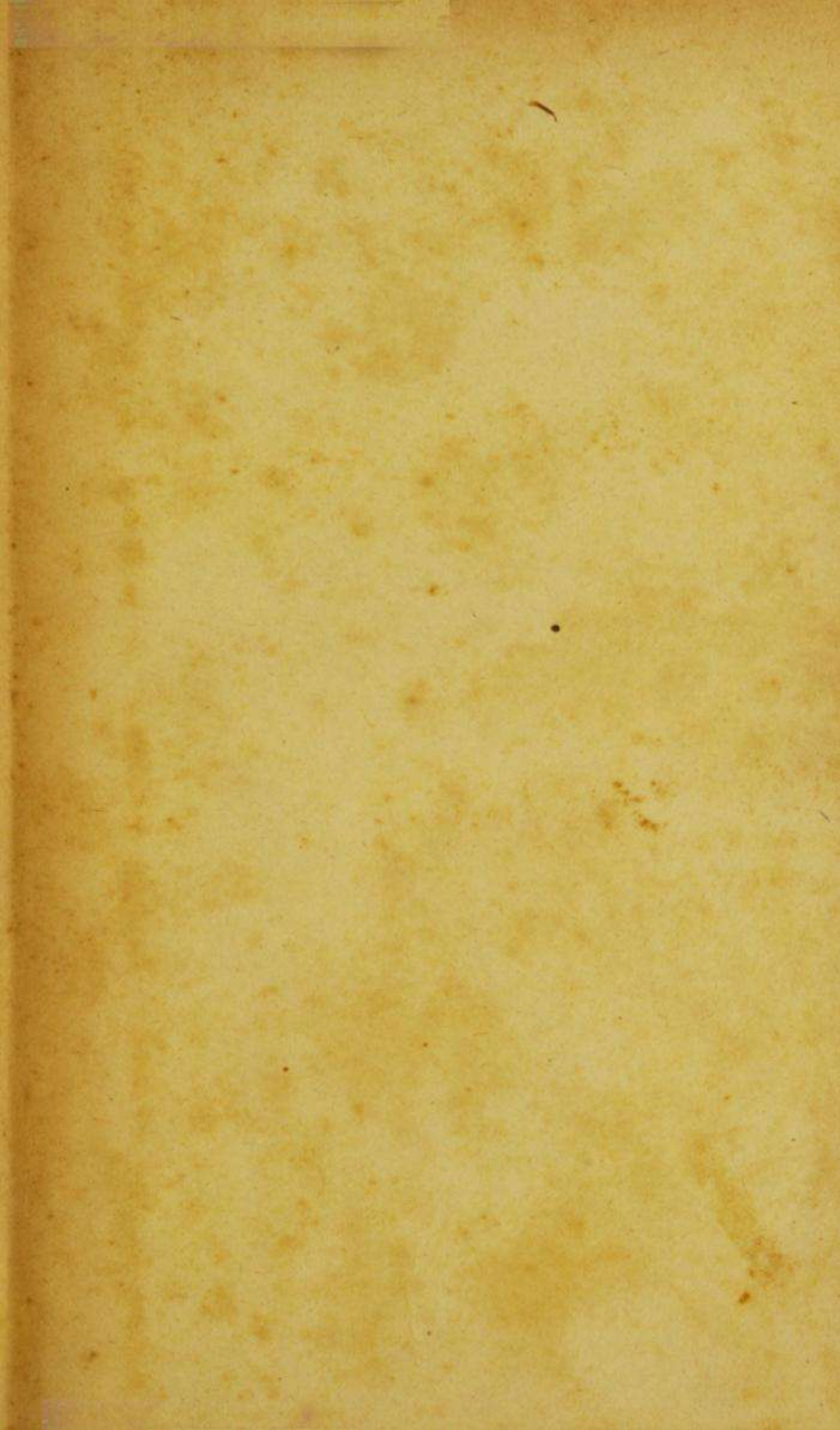


The image shows the front cover of a book, bound in a dark brown, textured material. The cover is highly decorative, featuring a central rectangular label with the word "CERVANTES" in a stylized, blackletter font. This label is framed by a wide, ornate border composed of multiple layers of intricate patterns, including repeating floral and geometric motifs. The overall design is characteristic of late 19th or early 20th-century bookbinding.

CERVANTES





MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



LAR 10

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

NOVELAS

EJEMPLARES

EL CELOSO EXTREMEÑO

LA ILUSTRE FREGONA - LAS DOS DONCELLAS

LA SEÑORA CORNELIA - EL CASAMIENTO ENGAÑOSO

COLOQUIO DE LOS PERROS - LA TÍA FINGIDA

TOMO II

BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.^a, *Ausias March*, 95

1886



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.^a



EL CELOSO EXTREMEÑO

No há muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasión muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en que una flota partia para Tierra firme, acomodo-

dándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendición á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplabá; el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano. Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinación había pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida había tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolución de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con más recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma, cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navios, que no dejó nadie en sus asientos, y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecía, el cual viaje fué tan próspero, que sin recibir algún revés ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena; y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenía Felipe, cuando pasó á las Indias, sería de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó á tener más de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecían, dejando el Perú, donde había granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos: quiso partirse á su

tierra, aunque ya había tenido nuevas que ningún pariente le había dejado la muerte: y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatían, aunque por diferente causa; que si entonces no dormía por pobre, ahora no podía sosegar de rico; que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni saber usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que había de hacer dellas, á causa que tenerlas en sér, era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y parecíale que conforme á los años que tenía, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podía, pues había dado al mundo más de lo que debía: por otra parte consideraba que la estrechez de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y más cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias: quisiera tener á quien dejar sus bienes después de sus días, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y parecíale que aún podía llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacía, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condición era el más celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con sólo la

imaginación de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso no casarse.

Y estando resuelto en esto y no lo estando en lo que había de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella: y luégo sin más detenerse, comenzó á hacer un gran montón de discursos, y hablando consigo mismo decía: Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica, y ella es niña; sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarme he con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condición que aquella que yo le enseñare: yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden: de que tenga dote ó no, no hay que hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto pues; echada está la suerte, y ésta es la que el cielo quiere que yo tenga. Y así hecho este soliloquio, no una vez sino ciento, al cabo de algunos días habló con los padres de Leonora, y supo cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intención y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decía, y que él también le tendría para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habían dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en

veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamás había tenido: y la primera muestra que dió de su condición celosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así anduvo mirando cuál otra mujer tendría poco más ó menos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer su ropa, y probándosela su esposa, halló que le venía bien, y por aquella medida hizo los demás vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por más que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se había puesto, no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetán. La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad, que tenía agua de pié y jardín con muchos naranjos: cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de la casa: en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una cabailleriza para una mula, y encima della un pajar y apartamento, donde estuviese el que había de curar della, que fué un negro viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa había de mirar al cielo por la línea recta, sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno que de la casapuerta respondía al patio: compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertóse con un despensero que le trujese y comprase

de comer, con condición que no durmiese en casa, ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese: hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese: hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provisión de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora aún no sabía lo que la habia acontecido, y así llorando con sus padres, les pidió su bendición, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermón á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna vía ni en ningún modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco: y á quien más encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo habia recibido: prometiéndoles que las trataría y regalaría á todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los días de fiesta todos sin faltar ninguno, oirían misa, pero tan de mañana, que apenas tuviese la luz lugar de verla.

Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo: y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza, y dijo que ella no tenía otra voluntad que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente. Hecha esta prevención, y recogido el buen extre-

meño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los cuales á Leonora, como no tenia experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos, y así pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas; y ellas por pasarle mejor dieron en ser golosas, y pocos días se pasaban sin hacer mil cosas, á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habian menester, y no menos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condición y la terneza de sus años: todo lo cual era de grandísima satisfacción para el celoso marido, pareciéndole que había acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego; y así sólo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos cuántos le viniesen al pensamiento, que de todos seria servida. Los días que iba á misa, que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres, y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrechez en que vivia, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el dispensero viniese, á quien de la noche antes por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que había de traer otro día, y en viniendo el dispensero, salía de casa Carrizales las más veces á pié, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Íbase á sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de

condición llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesión en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara, como ahora oiréis.

Dígame ahora el que se tuviere por más discreto y recatado: ¿qué más prevenciones para su seguridad podía haber hecho el anciano Felipe, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese algún animal que fuese varón? Á los ratones della jamás los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro, todos eran del género femenino: de día pensaba, y de noche no dormía: él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien quería: jamás entró hombre de la puerta adentro del patio: con sus amigos negociaba en la calle: las figuras de los paños que sus salas y cuadros adornaban, todas eran hembras, flores y boscajes: toda su casa olía á honestidad, recogimiento y recato, aun hasta en las consejas, que en las largas noches del invierno en la chimenea sus criadas contaban; por estar él presente, en ninguna ningún género de lascivia se descubria: la plata de las canas del viejo á los ojos de Leonora parecían cabellos de oro puro, porque el amor primero que las doncellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera: su demasiada guarda le parecia advertido recato: pensaba y creía que lo que ella pasaba, pasaban todas las recién casadas: no se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa más de aquella que la de su marido quería: sólo los días que iba á misa veía las calles, y esto era tan de mañana, que si no era al volver de la iglesia, no había luz para mirallas: no se vió monasterio tan cerrado, ni monjas más recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar de caer en lo que recelaba: á lo menos en pensar que había caído.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comunmente suelen llamar gente de barrio: estos son los hijos de vecino de cada collación y de los más ricos della, gente baldia, atildada y meliflua; de la cual, y de su traje y manera de vivir, de su condición y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir; pero por buenos respetos se deja. Uno destos galanes, pues, que entre ellos es llamado virote, mozo soltero (que á los recién casados llaman matones), acertó á mirar la casa del recatado Carrizales; y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivia dentro; y con tanto ahínco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba: supo la condición del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla: todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar por fuerza ó por industria fortaleza tan guardada; y comunicándolo con dos virotos y un matón, sus amigos, acordaron que se pusiese por obra; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores. Dificultaban el modo que se tendría para intentar tan dificultosa hazaña; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto: que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos días, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio, y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningún pobre en toda la ciudad los traía tan astrosos: quitóse un poco de barba que tenia, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal que el más verdadero estropeado no se le igualaba. Con este talle se ponía cada noche á la oración á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luís se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico,

comenzaba á tañer algunos sonos alegres y regocijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponian á escucharle, y siempre en tanto que cantaba estaba rodeado de muchachos, y Luis, el negro, poniendo los oídos por entre las puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más á su placer: tal es la inclinación que los negros tienen á ser músicos. Y cuando Loaysa queria que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar, y recogia su guitarra, y acogiéndose á sus muletas, se iba. Cuatro ó cinco veces habia dado música al negro (que por sólo él la daba), pareciéndole que por dónde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio, habia y debía ser por el negro, y no le salió vano su pensamiento; porque llegándose una noche como solia á la puerta, comenzó á templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y llegándose al quicio de la puerta, con voz baja dijo: ¿Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar? No, dijo el negro, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dárosela. Pues ¿quién tiene la llave? preguntó Loaysa. Mi amo, respondió el negro, que es el más celoso hombre del mundo, y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no sería más mi vida; pero ¿quién sois vos, que me pedis el agua? Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto enseño á tañer á algunos morenos, y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclavos de tres veinticuatro, á quien he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebién. Harto mejor os lo pagara yo, dijo Luis, á tener lugar de tomar lición; pero no es posible, á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la

puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas. Por Dios, Luís, replicó Loaysa (que ya sabía el nombre del negro), que si vos diédes traza á que yo entrase algunas noches á daros lición, en menos de quince días os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiédes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar, y más que he oido decir que vos tenéis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada, debéis de cantar muy bien. No canto mal, respondió el negro; pero ¿qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, sino es la de la estrella de Venus, y la de

Por un verde prado,

Y aquella que ahora se usa, que dice:

*Á los hierros de una reja
La turbada mano asida.*

Todas esas son aire, dijo Loaysa, para las que yo os podría enseñar; porque sé todas las del moro Abindarráez, con las de su dama Jarifa, y todas las que se cantan de la historia del gran Sofi Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos portugueses; y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa á aprender, apenas habréis comido tres ó cuatro moyos de sal, cuando ya os veáis músico corriente y moliente en todo género de guitarra. Á esto suspiró el negro, y dijo: ¿Qué aprovecha todo eso, si no sé cómo meteros en casa? Buen remedio, dijo Loaysa: procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimiréis de manera que queden señaladas las guardas en la cera, que por la afición que os he tomado, yo haré que un cerrajero,

amigo mío, haga las llaves y así podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltándole el arrimo de la guitarra: que quiero que sepáis, hermano Luís, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates cuando no se acompaña con el instrumento, ahora sea de guitarra, ó clavicimbanó, de órganos ó de arpa; pero el que más á vuestra voz le conviene, es el instrumento de la guitarra, por ser el más mánero y menos costoso de los instrumentos. Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamás entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de día y de noche duermen debajo de su almohada. Pues haced otra cosa, Luís, dijo Loaysa, si es que tenéis gana de ser músico consumado; que si no la tenéis, no hay para qué cansarme en aconsejaros. Y ¿cómo si tengo gana? replicó Luís, y tanta que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico. Pues así es, dijo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo con qué podáis de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volveremos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó donde dormis, me daré tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veáis aún más de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéramos de comer no tengáis cuidado, que llevaré matalotaje para entrambos y para más de ocho días, que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar. De la comida, replicó el negro, no habrá que temer, que con la ración que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará comida para otros dos: venga ese martillo que decis y tenazas, que yo haré por junto á este quicio lugar por

donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan lejos de esta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra si los oye. Pues á la mano de Dios, dijo Loaysa, que de aquí á dos días tendréis, Luis, todo lo necesario para poner en ejecución vuestro virtuoso propósito: y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningún provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por cuantas voces tiene el suelo. No digo tal, dijo Loaysa, ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida jamás fué causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el negro; aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal, este me llenan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla, que también cabe dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dijo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe ni canta. Andad con Dios, dijo el negro, pero mirad que no dejéis de venir á cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habéis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y cómo si vendré, replicó Loaysa, y aun con tonadicas nuevas. Eso pido, dijo Luis, y ahora no me dejéis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto, y en lo de la paga entienda el señor pobre que le he pagar mejor que un rico. No reparo en eso, dijo Loaysa, que según yo os enseñare, así me pagaréis; y por ahora escuchad esta tonadilla, que cuando esté dentro veréis milagros. Sea en buen hora, respondió el negro; y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veía la hora de abrir la puerta. Apenas se quitó Loaysa de la puerta, cuando con más ligereza que el traer de sus muletas prometía, se fué á dar cuenta á sus consejeros de su

buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba; hallólos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro día hallaron los instrumentos, tales que rompían cualquier clavo como si fuera de palo. No se descuidó el virote de volver á dar música al negro, ni menos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriéndolo de manera, que á no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podía caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos: abrió la puerta, y recogió dentro á su Orfeo y maestro; y cuando le vió con sus dos muletas y tan andrajoso, y tan fajada su pierna quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo por no ser necesario, y así como entró, abrazó á su buen discípulo, y le besó en el rostro, y luégo le puso una gran bota de vino en las manos, y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveídas: y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó á hacer cabriolas; de lo cual se admiró más el negro, á quien Loaysa, dijo: Sabed, hermano Luis, que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer pidiendo por amor de Dios, y ayudándome della y de mi música paso la mejor vida del mundo, en el cual todos aquellos que no fuesen industriosos y tracistas morirán de hambre, y esto lo veréis en el discurso de nuestra amistad.

Ello dirá, respondió el negro; pero demos orden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza. En buen hora, dijo Loaysa; y sacando clavos de sus alforjas asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bien como de antes: de lo cual quedó contentísimo el negro, y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenía el negro, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luégo Luis un torzal de cera, y sin más aguardar sacó su

guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente, suspendió al pobre negro de manera, que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tañido un poco, sacó de nuevo colación, y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dejó más fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordenó que luégo tomase lición Luís, y como el pobre negro tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso le hizo creer Loaysa que ya sabia por lo menos dos tonadas; y era lo bueno que el negro se lo creía, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias. Durmieron lo poco que de la noche les quedaba; y á obra de las seis de la mañana bajó Carrizales, y abrió la puerta de en medio, y también la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al negro que bajase á tomar cebada para la mula y su ración, y en tomándola se fué el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho, de que no poco se alegraron maestro y discípulo. Apenas salió el amo de casa, cuando el negro arrebató la guitarra, y comenzó á tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron: ¿Qué es esto, Luís, de cuándo acá tienes tú guitarra, ó quién te la ha dado? ¿Quién me la ha dado? respondió Luís, el mejor músico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en menos de seis dias más de seis mil sones. ¿Y dónde está ese músico? preguntó la dueña. No está muy lejos de aquí, respondió el negro, y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi señor, quizá os le enseñara luégo, y á fe que os holgásedes de verle. Y ¿adónde puede él estar que nosotras no le podamos ver, replicó la dueña, si en esta casa jamás entró otro hombre que nuestro dueño? Ahora bien, dijo el negro, no os quiero decir nada hasta que veáis lo que yo sé y él me ha enseñado en el breve tiempo que he

dicho. Por cierto, dijo la dueña, que si no es algún demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta brevedad. Andad, dijo el negro, que le oiréis y lo veréis algún día. No puede ser eso, dijo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oír á nadie. Bien está, dijo el negro, que para todo hay remedio, si no es para excusar la muerte; y más si vosotras sabéis ó queréis callar. Y ¿cómo que callaremos? hermano Luís, dijo una de las esclavas: callaremos más que si fuésemos mudas, porque te prometo, amigo, que me muero por oír una buena voz, que después que aquí nos emparedaron, ni aun el canto de los pájaros habemos oído. Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecución de su gusto, y que la buena suerte había tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que cuando menos se pensasen las llamaría á oír una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejó y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar lición, pero no se atrevía á tocar de día, porque su amo no le oyese: el cual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas, según su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel día de comer por el torno al negro, dijo Luís á una negra que se lo daba, que aquella noche después de dormido su amo bajasen todas al torno á oír la voz que les había prometido, sin falta alguna: verdad es que antes que dijese esto había pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que había dado de hacer oír á las criadas una voz extremada, asegurándole que sería en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él más deseaba: pero al fin dijo que haría lo que su buen discípulo pedía, sólo por darle gusto, sin otro interés alguno. Abrazóle el negro, y dióle un beso en el carrillo

en señal del contento que le había causado la merced prometida, y aquel día dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara. Llegóse la noche, y en la mitad della ó poco menos comenzaron á cecear en el torno, y luégo entendió Luis que era la cáfila que había llegado; y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondiéronle que todas, si no su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa: pero con todo eso quiso dar principio á su designio y contentar á su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo que dejó admirado al negro, y suspenso al rebaño de las mujeres que le escuchaba. Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron, cuando le oyeron tocar el *Pésante de ello*, y acabar con el endemoniado són de la zarabanda, nuevo entonces en España? No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de los escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galán y gentil hombre que había en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince días de casa, que ellas le regalarían muy bien, y darían cuánto hubiese menester. Preguntáronle qué modo había tenido para meterle en casa. Á esto no les respondió palabra: á lo demás dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que después lo taparían con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraría.

Hablólas también Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salían de ingenio de pobre mendigante: rogáronle que

otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harían con su señora que bajase á escucharle á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacía de sus años, sino de sus muchos celos. Á lo cual dijo Loaysa, que si ellas gustaban de oírle sin sobresalto del viejo, que él les daría unos polvos que le echasen en el vino, que le harían dormir con pesado sueño más tiempo del ordinario. ¡Jesús, valme, dijo una de las doncellas; y si eso fuese verdad, qué buenaventura se nos había entrado por las puertas sin sentillo y sin merecello! No serían ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento: ¡ay señor mio de mi alma! traiga esos polvos, así Dios le dé todo el bien que desea: vaya, y no tarde, tráigalos, señor mio, que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora; y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres días con sus noches, que otros tantos tendríamos nosotras de gloria. Pues yo los traeré dijo Loaysa, y son tales que no hacen otro mal ni daño á quien les toma, sino es provocarle á sueño pesadísimo. Todas les rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese se despidieron; y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar lición, la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no había mejor oído que el suyo en cuantos discípulos tenía, y no sabía el pobre negro ni lo supo jamás hacer un cruzado.

Tenían los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decía algo ó si había menester alguna cosa, y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para dárselo á Carrizales, que él

había oído decir que había unos polvos para este efecto: dijéronle que tenían un médico amigo que les daría el mejor remedio que supiese, si es que le había, y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidieron. Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido, que aunque ella vencida deste temor no había querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposición del músico pobre, que sin haberle visto le alababa y le subía sobre Absalón y sobre Orfeo, que la pobre señora convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenía ni tuviera jamás en voluntad. Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetán leonado, anchos á la marinesca, un jubón de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaje, que de todo vino proveído en las alforjas, imaginando que se había de ver en ocasión que le conviniese mudar de traje. Era mozo y de gentil disposición y buen parecer, y como había tanto tiempo que todas tenían hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luégo otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido: y después que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese orden y traza cómo el señor su maestro entrase allá dentro, para oírle y verle de más cerca, y no tan por brújula como el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor que podía

cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucedería así, si le tuviesen escondido dentro. Á esto contradijo su señora con muchas veras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaría en el alma, pues desde allí le podían ver y oír á su salvo, y sin peligro de su honra. ¿Qué honra? dijo la dueña: el rey tiene harta: estése vuesa merced encerrada con su Matusalén, y déjenos á nosotras holgar como pudiéremos: cuanto más, que parece este señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras más de lo que nosotras quisiéremos. Yo, señoras mías, dijo á esto Loaysa, no vine aquí sino con intención de servir á todas vuestas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden: hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condición y tan obediente, que no haré más de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuestas mercedes dijere: maestro, siéntese aquí, maestro, pásese allí, echaos acá, pasaos acullá, así lo haré, como el más doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia. Si eso ha de ser así, dijo la ignorante Leonora, ¿qué medio se dará para que éntre acá dentro el señor maese? Bueno, dijo Loaysa: vuestas mercedes pugnen por sacar en cera la llave de esta puerta de en medio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra, tal que nos pueda servir. En sacar esa llave, dijo una doncella, se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra. No por eso será peor, replicó Loaysa. Así es verdad, dijo Leonora; pero ha de jurar ese señor primero que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos. Si juro, dijo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besalla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dijo Loaysa, y por esta señal de cruz que la

beso con mi boca sucia; y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dijo otra de las doncellas: Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuautem de todo. Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos después de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de París, Loaysa les habló, y les dió cuenta del término en que estaba su pretensión, y les pidió si traían los polvos, ó otra cosa como se la había pedido, para que Carri-zales durmiese; dijoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos, ó un unguento, vendría la siguiente noche, de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos días, sino era lavándose con vinagre todas las partes que se habían untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harían hacer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si se le cumplía la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento, y llega el término que quieren, porque nunca pára ni sosiega.

Vino pues la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el cual tenía cerrada la puerta del aposento donde dormía con llave, y después de haber cerrado, se la ponía debajo de la almohada, y que su señora les había dicho que en durmiéndose el viejo,

haria por tomarle la llave maestra, y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera. Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo, y estando en esto oyó la trompa de París: acudió al puesto, halló á sus amigos que le dieron un botecico de unguento de la propiedad que le habian significado: tomólo Loaysa y díjoles que esperasen un poco, que les daría la muestra de la llave: volvióse al torno, y dijo á la dueña, que era la que con más ahínco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenía, y que procurase untar á su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que vería maravillas. Hizolo así la dueña, y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oído de su señora, y con voz baja le dijo que traía el unguento, y de la manera que había de probar su virtud. Ella tomó el unguento, y respondió á la dueña cómo en ninguna manera podía tomar la llave á su marido porque no la tenía debajo de la almohada como solía, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maese que si el unguento obraba como él decía, con facilidad sacarían la llave todas las veces que quisiesen, y así no sería necesario sacarla en cera: dijo que fuése á decirlo luego, y volviese á ver lo que el unguento obraba, porque luego luego le pensaba untar á su velado.

Bajó la dueña á decirlo al maese Loaysa, y él despidió á sus amigos que esperando la llave estaban. Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuando á ellas le llegó, le parecía que se estremecía, y ella quedó mortal, pareciéndole que la había cogido en el hurto. En efecto, co-

mo mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura. Poco espacio tardó el alopiado unguento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luégo comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oír en la calle: música á los oídos de su esposa más acordada que la del maese de su negro; y aún mal segura de lo que veía se llegó á él, y le estremeció un poco, y luégo más, y luégo otro poquito más por ver si despertaba; y á tanto se atrevió que le volvió de una parte á otra sin que despertase: como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baja como la primera llamó á la dueña que allí la estaba esperando, y le dijo: Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme más que un muerto. Pues ¿á qué guardas á tomar la llave, señora? dijo la dueña; mira que está el músico aguardándola más há de una hora. Espera, hermana, que ya voy por ella, respondió Leonora; y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones, y sacó la llave de en medio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin más esperar abrió la puerta, y la presentó á la dueña, que la recibió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuése á abrir al músico, y que le trujese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podía suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que había hecho de no hacer más de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen. Así será, dijo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura, y besa la cruz seis veces. No le pongas tasa, dijo Leonora, bésela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oír cantar y tañer, que en mi ánima que lo hace delicadamente; y anda, no te detengas

más, porque no se nos pase la noche en pláticas. Alzóse las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de la casa esperando, y habiéndoles mostrado la llave que traía, fué tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como á catedrático, diciendo: viva, viva; y más cuando les dijo que no había necesidad de contrahacer la llave, porque según el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen. Ea pues, amiga, dijo una de las doncellas, ábrase esa puerta, y éntre este señor, que há mucho que aguarda, y démonos un verde de música, que no haya más que ver. Más ha de haber que ver, replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. Él es tan bueno, dijo una de las esclavas, que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó á Loaysa que todo lo había estado escuchando por el agujero del torno, el cual llegándose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo: Sabrá vuesa merced, señor mío, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas de esta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi señora, y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, también lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, según se les antoja: y siendo esto así, como lo es, no sería razón que á trueco de oír dos, ó tres, ó cuatro cantares, nos pudiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazón, vuesa merced nos ha de hacer, primero que éntre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer más de lo que nosotras le ordenáremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura: y

si es que vuesa merced viene con buena intención, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien y rebién ha dicho la señora Marialonso, dijo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe, y si es que el señor no quiere jurar, no éntre acá dentro. Á esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina: Por mi, más que nunca jura, éntre con todo diablo, que aunque más jura, si acá estás todo olvida. Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: Por cierto, señoras hermanas y compañeras mías, que nunca mi intento fué, es, ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren; y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligación cuarentigia; y quiero hacer saber á vuesa merced que debajo del sayal hay al, y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varón: y así juro por la intemerata eficacia donde más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabrás, de no salir ni pasar del juramento hecho, y del mandamiento de la más mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer, desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora lo doy por nulo, y no hecho ni valedero. Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las doncellas que con atención le había estado escuchando, dió una gran voz, diciendo: Este sí que es juramento para enternecer las piedras; mal haya yo, si más quiero que jures, pues con sólo lo jurado podías entrar en la misma sima de Cabra: y asiéndole de los gregüescos le metió dentro, y luégo todas las demás se le

pusieron á la redonda. Luégo fué una á dar las nuevas á su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subía el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si había jurado. Respondióle que sí, y con la más nueva forma de juramento que en su vida había visto. Pues si ha jurado, dijo Leonora, asido le tenemos: ¡oh qué avisada que anduve en hacelle que jurase! En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrádoles el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojársele á los piés para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese: lo cual considerado por Loaysa, les dijo que bien podían hablar alto, porque el unguento con que estaba untado su señor tenía tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponía á un hombre como muerto. Así lo creo yo, dijo Leonora; que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, según le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero después que le unté, ronca como un animal. Pues eso es así, dijo la dueña, vámonos á aquella sala frontera, donde podremos oír cantar aquí al señor, y regocijarnos un poco. Vamos, dijo Leonora; pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta. Á lo cual respondió Guiomar: Yo, negra, quedo, blancas van, Dios perdone á todas. Quedóse la negra, fuéronse á la sala, donde había un rico estrado, y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decía: ¡Ay qué copete que tiene tan lindo y tan rizado! otra: ¡Ay qué blancura de dientes! ¡mal año para piñones mondados, que más blancos ni más lindos sean! otra: ¡Ay qué ojos tan grandes y tan rasgados; y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas! Esta alababa la boca, aquella los piés, y todas juntas hicieron

dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenía el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decían :

*Madre, la mi madre,
Guardas me ponéis.*

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzaron á hacer pedazos bailando. Sabía la dueña las coplas, y cantólas con más gusto que buena voz y fueron estas :

*Madre, la mi madre,
Guardas me ponéis;
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.*

Dicen que está escrito,
Y con gran razón,
Ser la privacion
Causa de apetito :
Crece en infinito
Encerrado amor,
Por eso es mejor
Que no me encerréis :
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por si no se guarda,
No la harán la guarda
Miedo ó calidad :
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendéis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque más propongan
De hacer lo que hacéis
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa,
Que á la más hermosa
La vuelve en quimera:
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los piés.
*Que si yo no me guardo,
Mal me guardaréis.*

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pié y de mano como si

tuviera alferecía, y con voz entre ronca y bajo, dijo: Despierto señor, señora; y señora, despierto señor, y levantas y viene. Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires: tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar había traído; y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una, y cuál por otra parte, se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico, el cual dejando la guitarra y el canto, lleno de turbación no sabía qué hacerse. Torcía Leonora sus hermosas manos: abofeteábase el rostro, aunque blandamente, la señora Marialonso. En fin, todo era confusión, sobresalto y miedo. Pero la dueña, como más astuta y reportada, dió orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarían en la sala, que no faltaría excusa que dar á su señor, si allí las hallase. Escondióse luego Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venía, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco á poco, paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormía, y oyó que roncaba como primero, y asegurada de que dormía, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecía de gozar primero que todas las gracias que ella se imaginaba que debía tener el músico; y así, diciéndole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dejó y se entró donde él estaba no menos confuso que pensativo, esperando las nuevas de lo que hacía el viejo untado: maldecía la falsedad del unguento, y quejábase de la credulidad de sus amigos y del poco advertimiento que había tenido en no hacer primero la experiencia en otro,

antes de hacerla en Carrizales. En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormía á más y mejor: sosegó el pecho, y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intención suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora. Y estando los dos en sus pláticas, las demás criadas que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aquí, otra de allí, volvieron á ver si era verdad que su amo había despertado, y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habían dejado á su señora, de la cual supieron el sueño de su amo, y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo dónde estaban, y todas con el mismo silencio que habían traído, se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban: no faltó de la junta Guiomar la negra; el negro sí, porque así como oyó que su amo había despertado, se abrazó con su guitarra, y se fué á esconder en su pajar, y cubierto con la manta de su pobre cama sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra: tanta era (encomendado él sea á Satanás) la afición que tenía á la música. Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las pascuas: ninguna la llamó vieja, que no fuese con su epíteto y adjetivo de hechicera y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respeto se callan; pero lo que más risa causara á quien entonces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efeto, la conclusión de la plática de los dos fué que él condescendería con la voluntad della, cuando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora. Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedía; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le había apoderado del alma, y de los huesos y médulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse: dejóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su

puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con menos ó con ningún sobresalto del músico, que ya aquella noche el alboroto les habia aguado el gusto.

Bien entendieron todas que la vieja se queria quedar sola; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos días la tenía estudiada: encarecióle su gentileza, su valor, su donaire y sus muchas gracias: pintóle de cuánto más gusto le serían los abrazos del amante mozo, que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duración del deleite, con otras cosas semejantes á estas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retóricos, tan demostrativos y eficaces, que movieran, no sólo el corazón tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. ¡Oh dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdición de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usáis de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormía el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendición con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir á esperar su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazón preguntar á Carrizales, á no saber que dormía, que ¿adónde estaban sus advertidos re-

catos, sus recelos, sus advertimientos, sus persuaciones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella ni aun en sombra álguien que tuviese nombre de varón, el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que á Leonora había dotado, los regalos continuos que la hacía, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habían menester y que podían desear? Pero ya queda dicho que no había para qué preguntárselo, porque dormía más de aquello que fuera menester: y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podía dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas y decir: todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazán y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida: libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte. Pero con todo esto, el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que más le convenia, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que á pesar del unguento Carrizales despertase, y como tenía de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con más ligereza y denuedo que sus muchos años prometían; y cuando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportándose un poco salió al corredor, y de allí andando pié ante pié por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormía, y viéndola sola sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto: vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loay-

sa, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del unguento y no en el celoso anciano. Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frío; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dejó tomar aliento; y con todo eso tomara la venganza que aquella grande maldad requería, si se hallara con armas para poder tomarla: y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga, y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aun con toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinación honrosa y necesaria volvió, con el mismo silencio y recato que habia venido, á su estancia, donde le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el día, y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba, pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora viendo tan entrado el día, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos con sobresaltados pasos fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando; y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormía, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiéndole de un brazo, le volvió de un lado á otro por ver si despertaba sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decian era menester para que en sí volviese. Pero volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo: ¡Desdichado de mí, y á qué tristes términos me ha traído mi fortuna! No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo, mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de

ver que la virtud del unguento no duraba tanto como habían significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndolo estrechamente abrazado, le dijo: ¿Qué tenéis, señor mio, que me parece que os estáis quejando? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencajadamente, como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la cual le dijo: Hacedme placer, señora, que luégo luégo enviéis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazón, que me da grandísima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querría los ver antes que me muriese. Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decía, pensando antes que la fortaleza del unguento, y no lo que había visto, le tenía en aquel trance; y respondiéndole que haría lo que la mandaba, mandó al negro que luégo al punto fuése á llamar á sus padres; y abrazándose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamás le había hecho, preguntándole qué era lo que sentía, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que más amaba. Él la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra ó caricia que le hacía, una lanzada que le atravesaba el alma. Ya la dueña había dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debia de ser de momento, pues se le había olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió á llamar á los padres de su señora: de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa después que casaron á su hija. En fin, todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposición de su amo, el cual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecía arrancársele el alma. Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas.

En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la cual tenía asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas, ella con no más ocasión de verlas derramar á su esposo: él por ver cuán fingidamente ella las derramaba. Así como sus padres entraron, habló Carrizales, y dijo: Siéntense aquí vuesas mercedes, y todos los demás dejen desocupado el aposento, y sólo quede la señora Marialonso. Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales: Bien seguro estoy, padres y señores míos, que no será menester traeros testigos para que me creáis una verdad que quiero deciros: bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caído de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas hace hoy un año, un mes, cinco días y nueve horas, que me entregasteis á vuestra querida hija por legitima mujer mía: también sabéis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote, que más de tres de su misma calidad pudieran casar con opinión de ricas: asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear y yo alcancé á saber que le convenía: ni más ni menos habéis visto, señores, cómo llevado de mi natural condición, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya que yo escogí y vosotros me disteis, con el mayor recato que me fué posible; alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio de monjas, desterré perpetuamente della todo aquello que sombra ó nombre de varón tuviese; dile criadas y esclavas

que la sirviesen, ni les negué á ellas ni á ella cuánto quisieron pedirme; hicela mi igual, comuniquéle mis más secretos pensamientos, y entreguéla toda mi hacienda: todas estas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me había costado, y ella procurara no darme ocasión á que ningún género de temor celoso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mías, y que yo mismo haya sido el fabricante del veneno que me va quitando la vida; pero porque veo la suspensión en que todos estáis, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con decirlos en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas: digo pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé á ésta, nacida en el mundo para perdición de mi sosiego y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado. Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando á Leonora se le cubrió el corazón, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un ñudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo: La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que así como yo fuí extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomare, tomándola de mí mismo como del más culpado en este delito, que debiera considerar que mal podían estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochenta míos, y yo fuí el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese; y á ti no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada!

(Y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora). No te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas, y requiebros de mozos enamorados, fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al menos de simplicidad jamás oída ni vista: y así quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que después de mis días, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo, á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo. Y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demás hacienda mandaré á otras obras pias, y á vosotros, señores míos, dejaré con que podáis vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escribano sea luego, porque la pasión que tengo me aprieta de manera, que á más andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: ¡extraño y triste espectáculo para los padres, que á su querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprensiones que pensó le darían los padres de su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fué de aquella casa, que ella tendría cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no había puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fué á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores. En tanto pues que los dos estaban transpor-

tados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo; el cual vino á tiempo que ya habian vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que habia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, más de que por buenos respetos le pedia y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la habia dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora se arrojó á los piés de su marido, y saltándole el corazón en el pecho, le dijo: Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no estáis obligado á creerme ninguna cosa de la que os dijere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento; y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abrazóla así desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el cual dejó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno día le llevaron á la sepultura. Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabia que su marido en su testamento dejaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad: él despechado y casi corrido se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristisimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad, y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes, cuando queda la voluntad libre; y de lo menos que hay que confiar de verdes y po-

cos años, si les andan al oído exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Sólo no sé qué fué la causa que Leonora no puso más ahinco en disculparse y dar á entender á su celoso marido cuán limpia y sin ofensa había quedado en aquel suceso; pero la turbación le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido no dió lugar á su disculpa.



LA ILUSTRE FREGONA

EN Burgos, ciudad ilustre y famosa, no há muchos años que en ella vivían dos caballeros principales y ricos, el uno se llamaba D. Diego de Carriazo, y el otro D. Juan de Avendaño. El D. Diego tuvo un hijo á quien llamó de su mismo nombre, y el D. Juan otro á quien puso D. Tomás de Avendaño. Á estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por excusar y ahorrar letras, les llamaremos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años ó poco más tendria Carriazo, cuando llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle á ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar á pié le cansaba, ni el frío

le ofendía, ni el calor le enfadaba; para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas, como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón, como si se acostara entre dos sábanas de Holanda; finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer y dar cátedra en la facultad al famoso de Alfarache. En tres años que tardó en parecer y volver á su casa aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pié en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo á este género de vida la miseria y estrechez, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus obras: á tiro de escopeta en mil señales descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas; visitaba pocas veces las ermitas de Baco; y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiado, luégo se les pone el rostro como si se le hubiesen jabelgado con bermellón y almagre. En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y más que medianamente discreto: pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterre de la picaresca. ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios: pobres fingidós, tullidos falsos, cicuteruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro! Bajad el toldo, amainad el brio, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes: allí, allí está en su centro el trabajo junto con la poltronería: allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances

con estribos, la poesía sin acciones: aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta: allí campea la libertad y luce el trabajo: allí van ó envían muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte. Pero toda esta dulzura que he pintado, tiene un amargo acíbar que la amarga; y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara á Berbería: por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayores, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuán. Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos á darse buen tiempo: el último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó á los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse, y volverse á Burgos, y á los ojos de su madre, que habia derramado por él muchas lágrimas: despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos: prometióles que el verano siguiente sería con ellos, si enfermedad ó muerte no lo estorbaba: dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó á aquellas secas arenas, que á él le parecían más frescas y verdes que los campos Elíseos: y por estar ya acostumbrado á caminar á pié, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las tres ánades, madre: estúvose allí quince días para reformar la color del rostro, sacándola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro, y ponerse en limpio de caballero. Todo esto se hizo según y cómo le dieron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y aun dellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó á sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con

mucha alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron á darle el parabién de la buena venida del señor D. Diego de Carriazo su hijo. Es de advertir que en su peregrinación, D. Diego mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabían.

Entre los que vinieron á ver el recién llegado fueron D. Juan de Avendaño y su hijo D. Tomás, con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima. Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habían sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadrabas, puesto que en ellas tenía de continuo puesta la imaginación, especialmente cuando vió que se llegaba el tiempo donde había prometido á sus amigos la vuelta: ni le entretenía la caza en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan, le daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecían anteponía el que había recibido en las almadrabas. Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico é imaginativo, fiado en su amistad se atrevió á preguntarle la causa, y se obligó á remediarla, si pudiese y fuese menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no agraviar á la grande amistad que le profesaba; y así le contó punto por punto la vida de la jábega, y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacían del deseo que tenía de volver á ella: pintó-sela de modo, que Avendaño, cuando le acabó de oír, antes alabó que vituperó su gusto. En fin, el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que determinó de irse con él á gozar un verano de aquella felicísima vida que le había descrito, de lo cual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que había ganado un testigo de abono que calificase su baja determinación: trazaron ansimismo de juntar todo el dinero que

pudiesen, y el mejor modo que hallaron fué que de allí á dos meses había de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años había estado estudiando las lenguas griega y latina, y su padre quería que pasase adelante y estudiase la facultad que quisiese; y que del dinero que le diese habría para lo que deseaban. En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenía voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedían ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida: proveyéronles de dinero, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos á sus hijos de lo que habían de hacer, y de cómo se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigiliass, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes, lloraron las madres, recibieron la bendición de todos, pusiéronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amen del ayo, que se había dejado crecer la barba porque diese autoridad á su cargo. En llegando á la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querían estarse en aquel lugar dos días para verle, porque nunca le habían visto ni estado en él. Reprendióles mucho el ayo severa y ásperamente la estada, diciéndoles que los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habían de detener una hora á mirar niñerías, cuanto más dos días, y que él formaría escrúpulo si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luégo, y si no que sobre eso morena. Hasta aquí se extendía la amabilidad del señor ayo ó mayordomo, como más nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenían ya hecho su agosto y su vendimia, pues habían ya sacado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayordomo, dijeron que solos los dejase

aquel día, en el cual querían ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos días, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, todo le sucedió al revés de lo que él quisiera. Los mancebos, con sólo un criado, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, á despecho del caño dorado y de la reverenda priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la extremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron á Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojín alguna cosa con qué beber, vió que sacó una cartera cerrada, diciéndole que luégo al punto volviese á la ciudad y se la diese á su ayo, y que en dándola, les esperase en la puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió á la ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí á dos días en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones ó zaragüelles y medias de paño pardo. Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los había mudado de manera que no los conociera la propia madre que los había parido. Puestos pues á la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que también el ropero, aunque no atañían á su menester, se las había comprado.

Dejémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos á contar lo que el ayo hizo cuando abrió la

carta que el criado le llevó, y halló que decía desta manera: «Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso, de tener paciencia y dar la vuelta á Burgos, donde dirá á nuestros padres que habiendo nosotros sus hijos con madura consideración considerado cuán más propias son de los caballeros las armas que las letras, habemos determinado de trocar á Salamanca por Bruselas y á España por Flandes; los cuatrocientos escudos llevamos, las mulas pensamos vender; nuestra hidalga intención y el largo camino es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es cobarde; nuestra partida es ahora, la vuelta será cuando Dios fuere servido, el cual guarde á vuesa merced como puede y estos sus menores discipulos deseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pié en el estribo para caminar á Flandes.--Carriazo y Avendaño.» Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epístola, y acudió presto á su balija, y el hallarla vacia le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luégo al punto en la mula que le había quedado se partió á Burgos á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pudiesen remedio y diesen traza de alcanzar á sus hijos; pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque así como dejó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que les sucedió á Avendaño y á Carriazo á la entrada de Illescas, diciendo: que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de anjeo, sus coletos de ante, dagas de gancho y espadas sin tiros; al parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á ella: el que iba estaba diciendo al otro: Si no fueran mis amos tan adelante, todavía me detuviera algo más á preguntar mil cosas que deseo saber, porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el conde ha ahorcado á Alonso Ginés y á Ribera, sin querer otorgarles la apelación. ¡ Oh pecador de mí ! replicó el sevillano, armóles el conde zancadilla, y cogiólos debajo de su jurisdicción, que

eran soldados, y por contrabando se aprovechó dellos, sin que la audiencia se los pudiese quitar: sábetete, amigo, que tiene un Bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma: barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros: no pára ladrón en sus contornos: todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de asistente, porque no tiene condición para verse á cada paso en dimes ni diretes con los señores de la audiencia. Vivan ellos mil años, dijo el que iba á Sevilla, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados: ¡cuántos pobres están mascando barro, no más de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor ó mal informado ó bien apasionado! Más ven muchos ojos que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo. Predicador te has vuelto, dijo el de Sevilla, y según llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe: Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparación; no te digo más sino que hay fama que el hijo del corregidor bebe los vientos por ella: uno desos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada sólo por hartarse de mirarla: ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscón; es dura como un mármol y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y jazmines: no te digo más sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, según te pudiera decir acerca de su hermosura: en las dos mulas rucias que sabes que tengo más, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por

mujer ; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste ó para un conde ; y otra vez torno á decir que allá lo verás, y adiós, que me mudo. Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversación dejó mudos á los dos amigos que escuchado la habian, especialmente Avendaño, en quien la simple relación que el mozo de mulas había hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso desêo de verla : también le despertó en Carriazo ; pero no de manera que no desease más llegar á sus almadrabas, que detenerse á ver las pirámides de Egipto, ó otra de las siete maravillas, ó todas juntas. En repetir las palabras de los mozos y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decían, entretuvieron el camino hasta Toledo, y luêgo siendo la guía Carriazo, que ya otra vez había estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la posada del Sevillano ; pero no se atrevieron á pedir-la allí, porque su traje no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no lo pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecia la tan celebrada fregona. Entrábase la noche, y la fregona no salía : desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo, el cual por salir con su intención, con excusa de preguntar por unos caballeros de Burgos que iban á la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada, y apenas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio estaba vió salir una moza, al parecer de quince años poco más ó menos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecia ver en él los que suelen pintar de los ángeles : quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada : tal era su suspensión y embelesamiento. La moza, viendo aquel hombre delante de si, le dijo : ¿ Qué busca, hermano ? ¿ es por ventura criado de alguno de los huéspedes de

casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondió Avendaño todo lleno de turbación y sobresalto. La moza, que de aquel modo le vió responder, dijo: Vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados; y llamando á su señor, le dijo: Mire, señor, lo que busca este mancebo. Salió su amo, y preguntóle qué buscaba. Él respondió que á unos caballeros de Burgos que iban á Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le había enviado delante por Alcalá de Henares, donde había de hacer un negocio que les importaba, y que junto con esto le mandó que se viniese á Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendría á apearse, y que pensaba que llegaría aquella noche ó otro día á más tardar. Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo: Quédese, amigo, en la posada, que aquí podrá esperar á su señor hasta que venga. Muchas mercedes, señor huésped, respondió Avendaño, y mande vuesa merced que se me dé un aposento para mí y un compañero que viene conmigo, que está allí fuera, que dinero traemos para pagarlo tan bien como otro. En buen hora, respondió el huésped, y volviéndose á la moza, dijo: Costancica, dí á la Argüello que lleve á estos dos galanes al aposento del rincón, y que les eche sábanas limpias.

Si haré, señor, respondió Costanza, que así se llamaba la doncella; y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó delante, cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y oscura: con todo esto salió á dar cuenta á Carriazo de lo que había visto y de lo que dejaba negociado. El cual por mil señales conoció cómo su amigo venía herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir más por entonces, hasta ver si lo merecía la causa de quien nacían las extraordinarias alabanzas y grandes hipérboles con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba. Entraron en fin en la posada, y la Argüello, que era una

mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó á uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podía hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar, respondiéndoles la Argüello que en aquella posada no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traían de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado había cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podían ir á cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de la Argüello, y dieron con sus cuerpos en un bodegón, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos y imaginaciones. Lo poco ó nada que Avendaño comía admiraba á Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada, le dijo: Conviene que mañana madruguemos, porque antes que éntre la calor estemos ya en Orgaz. No estoy en eso, respondió Avendaño, porque pienso, antes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustín, la huerta del Rey y la Vega. Norabuena, respondió Carriazo, eso en dos días se podrá ver. En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante. Ta, ta, replicó Carriazo, á mí me maten, amigo, si no estáis vos con más deseos de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería. Así es la verdad, respondió Avendaño, y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras. ¡Gallardo encarecimiento, dijo Carriazo, y determinación digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡bien cuadra un D. Tomás de Avendaño, hijo de D. Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el mesón del Sevillano! Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un

D. Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos verle enamorado, ¿de quién, si pensáis? ¿De la reina de Ginebra? no por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea á lo que creo que un miedo de Santo Antón. Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo; por los filos que te herí me has muerto; quédese nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios y medraremos. Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza; en viéndola te doy licencia para que me digas todas las injurias ó reprensiones que quisieres. Ya sé yo en qué ha de parar esto, dijo Carriazo. ¿En qué? replicó Avendaño. En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona, dijo Carriazo. No seré yo tan venturoso, dijo Avendaño. Ni yo tan necio, respondió Carriazo, que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mío. En estas pláticas llegaron á la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche: y habiendo dormido á su parecer poco más de una hora, los despertó el són de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama, y estuvieron atentos, y dijo Carriazo: Apostaré que es ya de día, y que debe hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen que está aquí cerca y por eso tocan esas chirimías. No es eso, respondió Avendaño, porque no há tanto que dormimos que pueda ser ya de día. Estando en esto sintieron llamar á la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba, respondieron de fuera, diciendo: Mancebos, si queréis oír una brava música, levantaos y asomaos á una reja que sale á la calle, que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella. Levantáronse los dos, y cuando abrieron no hallaron persona ni supieron quién les había dado el aviso; mas porque oyeron el són de un arpa, creyeron ser verdad la música, y así en camisa como se hallaron se fueron á la sala donde

ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes puestos á las rejas; hallaron lugar, y de allí á poco, al són de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria á Avendaño:

Raro humilde sujeto, que levantas
á tan excelsa cumbre la belleza,
que en ella se excedió naturaleza
á sí misma, y al cielo la adelantas.

Si hablas, ó si ríes, ó si cantas,
si muestras mansedumbre ó aspereza
(efeto sólo de tu gentileza)
las potencias del alma nos encantas:

Para que pueda ser más conocida
la sin par hermosura que contiene,
y la alta honestidad de que blasonas,
deja el servir, pues debes ser servida
de cuántos ven tus manos, y tus sienes
resplandecer con cetros y coronas.

No fué menester que nadie les dijese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo había dicho el soneto, que sonó de tal manera en los oídos de Avendaño, que diera por bien empleado por no haberle oído haber nacido sordo y estarlo todos los días de la vida que le quedaba á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazón de la rigurosa lanza de los celos, y era lo peor que no sabía de quién debía ó podía tenerlos. Pero presto les sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo: ¡Que tan simple sea este hijo del corregidor, que se ande dando músicas á una fregona! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto había de solicitarla con tanta publicidad. Á lo cual añadió otro de los de la reja: Pues en verdad que he oído yo decir por cosa muy cierta que así hace ella cuenta dél, como si no fuese nadie: apostaré que se está ella agora durmiendo á sueño suelto detrás de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni canciones. Así es la verdad,

replicó el otro, porque es la más honesta doncella que se sabe, y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfico, y donde hay cada día gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desmán del mundo. Con esto que oyó Avendaño tornó á revivir y á cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al són de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas á Costanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningún cuidado. Por venir el día se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana.

La cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver á Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro deseo enamorado. Pero á entrambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le había dado el mozo de mulas, eran cortas y de ningún encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegando el cuello con un cabezón labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una columna de alabastro, que no era menos blanca su garganta: ceñida con un cordón de S. Francisco, y de una cinta pendiente al lado derecho un gran manajo de llaves: no traía chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecían, sino cuanto por un perfil mostraban también ser coloradas: traía trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura: el color salía de castaño, y tocaba en rubio; pero al parecer tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar: pendiente de las orejas dos calabacillas de vidrio que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbin y de tocas.

Cuando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia á una imagen de nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos vió á los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la cual dió voces á la Argüello, que se levantase. Resta ahora por decir qué es lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Costanza, que de lo que le pareció á Avendaño, ya está dicho, cuando la vió la vez primera. No digo más sino que á Carriazo le pareció tan bien como á su compañero; pero enamoróle mucho menos, y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luégo para sus almadrabas. En esto á las voces de Costanza salió á los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas también criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas, y el haber tantas lo requería la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes á pedir cebada: salió el huésped de casa á dársela, maldiciendo á sus mozas, que por ellas se les había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razón, sin que le hubiese hecho menos á su parecer un solo grano. Avendaño que oyó esto, dijo: No se fatigue, señor huésped, déme el libro de la cuenta, que los días que hubiere de estar aquí yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido. En verdad que os lo agradezco, mancebo, respondió el huésped, porque yo no puedo atender á esto, porque tengo otras muchas cosas á que acudir fuera de casa: bajad, daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo y hacen trampantojos un celemin de cebada con menos conciencia que si fuese de paja. Bajó al patio Avendaño, y entregóse en el libro y comenzó á despachar celemines como agua, y asentarlos por tan buen orden, que el huésped, que lo estaba

mirando, quedó contento, y tanto, que dijo: Pluguiese á Dios que vuestro amo no viniese, y que á vos os diese gana de quedaros en casa, que á fe que otro gallo os cantase, porque el mozo que se me fué vino á mi casa habrá ocho meses roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos y va gordo como una nutria; porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amen de los salarios. Si yo me quedase, replicó Avendaño, no repararía mucho en la ganancia, que con cualquiera cosa me contentaría á trueco de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España. Á lo menos, respondió el huésped, es de las mejores y más abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río, que también se me fué otro mozo, que con un asno que tengo famoso me tenía rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa, y una de las causas porque los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos á mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños. Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse á buenas noches, y más que consideró el gran gusto que haría á Avendaño si le seguía el humor; y así dijo al huésped: Venga el asno, señor huésped, que también sabré yo cinchalle y cargalle, como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía. Sí, dijo Avendaño, mi compañero Lope, asturiano, servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fío. La Argüello, que estaba atenta desde el corredor á todas estas pláticas, oyendo decir á Avendaño, que él fiaba á su compañero, dijo: Dígame, gentilhombre, y ¿quién le ha de fiar á él? que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador. Calla, Argüello, dijo el huésped, no te metas donde no te llaman, yo los fío á entrambos, y por vida de vosotras, que no tengáis dares ni toma-

res con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos. Pues ¿qué? dijo otra moza ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota. Déjese de chocarrerías, señora gallega, respondió el huésped, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos, que la moleré á palos. Por cierto sí, replicó la gallega, ¡mirad qué joyas para codiciallas! Pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa ni de fuera para tenerme en la mala piñón que me tiene: ellos son bellacos, y se van cuando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasión alguna: bonita gente es ella por cierto, para tener necesidad de apetitos que les inciten á dar un madrugón á sus amos cuando menos se percatan. Mucho habláis, gallega hermana, respondió su amo: punto en boca y atended á lo que tenéis á vuestro cargo. Ya en esto tenía Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al río, dejando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolución.

He aquí tenemos ya (en buen hora se cuente) á Avendaño hecho mozo de mesón, con nombre de Tomás Pedro, que así dijo que se llamaba, y á Carriazo, con el de Lope asturiano, hecho aguador: transformaciones dignas de anteponerse á las del narigudo poeta. Á malas penas acabó de entender la Argüello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el asturiano, y le marcó por suyo, determinándose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condición esquiva y retirada, le volviese más blando que un guante. El mismo discurso hizo la gallega melindrosa sobre Avendaño, y como las dos por trato y conversación y por dormir juntas fuesen grandes amigas, al punto declaró la una á la otra su determinación amorosa, y desde aquella noche determinaron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados amantes; pero lo primero que advirtieron fué en que les habían de pedir que no les habían de pedir celos por cosas que las viesan

hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, si no hacen tributarios á los de fuera de casa: callad, hermanos, decian ellas (como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados), callad y tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero á quien sabe, y que guíe la danza quien la entiende, y no habrá par de canónigos más regalados que vosotros lo seréis destas tributarias vuestras. Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la gallega y la Argüello. Y en tanto caminaba nuestro buen Lope asturiano la vuelta del río por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutación de su estado, ó ya fuese por esto ó porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho al bajar de la cuesta encontró con un asno de un aguador que subía cargado, y como él descendía y su asno era gallardo, bien dispuesto y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subía, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros se derramó también el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de cólera arremetió al aguador moderno, que aún se estaba caballero, y antes que se desenvolviese y apease, le había pegado y asentado una docena de palos tales, que le supieron bien al asturiano. Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se le abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó le había muerto. Otros muchos aguadores que allí venían, como vieron á su compañero tan mal parado, arremetieron á Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando: Justicia, justicia, que este aguador ha muerto un hombre; y á vuelta destas razones y gritos le molían á mojicones y á palos. Otros acudieron al caído, y vieron que tenía hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un

alguacil, el cual con dos corchetes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de más de veinte aguadores que no le dejaban menear, antes le brumaban las costillas de manera que más se pudiera temer de su vida que de la del herido, según menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguían, que apenas podía hender por las calles. Al rumor de la gente salió Tomás Pedro y su amo á la puerta de casa á ver de qué procedía tanta grita, y descubrieron á Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca: miró luégo por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les había juntado; preguntó la causa de aquellas prisiones, fuéle respondida la verdad del suceso, pesóle por su asno, temiendo que le había de perder ó á lo menos de hacer más costas por cobrarle que él valía. Tomás Pedro siguió á su compañero, sin que le dejasen llegar á hablarle una palabra: tanta era la gente que lo impedía y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dijo el cirujano. El alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y más cinco reales de á ocho, que los corchetes habían quitado á Lope. Volvióse á la posada lleno de confusión y de tristeza, halló al que ya tenía por amo con no menos pesadumbre que él traía, á quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno: díjole más, que á su desgracia se le había añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le

había encontrado en el camino, y le había dicho que su señor por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid había pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormía en Orgaz, y que le había dado doce escudos que le diese, con orden de que se fuese á Sevilla, donde le esperaba: pero no puede ser así, añadió Tomás, pues no será razón que yo deje á mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora, cuanto más que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere, á trueco que no la haga á mi camarada: vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero, y acudir á este negocio; y en tanto que éste se gasta, yo escribiré á mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de cualquier peligro. Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno: tomó el dinero y consoló á Tomás, diciéndole que él tenía personas en Toledo de tal calidad, que valían mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pié, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenía una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja: la cual lavandera lavaba la ropa en casa, y como ésta pida á su hija, que si pedirá, hable á la hermana del fraile, que hable á su hermano que hable al confesor, y el confesor á la monja, y la monja guste de dar un billete (que será cosa fácil) para el corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomás, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso: y esto ha de ser con tal que el aguardador no muera, y con que no falte unguento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes. En gracia le cayó á Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le había hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le había derivado; y aunque conoció que antes lo había dicho

de socarrón, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaría mucho más, según él tenía la confianza en su señor, como ya lo había dicho. La Argüello, que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luégo á la cárcel á llevarle de comer; mas no se le dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolución, dentro de quince días estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba de todo sano: y ya en este tiempo había dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogía el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho. Por seis ducados se apartó de la querrela el herido; en diez y en el asno y las costas sentenciaron al asturiano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso le había visitado la Argüello y requeridole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo, que con aquella cubierta no sería juzgado ni preso por vagamundo, y sin eso era oficio que con mucho descanso y comodidad suya podía usar, pues que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad á sus anchuras mirando bobas. Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan á una su discreción con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no sólo á las hermosas desta ciudad, sino á las de todo el mundo. Paso, señor Tomás, replicó

Lope, vamos poquito á poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que como le tengo por loco, le tenga por hereje. ¿Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? respondió Tomás: Dios te perdone y te traiga á verdadero conocimiento de tu yerro. Pues ¿no es fregona? replicó el asturiano. Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dijo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo. Yo te digo, hermano, replicó Tomás, que ella no friega ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha. Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad, dijo Lope, la Fregona ilustre, si es que no friega? mas sin duda debe ser que como friega plata y no loza, le dan el nombre de ilustre. Pero dejando esto aparte, dime, Tomás, ¿en qué estado están tus esperanzas? En el de perdición, respondió Tomás, porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella, y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierta, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazón la dura saeta de los celos. Pues ¿qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva y desta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece? Haz la burla que de mi quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del más hermoso rostro que pudo formar la naturaleza, y de la más incomparable honestidad que ahora se puede

usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva ó Penélope: en un mesón sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la elección con claro discurso me mueve á que la adore? Mira, amigo, no sé cómo te diga, prosiguió Tomás, de la manera con qué amor el bajo sujeto desta fregona (que tú llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca: no es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luégo acuden á borrar-me este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan á entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande: finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que á otras he querido, sino con amor tan limpio, que se extiende á más que á servir y á procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que á la mía también honesta se debe. Á este punto dió una gran voz el asturiano, y como exclamando dijo: ¡Oh amor platónico! ¡Oh fregona ilustre! ¡Oh felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llaman fortuna! ¡Oh pobres atunes míos, que os pasáis este año sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene, yo haré la enmienda de manera que no se quejen de mí los mayores de las mis deseadas almadrabas. Á esto dijo Tomás: Ya veo, asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí; lo que podías hacer es irte norabuena á tu pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí me hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luégo te lo daré, y vé en paz, y cada uno siga la senda por donde su

destino le guiare. Por más discreto te tenia, replicó Lope; y ¿tú no ves que lo que digo es burlando? pero ya que sé que tú hablas de veras, de veras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto: una cosa sola te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasión de que la Argüello me requiebre ni solicite, porque antes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya: vive Dios, amigo, que habla más que un relator, y que le huele el aliento á rasuras desde una legua: todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera, y para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbega el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro. Todo eso es verdad, replicó Tomás, y no es tan mala la gallega que á mí me martiriza: lo que se podrá hacer es, que esta noche solo estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás dónde estar, y así huirás los encuentros de la Argüello, y yo quedaré sujeto á los de la gallega y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron á la posada, adonde de la Argüello fué con muestra de mucho amor recibido el asturiano. Aquella noche hubo un baile á la puerta de la posada de muchos mozos de mulas, que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fué el asturiano: las bailadoras, amen de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada: juntáronse muchos embozados con más deseo de ver á Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió á verle, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con más ahinco la Argüello, que cantase algún romance: él dijo que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que le cantarían, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo

aquello que él dijese cantando, y no otra cosa. Había entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni más ni menos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diría, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente, de improviso comenzó á cantar desta manera:

Salga la hermosa Argüello
moza, una vez y no más,
y haciendo una reverencia
dé dos pasos hacia atrás.

De la mano la arrebate
el que llaman Barrabás,
andaluz mozo de mulas,
canónigo del compás.

De las dos mozas gallegas
que en esta posada están,
salga la más carigorda,
en cuerpo y sin delantal.

Engarráfela Torote,
y todos cuatro á la par
con mudanzas y meneos
den principio á un contrapás.

Todo lo que iba cantando el asturiano hicieron al pié de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó á decir que diesen principio, á un contrapás, respondió Barrabás, que así le llamaban por mal nombre al bailarín mozo de mulas: Hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huésped que oyó la ignorancia del mozo, le dijo: Hermano mozo, contrapás es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es, replicó el mozo, no hay para qué nos metan en dibujos: toquen sus zarabandas, chaconas y folias al uso, y escudillen como quisieren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El asturiano sin replicar palabra prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
y los ninfos que han de entrar,
que el baile de la Chacona
es más ancho que la mar.

Requieran las castañetas
y bájense á refregar
las manos por esa arena,
ó tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien,
no tengo qué les retar:

santigüense, y den al diablo
dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa,
porque nos deje holgar,
puesto que de la Chacona
nunca se suele apartar.

Cambio el són, divina Argüello,
más bella que un hospital,
pues eres mi nueva musa,
tu favor me quieres dar.

*El baile de la Chacona
encierra la vida bona.*

Hállase allí el ejercicio
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
á la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
de quien baila y de quien toca,
del que mira y del que escucha
baile y música sonora.

Vierten azogue los piés,
derrítense la persona,
y con gusto de sus dueños
las mulillas se descorchan.

El brio y la ligereza
en los viejos se remoja,
y en los mancebos se ensalza
y sobre todo se entona.

*El baile de la Chacona
encierra la vida bona.*

¡Qué de veces ha intentado
aquesta noble señora
con la alegre zarabanda,
el pésame y perra mora,

Entrarse por los resquícos
de las casas religiosas,
á inquietar la honestidad
que en las santas celdas mora!

¡Cuántas fué vituperada
de los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
y al que es necio se le antoja
que *el baile de la Chacona
encierra la vida bona.*

Esta indiana amulatada,
de quien la fama pregona
que ha hecho más sacrilegios
é insultos, que hizo Aroba:

Ésta, á quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterva de los pajes,
y de lacayos las tropas.

Dice, jura, y no revienta,
que á pesar de la persona
del soberbio zambapalo,
ella es la flor de la olla;

Y que sólo la Chacona
encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacían rajas bailando la turbamulta y fregatrices del baile, que llegaban á doce; y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras cosas de más tomo, sustancia y consideración de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban, dijo sin quitarse el embozo: Calla, borracho, calla cuero, calla odrina, poeta de viejo, músico falso. Tras esto acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron tan á mal, que si no fuera por el huésped que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y aun con todo eso no dejaran de menear las manos, si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apenas se habían retirado, cuando llegó á los oídos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la

posada del Sevillano, cantaba con tan maravillosa y suave armonia, que los dejó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin. Pero el que más atento estuvo fué Tomás Pedro, como aquel á quien más le tocaba, no sólo el oír la música, sino entender la letra, que para él no fué oír canciones, sino cartas de excomunión que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó, fué este romance:

¿ Dónde estás que no pareces,
esfera de la hermosura,
belleza á la vida humana
de divina compostura?

Cielo impireo, donde amor
tiene su estancia segura;
primer moble que arrebató
tras si todas las venturas:

Lugar cristalino, donde
transparentes aguas puras
enfrian de amor las llamas,
las acrecientan y apuran:

Nuevo hermoso firmamento,
donde dos estrellas juntas
sin tomar la luz prestada
al cielo y al suelo alumbran:

Alegría que se opone
á las tristezas confusas
del padre que da á sus hijos
en su vientre sepultura.

Humildad, que se resiste
de la alteza con que encumbran
el gran Jove, á quien influye
su benignidad, que es mucha:

Red invisible y sutil,
que pone en prisiones duras
al adúltero guerrero
que de las batallas triunfa:

Cuarto cielo y sol segundo,
que el primero deja á oscuras
cuando acaso deja verse,
que el verle es caso y ventura:

Grave embajador, que hablas
con tan extraña cordura,
que persuades callando
aún más de lo que procuras;

Del segundo cielo tienes
no más que la hermosura,
y del primero no más
que el resplandor de la luna:

Esta esfera sois, Costanza,
puesta por corta fortuna
en lugar que por indigno
vuestras venturas deslumbra.

Fabricad vos vuestra suerte,
consintiendo se reduzga
la entereza á trato al uso,
la esquividad á blandura.

Con esto veréis, señora,
que envidian vuestra fortuna
las soberbias por linaje,
las grandes por hermosura.

Si queréis ahorrar camino,
la más rica y la más pura
voluntad en mí os ofrezco,
que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como dieron junto á los piés del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: ¡infelice

estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! Á todos los que escuchado habían la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomás Pedro, que admiró la voz y el romance: más quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasión de tantas músicas, puesto que á sus oídos jamás llegó ninguna. Contrario deste parecer fué Barrabás, el mozo de mulas, que también estuvo á la música, porque así como vió huir al músico, dijo: Allá irás, mentecato, trovador de Judas, que pulgas te coman los ojos; y ¿quién diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lunes, martes y ruedas de fortuna? Dijérasla, noramala para ti y para quien le hubiera parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y más dura que un pedazo de argamasa; que como esto le dijeras, ella lo entendería, y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y moble, y alteza, y bajeza, más es para decirlo á un niño de la doctrina, que á una fregona: verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trovas que no hay diablo que las entienda: yo á lo menos, aunque soy Barrabás, éstas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo; miren qué hará Costancia; pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias; este músico á lo menos no es de los del hijo del corregidor, que aquellos son muchos, y una vez que otra se dejan entender; pero éste, voto á tal, que me deja mohino.

Todos los que escucharon á Barrabás recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado. Con esto se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando quién llama, fuéle respondido con voz baja: La Argüello y la gallega somos,

ábranos que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondió Lope, que estamos en la mitad de los caniculares. Déjate de gracias, Lope, replicó la gallega, levántate y abre que venimos hechas unas archiduquesas. ¿Archiduquesas, y á tal hora? respondió Lope: no creo en ellas, antes entiendo que sois brujas, ó unas grandisimas bellacas: idos de ahí luégo, si no por vida de... hago juramento que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas. Ellas que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volvieron tristes y malaventuradas á sus lechos: aunque antes de apartarse de la puerta, dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave: No es la miel para la boca del asno; y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia, y tomado una justa venganza, se volvió como se ha dicho á su triste cama. Lope, que sintió que se habian vuelto, dijo á Tomás Pedro que estaba despierto: Mirad, Tomás, ponedme vos á pelear con dos gigantes, y en ocasión que me sea forzoso desquijar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con más facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongáis en necesidad, que me tome á brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaeteasen: mirad qué doncellas de Dinamarca nos había ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios, y medraremos. Ya te he dicho, amigo, respondió Tomás, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romería, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el día, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo. Durmiéronse, vino el día, levantáronse, y acudió Tomás á dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias, que es allí junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió pues que Tomás, llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, había compuesto en algunas unos versos amorosos, y escribiólos en el mismo libro do tenía la cuenta de la cebada, con intención de sacarlos aparte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero antes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dejado el libro sobre el cajón de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que leídos le turbaron y sobresaltaron. Fuése con ellos á su mujer, y antes que se los leyese, llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomás Pedro el mozo de la cebada le había dicho algún requiebro, ó alguna palabra descompuesta ó que diese indicio de tenerla afición. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aún por hablarla, y que jamás ni aun con los ojos le había dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyéronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronla que se fuése de allí, y el huésped dijo á su mujer: No sé qué me diga desto; habréis de saber, señora, que Tomás tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica. Veamos las coplas, respondió la mujer, que yo os diré lo que en eso debe de haber. Así será, sin duda alguna, replicó su marido, que como sois poeta, luégo daréis en su sentido. No soy poeta, respondió la mujer, pero ya sabéis vos que tengo buen entendimiento, y que sé rezar en latín las cuatro oraciones. Mejor haríades de rezallas en romance, que ya os dijo vuestro tío el clérigo que decíades mil gazafatones cuando rezábades en latín, y que no rezábades nada. Esa flecha, de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las horas de latín en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisiéredes, respondió el huésped, estad atenta, que las coplas son estas:

¿ Quién de amor venturas halla ?

El que calla.

¿ Quién triunfa de la aspereza ?

La firmeza.

¿ Quién da alcance á su alegría ?

La porfía.

Dese modo bien podria
esperar dichosa palma,
si en esta empresa mi alma
calla, está firme y porfía.

¿ Con qué se sustenta amor ?

Con favor.

¿ Y con qué mengua su furia ?

Con la injuria.

¿ Antes con desdenes crece ?

Desfallece.

Claro en esto se parece
que mi amor será inmortal ;
pues la causa de mi mal
ni injuria ni favorece.

Quien desespera ¿ qué espera ?

Muerte entera.

Pues ¿ qué muerte el mal remedia ?

La que es media.

Luégo ¿ bien será morir ?

Mejor sufrir ;

Porque se suele decir,
(y esta verdad se reciba) :
que tras la tormenta esquiva
suele la calma venir.

¿ Descubriré mi pasión ?

En ocasión.

¿ Y si jamás me la da ?

Si hará.

Llegará la muerte en tanto,
llegue á tanto
tu limpia fe y esperanza,
que en sabiéndolo Costanza
convierta en risa tu llanto.

¿ Hay más ? dijo la huéspeda. No, respondió el marido ; pero ¿ qué os parece destes versos ? Lo primero, dijo ella, es menester averiguar si son de Tomás. En eso no hay que poner duda, replicó el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas, toda es una, sin que se pueda negar. Mirad, marido, dijo la huéspeda, á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir : cuanto más, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo ; pero ya que sea por ésta, ahí no le dice nada que la deshonne, ni la pide cosa que le importe. Estemos á la mira, y avisemos á la muchacha, que si él está enamorado della, á buen seguro que él haga más coplas y que procure dárselas. ¿ No sería mejor, dijo el marido, quitarnos desos cuidados, y echarle de casa ? Eso, respondió la huéspeda, en vuestra mano está ; pero en verdad que según vos decís, el mozo sirve de manera, que sería conciencia el despedille por tan liviana ocasión. Ahora bien, dijo el marido, estaremos alerta, como vos

decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer. Quedaron en esto, y tornó á poner el huésped el libro donde lo había hallado. Volvió Tomás ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasión que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de miralla, cuanto más de ponerse á pláticas con ella; y como había tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba más la dificultad de hablalla, de que se desesperaba el pobre enamorado. Mas habiendo salido aquel día Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho á quien se lo preguntó que por qué se la había puesto, que tenía un gran dolor de muelas, Tomás, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurió lo que sería bueno que hiciese, y dijo: Señora Costanza, yo le daré una oración en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor. No rabuena, respondió Costanza, que yo la rezaré, porque sé leer. Ha de ser con condición, dijo Tomás, que no la ha de mostrar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dijo Costanza, Tomás, que no la dé á nadie, y démela luégo, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladaré de la memoria, respondió Tomás, y luégo se la daré. Estas fueron las primeras razones que Tomás dijo á Costanza, y Costanza á Tomás en todo el tiempo que había que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y cuatro días. Retiróse Tomás, y escribió la oración, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y más devoción se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decía desta manera:

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Burgos: si alcanzo de días á mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta: á la fama de vuestra

hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis, vine á servir á vuestro dueño: si vos lo quisiéredes ser mio, por los medios que más á vuestra honestidad convenga, mirad qué pruebas queréis que haga para enteraros desta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo, y me tendré por el más bien afortunado del mundo: sólo por ahora os pido que no echéis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos en la calle; que si vuestro dueño lo sabe, y no los cree, me condenará á destierro de vuestra presencia, que seria lo mismo que condenarme á muerte: dejadme, señora, que os vea, hasta que me creáis, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros: con los ojos podréis responderme á hurto de los muchos que siempre os están mirando; que ellos son tales que airados matan, y piadosos resucitan.»

En tanto que Tomás entendió que Costanza se había ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazón, temiendo y esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauración de su vida. Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algún accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomás otra cosa tan lejos de la que pensaba, habia acrecentado su belleza. Salió con el pápel entre las manos hecho menudas piezas, y dijo á Tomás, que apenas se podía tener en pié: Hermano Tomás, esta tu oración más parece hechicería y embuste, que oración santa, y así yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea más crédula que yo: aprende otras oraciones más fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho. En diciendo esto se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en sólo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por

lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primero paso que había dado en su pretensión, había atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada andaba el asturiano comprando el asno donde los vendían; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajalle uno que más caminaba por el azogue que le había echado en los oídos, que por ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle que Lope quería, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacíos ó llenos los cántaros. Llegóse á él en esto un mozo, y díjole al oído: Galán, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad, y aconséjole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca. Creyóle el asturiano, y díjole que guiase adónde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde á la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al asturiano, y de todos los que allí estaban fué alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobremañera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni información, siendo corredores y medianeros los demás aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio. Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabién de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que había comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que le mancasse

ni matase, había ganado con él en menos tiempo de un año, después de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y más aquellos diez y seis ducados con que pensaba volver á su tierra, donde le tenían concertado un casamiento con una medio parienta suya. Amén de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púsose el asturiano á mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenía de resto cada uno más de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto; y si uno no diera partido á otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente, á los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron. Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuatro, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamás gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haría cuarto. Sentáronse luégo, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenía; y viéndose sin blanca, dijo que si le querían jugar el asno, que él le jugaría. Acetaron el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos quería jugarle. Dióle tan mal, que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le había vendido; y levantándose para volverse á entregarse en él, dijo el asturiano que advirtiesen que él solamente había jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen y se le llevasen norabuena. Causóles risa á todos la demanda de la cola; y hubo letrados que fueron de parecer que no tenía razón en lo que pedía, diciendo que cuando se vende un carnero ó otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. Á lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y

que el quinto es de la cola; y cuando los tales carneros se cuarteán tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuarteá, que lo concedía; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intención fué jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo á ella anejo y concerniente, que era desde la punta del cerebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y descendía, hasta parar en los últimos pelos della.

Dadme vos, dijo uno, que ello sea así como decís, y que os la dén como la pedís, y sentaos junto á lo que del asno queda. Pues así es, replicó Lope, venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están, me han de hacer superchería, porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién, por dónde ó cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la den en sér, y la corten del asno, como tengo dicho. Al ganancioso y á los demás les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brío el asturiano, que no consentiría que se la hiciesen: el cual, como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara, y de extraordinarios juramentos y votos, voleó allí el capelo y empuñó un puñal que debajo del capotillo traía, y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía. Finalmente, uno dellos, que parecía de más razón y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno á una quinola, ó á dos y pasante. Fueron contentos, ganó la quinola Lope, picóse el otro, echó el otro cuarto, y á otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero, no quería Lope, pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con

que hizo el viaje del desposado, dejándole sin un solo maravedi; y fué tanta la pesadumbre que desto recibió el perdidoso, que se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de calabazadas por la tierra. Lope, como bien nacido, y como liberal y compasivo, le levantó, y le volvió todo el dinero que le había ganado, y los diez y seis ducados del asno, y aun de los que él tenía repartió con los circunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlán; le alzarán por rey de los aguadores. Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomás lo sucedido, y Tomás asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna ni bodegón, ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brio y la liberalidad del asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brio y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así apenas hubo andado dos días por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo que decían: Este es el aguador de la cola. Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no había asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí, y quién de allí: Asturiano, daca la cola; daca la cola, asturiano. Lope, que se vió asaetar de tantas lenguas y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia; mas ni por esas, pues mientras más callaba, más los muchachos gritaban; y así probó á mudar su paciencia en cólera, y apeándose del asno, dió á palos tras los muchachos, que fué afinar el polvorín y ponerle fuego, y fué otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando á algún muchacho, nacían en el mismo instante no otras siete sino setecientas, que con mayor ahínco y menudeo le pedían la cola. Finalmente, tuvo por bien de retirarse á una posada, que había tomado fuera de la de su compañe-

ro, por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrarse de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola, que le pedían. Seis días se pasaron sin que saliese de casa, sino era de noche, que iba á ver á Tomás, y á preguntarle del estado en que se hallaba, el cual le contó que después que había dado el papel á Costanza, nunca más había podido hablarla una sola palabra, y que le parecía que andaba más recatada que solía, puesto que una vez tuvo lugar de llegar á hablarla, y viéndolo ella le había dicho antes que llegase : Tomás, no me duele nada, y así ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones : conténtate, que no te acuso á la Inquisición, y no te canses ; pero que estas razones las dijo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna. Lope le contó á él la priesa que le daban los muchachos pidiéndole la cola, porque él había pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite. Aconsejóle Tomás que no saliese de casa, á lo menos sobre el asno, y que si saliese, fuese por las calles solas y apartadas, y que cuando esto no bastase, bastaría dejar el oficio, último remedio de poner fin á tan poco honesta demanda. Preguntóle Lope si había acudido más la gallega. Tomás dijo que no ; pero que no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba de la cocina á los huéspedes. Retiróse con esto á la posada Lope con determinación de no salir de ella en otros seis días, á lo menos con el asno.

Las once serian de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo el corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes ; porque así como los cometas cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios, ni más ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el corregidor en

una sala, llamó al huésped de casa, el cual vino temblando á ver lo que el señor corregidor quería. Y así como le vió el corregidor le preguntó con mucha gravedad: ¿Sois vos el huésped? Sí señor, respondió él, para lo que vuesa merced me quisiera mandar. Mandó el corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo así, y quedándose solos, dijo el corregidor al huésped: Huésped, ¿qué gente de servicio tenéis en esta vuestra posada? Señor, respondió él, tengo dos mozas gallegas, y una ama y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja. ¿No más? replicó el corregidor. No, señor, respondió el huésped. Pues decidme, huésped, dijo el corregidor, ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la ciudad la llaman la Ilustre Fregona, y aun me han llegado á decir que mi hijo D. Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no le dé músicas? Señor, respondió el huésped, esa Fregona ilustre que dicen, es verdad que está en esta casa; pero no es mi criada, ni deja de serlo. No entiendo lo que dices, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la Fregona. Yo he dicho bien, añadió el huésped, y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamás he dicho á persona alguna. Primero quiero ver á la Fregona que saber otra cosa: llamadla acá, dijo el corregidor. Asomóse el huésped á la puerta de la sala, y dijo: ¿Oíslo, señora? haced que éntre aquí Costancica. Cuando la huéspeda oyó que el corregidor llamaba á Costanza, turbóse y comenzó á torcerse las manos, diciendo: ¡Ay desdichada de mí, el corregidor á Costanza y á solas! algún gran mal debe de haber sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres. Costanza, que lo oía, dijo: Señora, no se congoje, que yo iré á ver lo que el señor corregidor quiere, y si algún mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa; y en esto sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un cande-

lero de plata, y con más vergüenza que temor, fué donde el corregidor estaba.

Así como el corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala, lo cual hecho, el corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habiasele encendido la color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel de la tierra; y después de haberla bien mirado, dijo: Huésped, esta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón; desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos: digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no habian de caer sobre el nombre de Fregona, sino sobre el de una duquesa. No es fregona, señor, dijo el huésped; que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que á esta posada vienen. Con todo eso, dijo el corregidor, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un mesón: ¿es parienta vuestra, por ventura? Ni es mi parienta, ni es mi criada: y si vuesa merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuesa merced cosas que juntamente con darle gusto le admiren. Si gustaré, dijo el corregidor, y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio. No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor, y salióse de la sala, y halló á su ama desalada esperándola para saber della qué era lo que el corregidor la quería. Ella le contó lo que había pasado, y cómo su señor quedaba con él para contalle no sé qué cosa que no quería que ella la

oyese. No acabó de sosegarse la huéspedada, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el corregidor, y vió salir libre á su marido, el cual en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de á caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venian: traía asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina: finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta ó pocos más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo: venía enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luégo luégo le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de más fama desta ciudad. Dijeles que el doctor de la Fuente. Fueron luégo por él, y él vino luégo: comunicó á solas con él su enfermedad; y lo que de su plática resultó fué que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningún ruido. Al momento la mudaron á otro aposento, que está aquí arriba apartado y con la comodidad que el doctor pedía. Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servían. Yo y mi mujer preguntamos á los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, y de dónde venía y dónde iba, si era casada, viuda ó doncella, y por qué causa se vestía aquel hábito de peregrina. Á todas estas preguntas que les hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa, sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, que no tenía hijos que la heredasen; y que porque había algunos meses que estaba enferma de hidropesía, había ofrecido de ir á Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa

iba en aquel hábito. En cuanto á decir su nombre, traían orden de no llamarla sino la señora peregrina. Esto supimos por entonces; pero á cabo de tres días que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi mujer de su parte: fuimos á ver lo que quería, y á puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos nos dijo creo que estas mismas razones: Señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mía me hallo en el riguroso trance que ahora os diré; yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando: ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad y desgracia: á estas mis mujeres, ni he podido, ni he querido encubrirselo: por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á Nuestra Señora de Guadalupe: ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto: á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos: la paga de la merced que me hiciéredes, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo menos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo; y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde, se le puso en las manos de mi mujer, la cual como simple, y sin mirar lo que hacía, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno: yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello, que no éramos personas que por interés más que por caridad nos movíamos á hacer bien cuando se ofrecía. Ella prosiguió diciendo: Es menester, amigos, que busquéis dónde llevar lo que pariere luégo luégo, buscando también mentiras que decir á quien lo entregáredes, que por ahora será en la ciudad,

y después quiero que se lleve á una aldea: de lo que después se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva, lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga: partera no la he menester ni la quiero, que otros partos más honrados que he tenido, me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades, y ahorraré un testigo más de mis sucesos. Aquí dió fin á su razonamiento la lastimada peregrina, y principio á un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en más acuerdo, le dijo: finalmente, yo salí luégo á buscar dónde llevar lo que pariese á cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta entonces habían visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora: ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando: en todos había sosiego y silencio maravilloso, y tal cual convenia para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venia el médico á visitarla; pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba, nunca las puso en ejecución, porque sólo pretendió engañar á sus criados con la visita del médico. Todo esto me dijo ella misma después que se vió fuera de peligro, y á los ocho días se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecía á aquel con que se había echado. Fué á su romería, y volvió de allí á veinte días, ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando del artificio, con que después de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió estaba ya la niña dada á criar por mi orden con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí: en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre, la cual contenta de lo que yo había

hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que traería la persona que por la niña viniese: también cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como cuando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y después de apartadas las manos queda dividida la razón, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuadamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaría por su hija, encargándome que la criase no como quien era ella, sino del modo que se suele criar una labradora.

Encargóme también que si por algún suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no la dijese del modo que había nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre, ni quién era; que lo guardaba para otra ocasión más importante. En resolución, dándome otros cuatrocientos escudos de oro, y abrazando á mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discreción, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luégo la truje conmigo, y siempre la he traído en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro días há que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohiballa, y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito. Resta ahora, señor corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decir las bonda-

des y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal es devotísima de Nuestra Señora: confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor ramera en Toledo; canta á la almohadilla como unos ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale, pues en lo que toca á ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto. El señor D. Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, que ella jamás escucha. Muchos señores, y de título, han posado en esta posada, y aposta por hartarse de verla han detenido su camino muchos días; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola, ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la Ilustre Fregona, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto. Calló el huésped, y tardó un gran rato el corregidor en hablarle: tan suspenso le tenía el suceso que el huésped le había contado; en fin, le dijo que le trujese allí la cadena y el pergamino, que quería verlo. Fué el huésped por ello, y trayéndoselo, vió que era así como le había dicho: la cadena era de trozos, curiosamente labrada: en el pergamino estaban escritas, una debajo de otra, en el espacio que había de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras: E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena había dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar sólo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venía, antes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de la Ilustre Fregona,

como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el regidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamaron, estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamás con ninguno de su gusto; pero cuando vió que el corregidor se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu, volviéronle los pulsos, que ya casi desamparado le tenían: no osó preguntar al huésped lo que el corregidor quería, ni el huésped lo dijo á nadie, sino á su mujer, con que ella también volvió en sí, dando gracias á Dios, que de tan grande sobresalto la había librado.

El día siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de á caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pié con ellos venían si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro, y fueron á apearse los dos ancianos, señal por do se conoció que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes; y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro: Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar. Tomás, que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luégo á dos criados de su padre, y luégo conoció á su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos á quien los demás respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debían de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no habria faltado quién les hubiese dicho que en ellas, y no en Flandes, los hallarian; pero no se atrevió á dejarse conocer en aquel traje, antes, aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro pasó por delante dellos, y fué á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y apriesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daría lugar para decirle nada, le dijo: Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi pa-

dre, que es aquel que oyeres llamar D. Juan de Avendaño; infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomás de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido; y quédate adios, que hasta que ellos se vayan no pienso volver á esta casa. No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cubierto como había entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped á Tomás que viniese á dar cebada; pero como no pareció, dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte á una de las dos mozas gallegas, y preguntóle cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habían visto, y que si era hija ó parienta del huésped ó huéspeda de casa. La gallega le respondió: La moza se llama Costanza, ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es: sólo digo que la doy á la mala landre, que no sé qué tiene, que no deja hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa, pues en verdad que tenemos nuestras faiciones como Dios nos las puso: no entra huésped que no pregunte luégo quién es la hermosa, y que no diga: bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las más pintadas, nunca peor me la depare la fortuna; y á nosotras no hay quien nos diga: ¿qué tenéis ahí, diablos, ó mujeres, ó lo que sois? Luégo esta niña á esa cuenta, replicó el caballero, debe dejarse manosear y requebrar de los huéspedes. Sí, respondió la gallega, tenedle el pié al herrar, bonita es la niña para eso: por Dios, señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro: es más áspera que un erizo: es una traga avemarras, labrando está todo el día y rezando: para el día que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta: mi ama dice que trae un cilicio pegado á las carnes, y que es una santa.

Contentísimo el caballero de lo que había oído á la ga-

llega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo: Yo, señor huésped, vengo á quitaros una prenda mía, que há algunos años que tenéis en vuestro poder; para quitárosela os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena, y este pergamino. Diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena que él tenía: asimismo conoció el pergamino, y alegre sobremanera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondió: Señor, la prenda que queréis quitar está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad, que yo creo que vuesa merced trata; y así le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego; y al momento fué á avisar al corregidor de lo que pasaba, y de cómo estaban dos caballeros en su posada, que venían por Costanza. Acababa de comer el corregidor, y con el deseo que tenía de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo, y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apenas hubo visto á los dos caballeros, cuando abiertos los brazos fué á abrazar al uno, diciendo: ¡Válame Dios! ¡qué buena venida es esta, señor D. Juan de Avendaño, primo y señor mio! El caballero le abrazó asimismo, diciéndole: Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo: abrazad, primo, á este caballero, que es el señor D. Diego de Carriazo, gran señor, y amigo mio. Ya conozco al señor D. Diego, respondió el corregidor, y le soy muy servidor; y abrazándose los dos, después de haberse recibido con grande amor y grandes cortesias, se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huésped, el cual ya tenía consigo la cadena, y dijo: Ya el señor corregidor sabe á lo que vuesa merced viene, señor D. Diego de Carriazo: vuesa merced saque los trozos que faltan á esta cadena, y el señor corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que há tantos años que espero á que se haga. Desesa manera, respondió D. Diego, no habrá

necesidad de dar cuenta de nuevo al señor corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido á lo que vos, señor huésped, habréis dicho. Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber: el pergamino hele aquí. Sacó D. Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenía el huésped, que como se ha dicho eran E. T. E. L. S. N. V. D. D. R. respondían en el otro pergamino estas: S. A. S. A. E. A. L. E. R. A. E. A., que todas juntas decían: *Esta es la señal verdadera*. Cotejáronse luégo los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. Esto está hecho, dijo el corregidor: resta ahora saber, si es posible, quiénes son los padres desta hermosísima prenda. El padre, respondió D. Diego, yo lo soy, la madre ya no vive; basta saber que fué tan principal, que pudiera yo ser su criado; y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró á una aldea suya, y allí con recato y con honestidad grandísima pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta: ordenó la suerte que un dia, yendo yo á caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta: cuando llegué á su alcázar, que así se puede llamar su gran casa, dejé el caballo á un criado mio; subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro: era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasión, despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije: Vuesa merced, señora mía, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tengo bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan á vuestras voces, no podrán más que

quitarme la vida: y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinión vuestra fama. Finalmente yo la gocé contra su voluntad y á pura fuerza mía: ella cansada, rendida y turbada, ó no pudo ó no quiso hablarme palabra, y yo dejándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde había entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio, que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamás la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta; y podrá haber veinte días, que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un mayordomo desta señora; fui á ver lo que me quería, bien lejos de pensar en lo que me dijo: halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le había sucedido, y cómo había quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto había venido en romería á Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo había parido en esta casa una niña que se había de llamar Costanza: dióme las señas con que la hallaría, que fueron las que habéis visto de la cadena y pergamino; y dióme ansimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar á su hija: dijome ansimismo que el no habérmelos dado luégo como su señora había muerto, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, había sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba adónde y cómo había de hallar mi hija. Recebí el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

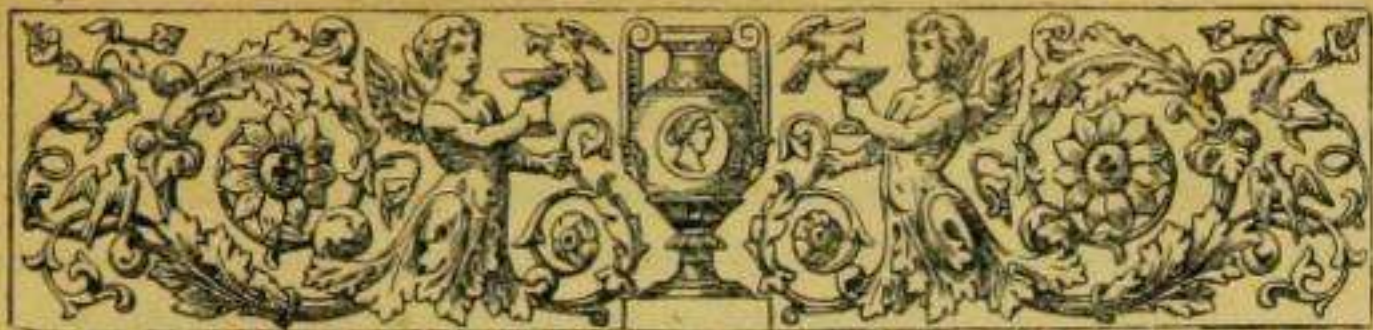
Á estas razones llegaba D. Diego, cuando oyeron que en la puerta decían á grandes voces: Díganle á Tomás Pedro,

el mozo de la cebada, cómo llevan á su amigo el asturiano preso; que acuda á la cárcel, que allí le espera. Á la voz de cárcel y de preso, dijo el corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijeron al alguacil que el corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer. Venía el asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil: y así como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, con un paño como que se limpiaba la sangre se cubrió el rostro. Preguntó el corregidor que qué había hecho aquel mozo, que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador, que le llamaban el asturiano, á quien los muchachos por las calles decían: *daca la cola, asturiano, daca la cola*; y luégo en breves palabras contó la causa por qué le pedían la tal cola, de que no rieron poco todos. Dijo más: que saliendo por la puerta de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se había apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno, á quien dejaba medio muerto á palos, y queriéndole prender, se había resistido, y que por eso iba tan mal parado. Mandó el corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el alguacil, y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado: *Hijo D. Diego, ¿cómo estás desta manera? ¿qué traje es este? ¿aún no se te han olvidado tus picardías?* Hincó las rodillas Carriazo, y fuése á poner á los piés de su padre, que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio. D. Juan de Avendaño, como sabía que D. Diego había venido con D. Tomás su hijo, preguntóle por él: á lo cual respondió que D. Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el asturiano dijo, se acabó de apoderar la admiración en todos los presentes, y mandó el corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada.

Yo creo que no está en casa, respondió el huésped, pero yo le buscaré; y así fué á buscallo. Preguntó don Diego á Carriazo que qué transformaciones eran aquellas, y qué les había movido á ser él aguador, y don Tomás mozo de mesón. Á lo cual respondió Carriazo que no podía satisfacer á aquellas preguntas tan en público, que él respondería á solas. Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí sin ser visto lo que hacian su padre y el de Carriazo: tenía le suspenso la venida del corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped cómo estaba allí escondido; subió por él, y más por fuerza que por grado le hizo bajar; y aún no bajara, si el mismo corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre diciendo: Baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones. Bajó Tomás, y con los ojos bajos y sumisión grande se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, á fuer del que tuvo el padre del hijo pródigo cuando le cobró de perdido. Ya en esto había venido un coche del corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitía volver á caballo. Hizo llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre, diciendo: Recebid, señor don Diego, esta prenda, y estimadla por la más rica que acertárades á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios, que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado. Costanza, que no sabía ni imaginaba lo que le había acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos, se las comenzó á besar tiernamente, bañándose las con infinitas lágrimas, que por sus hermosísimos ojos derramaba. En tanto que esto pasaba, había persuadido el corregidor á su primo don Juan que se viniesen todos con él á su casa; y aunque don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del corregidor, que lo hubo de conceder; y así entraron en el

coche todos ; pero cuando dijo el corregidor á Costanza que entrase también en el coche, se le anubló el corazón, y ella y la huéspeda se asieron una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban. Decía la huéspeda : ¿Cómo es esto, hija de mi corazón, que te vas y me dejas ? ¿Cómo tienes ánimo de dejar á esta madre, que con tanto amor te ha criado ? Costanza lloraba, y la respondía con no menos tiernas palabras. Pero el corregidor enternecido, mandó que asimismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenía, hasta que saliese de Toledo. Así la huéspeda y todos entraron en el coche, y fueron á casa del corregidor, donde fueron bien recibidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron regalada y suntuosamente, y después de comer contó Carriazo á su padre cómo por amores de Costanza don Tomás se había puesto á servir en el mesón, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era, siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Costanza ; y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo : tan bien la cuadraban, que daba á entender que desde que nació había sido señora, y usado los mejores trajes que el uso trae consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste, que fué don Pedro el hijo del corregidor, que luego se imaginó que Costanza no había de ser suya, y así fué la verdad ; porque entre el corregidor, y don Diego de Carriazo, y don Juan de Avendaño se concertaron en que don Tomás se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le había dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del corregidor, y don Pedro, el hijo del corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño, que su padre se ofrecía á traer dispensación del parentesco. Desta

manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos: y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudía infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en don Tomás de Avendaño, y vestido como señor: notaron que Lope asturiano era muy gentilhombre después que había mudado vestido, y dejado el asno y las aguaderas; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, cuando iba por la calle no le pidiese la cola. Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron á Burgos don Diego de Carriazo y su padre y Costanza con su marido don Tomás, y el hijo del corregidor, que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la había criado. Dió ocasión la historia de la Fregona ilustre, á que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solenizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aún vive en compañía de su buen mozo de mesón: y Carriazo ni más ni menos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas ve algún asno de aguador, cuando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, asturiano; asturiano, daca la cola.



LAS DOS DONCELLAS

CINCO leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anocheceia entró un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero: no traía criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luégo el huésped (que era hombre diligente y de recato), mas no fué tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luégo dejó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda, que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras que le habia pesado de que así le hubiesen visto, se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luégo un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díjole la huéspeda que no habia más de uno

en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso si algún huésped acudiese, acomodarle en la una. Á lo cual respondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huésped alguno; y sacando un escudo de oro, se lo dió á la huéspeda con condición que á nadie diese el lecho vacío. No se descontentó la huéspeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedía, aunque el mismo deán de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si quería cenar, y respondió que no; mas que sólo quería que se tuviese gran cuidado con su cuartago: pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él y cerró tras sí la puerta con llave, y aun á lo que después pareció arrimó á ella dos sillas. Apenas se hubo encerrado, cuando se juntaron á consejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se hallaron, y todos trataron de la gran hermosura y gallarda disposición del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habían visto: tanteáronle la edad, y se resolvieron que tendría de diez y seis á diez y siete años: fueron y vinieron, y dieron y tomaron, como suele decirse, sobre qué podía haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzaron, quedáronse con la admiración de su gentileza. Fuéronse los vecinos á sus casas, y el huésped á pensar el cuartago, y la huéspeda á aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho cuando entró otro de poca más edad que el primero, y no de menos gallardía; y apenas le hubo oído la huéspeda cuando dijo: ¡Válame Dios, y qué es esto! ¿vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa? ¿Por qué dice eso la señora huéspeda? dijo el caballero. No lo digo por nada, señor, respondió la mesonera, sólo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenía las ha tomado un caballero que está en aquel aposento y me las ha pagado entrambas, aunque no había menester más de la una sola, porque nadie le éntre en el aposento, y es que debe

gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo por qué, que no tiene él cara ni disposición para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga. ¿Tan lindo es, señora huésped? replicó el caballero. Y ¡cómo si es lindo! dijo ella, y aún más que relindo. Ten aquí, mozo, dijo á esta razón el caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dándole el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, y hizo que le diesen luégo de cenar, y así fué hecho. Y estando cenando, entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa), y sentóse á conversación con el caballero en tanto que cenaba, y no dejó entre razón y razón de echar abajo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero, y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la corte, y de las guerras de Flandes y bajada del turco, no olvidándose de los sucesos del transilvano, que nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas. Ya en esto había acabado el mesonero de dar recado al cuartago, y sentóse á hacer tercio en la conversación, y á probar de su mismo vino no menos tragos que el alguacil; y á cada trago que envasaba, volvía y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponía en las nubes, aunque no se atrevía á dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volvieron á las alabanzas del huésped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no había querido cenar cosa alguna: ponderaron el aparato de las bolsas, y de la bondad del cuartago y del vestido vistoso que de camino traía: todo lo cual requería no venir sin mozo que le sirviese. Todas estas exageraciones pusieron nuevo deseo de verle, y rogó al mesonero hiciese de modo como él entrase á dormir en la otra cama, y le daría un escudo de oro; y puesto que la codicia del dinero acabó con la voluntad del mesonero de dársela, halló

ser imposible á causa que estaba cerrado por dentro, y no se atrevía á despertar al que dentro dormía, y que tan bien tenia pagados los dos lechos. Todo lo cual facilitó el alguacil, diciendo: Lo que se podrá hacer, es que yo llamaré á la puerta, diciendo que soy la justicia, que por mandado del señor alcalde traigo á aposentar á este caballero á este mesón, y que no habiendo otra cama, se le manda dar aquella: á lo cual ha de replicar el huésped que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razón quitarla al que la tiene: con esto quedará el mesonero disculpado, y vuesa merced conseguirá su intento. Á todos les pareció bien la traza del alguacil, y por ella le dió el deseoso cuatro reales. Púsose luégo en obra: y en resolución, mostrando gran sentimiento el primer huésped abrió á la justicia, y el segundo pidiéndole perdón del agravio que al parecer se le había hecho, se fué á acostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respondió palabra, ni menos se dejó ver el rostro, porque apenas hubo abierto, cuando se fué á su cama, y vuelta la cara á la pared, por no responder hizo que dormía. El otro se acostó, esperando cumplir por la mañana su deseo, cuando se levantasen. Eran las noches de las perezosas y largas de diciembre, y el frío y el cansancio del camino forzaban á procurar pasarlas con reposo: pero como no le tenia el huésped primero, á poco más de la media noche comenzó á suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecía despedírsele el alma; y fué de tal manera, que aunque el segundo dormía, hubo de despertar al lastimero són del que se quejaba, y admirado de los sollozos, con que acompañaba los suspiros, atentamente se puso á escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba.

Estaba la sala oscura, y las camas bien desviadas, pero no por esto dejó de oír entre otras razones, estas, que con voz debilitada y flaca, el lastimado huésped primero decía: ¡Ay sin ventura! ¿adónde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados? ¿Qué camino es el mio, ó qué salida espero tener del intrincado laberinto donde me hallo? ¡Ay

pocos y mal experimentados años, incapaces de toda buena consideración y consejo! ¿Qué fin ha de tener esta no sabida peregrinación mía? ¡Ay honra menospreciada, ay amor mal agradecido, ay respetos de honrados padres y parientes atropellados, y ay de mí una y mil veces, que tan á rienda suelta me dejé llevar de mis deseos! ¡Oh palabras fingidas, que tan de veras me obligastes á que con obras os respondiese! Pero ¿de quién me quejo, cuitada? ¿Yo no soy la que quise engañarme? ¿No soy yo la que tomó el cuchillo en sus mismas manos, con que corté y eché por tierra mi crédito, con el que de mi valor tenían mis ancianos padres? ¡Oh fementido Marco Antonio! ¿Cómo es posible que en las dulces palabras que me decías, viniese mezclada la hiel de tus descortesias y desdenes? ¿Adónde estás, ingrato, adónde te fuiste, desconocido? Respóndeme, que te hablo: espérame, que te sigo: sustentame, que descaezco: págame lo que me debes: socórreme, pues por tantas vias te tengo obligado. Calló en diciendo esto, dando muestra en los ayes y suspiros que no dejaban los ojos de derramar tiernas lágrimas. Todo lo cual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huésped, coligiendo por las razones que había oído, que sin duda alguna era mujer que se quejaba, cosa que le avivó más el deseo de conocella, y estuvo muchas veces determinado de irse á la cama de la que creía ser mujer; y hubiéralo hecho, si en aquella sazón no le sintiera levantar, y abriendo la puerta de la sala dió voces al huésped de casa que le ensillase el cuartago, porque quería partirse. Á lo cual, al cabo de un buen rato que el mesonero se dejó llamar, le respondió que se sosegase, porque aún no era pasada la media noche, y que la escuridad era tanta, que seria temeridad ponerse en camino. Quietóse con esto, y volviendo á cerrar la puerta se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que seria bien hablarle, y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podía, por obligarle con esto á que se descu-

briese, y su lastimera historia le contase, y así le dijo: Por cierto, señor gentil hombre, que si los suspiros que habéis dado y las palabras que habéis dicho no me hubieran movido á condolerme del mal de que os quejáis, entendiera que carecía de natural sentimiento, ó que mi alma era de piedra, y mi pecho de bronce duro; y si esta compasión que os tengo, y el presupuesto que en mí ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio (si es que vuestro mal le tiene) merece alguna cortesía, en recompensa ruégoos que la uséis conmigo, declarándome, sin encubrirme cosa, la causa de vuestro dolor. Si él no me hubiera sacado de sentido, respondió el que se quejaba, bien debiera yo de acordarme que no estaba sola en este aposento, y así hubiera puesto más freno á mi lengua y más tregua á mis suspiros; pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla, quiero hacer lo que me pedís, porque renovando la amarga historia de mis desgracias, podría ser que el nuevo sentimiento me acabase; mas si queréis que haga lo que me pedís, habéisme de prometer por la fe que me habéis mostrado en el ofrecimiento que me habéis hecho, y por quien vos sois (que á lo que en vuestras palabras mostráis, prometéis mucho) que por cosas que de mí oigáis en lo que os dijere, no os habéis de mover de vuestro lecho, ni venir al mío, ni preguntarme más de aquello que yo quisiere deciros; porque si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo, me pasaré el pecho. Esotro (que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba) le respondió que no saldría un punto de lo que le había pedido, afirmándoselo con mil juramentos. Con ese seguro, pues, dijo el primero, yo haré lo que hasta agora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie, y así escuchad.

Habéis de saber, señor, que yo que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varón, soy una desdichada doncella, á lo menos una que lo fué no há

ocho días, y lo dejó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres: mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar desta Andalucía, cuyo nombre callo (porque no os importa á vos tanto el saberlo, como á mi el descubrirle): mis padres son nobles y más que medianamente ricos, los cuales tuvieron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario: á él enviaron á estudiar á Salamanca: á mi me tenían en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedían, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fui obediente, ajustando mi voluntad á la suya sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada ó mi mucha demasia me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro más rico que mis padres, y tan noble como ellos: la primera vez que le miré no sentí otra cosa que fuese más de una complacencia de haberle visto; y no fué mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discreción y cortesía; pero ¿de qué me sirve alabar á mi enemigo ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mío, ó por mejor decir, el principio de mi locura? Digo, en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mía estaba; desde allí, á lo que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los míos con otra manera de contento que el primero gustaron de mirarle, y aun me forzaron á que creyese que eran puras verdades cuanto en sus ademanes y en su rostro leía: fué la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mío y de dar fe al suyo: llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador, para dar á entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí, desdichada (que jamás en semejantes ocasiones y trances me había visto) cada palabra era un tiro de artillería

que derribaba parte de la fortaleza de mi honra : cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad : cada suspiro un furioso viento que el incendio aumentaba de tal suerte, que acabó de consumir la virtud que hasta entonces aún no había sido tocada; finalmente con la promesa de ser mi esposo á pesar de sus padres (que para otra le guardaban), di con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber cómo me entregué en su poder á hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino, que un paje de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sosiego); y apenas hubo tomado de mí la posesión que quiso, cuando de allí á dos días desapareció del pueblo, sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar dónde había ido. Cuál yo quedé, digalo quien tuviera poder para decirlo, que yo no sé ni supe más de sentillo : castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro ; martiricé mi rostro, por parecerme que él había dado toda la ocasión á mi desventura ; maldije mi suerte, acusé mi presta determinación, derramé muchas é infinitas lágrimas, vime casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salían, quejéme en silencio al cielo, discurrí con la imaginación, por ver si descubria algún camino ó senda á mi remedio, y la que hallé fué vestirme en hábito de hombre, y ausentarme de la casa de mis padres, y irme á buscar á este segundo engañador Eneas, á este cruel y fementido Vireno, á este defraudador de mis buenos pensamientos y legítimas y bien fundadas esperanzas ; y así sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciéndome la ocasión un vestido de camino de mi hermano, y un cuartago de mi padre que yo ensillé, una noche escurísima salí de casa con intención de ir á Salamanca, dónde, según después se dijo, creían que Marco Antonio podía haber venido ; porque también es estudiante y camarada del hermano mío que os he dicho : no dejé asimismo de sacar cantidad de dineros en oro, para todo aquello que en mi impensado viaje pueda sucederme ; lo que más

me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del cuartago que traigo, y cuando esto no tema, temo á mi hermano que está en Salamanca, del cual si soy conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida ; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á cuantas yo pudiere darle : con todo esto, mi principal determinación es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes, con unas cifras que dicen: Es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo, sabré dél qué halló en mí que tan presto le movió á dejarme ; y en resolución haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrándome tan presta á la venganza, como fui fácil al dejar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, va despertando en mí bríos que me prometen ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es, señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la cual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron : lo que os ruego y suplico es, que ya que no podáis darme remedio, á lo menos me déis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he de menester.

Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que había estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que estaba dormido y que ninguna cosa le había oído; y para certificarse de lo que sospechaba, le dijo: ¿Dormís, señor? y no sería malo que durmiédeses, porque el apasionado que cuenta sus desdichas á quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha más sueño que lástima. No duermo, respondió el caballero, antes estoy tan despierto, y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mis-

mo grado me aprieta y duele que á vos misma, y por esta causa el consejo que me pedis, no sólo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren; que puesto que en el modo que habéis tenido en contarme vuestro suceso, se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que conforme á esto os debió de engañar más vuestra voluntad rendida que las persuasiones de Marco Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los cuales no cabe tener experiencia de muchos engaños de los hombres: sosegad, señora, y dormid, si podéis, lo poco que debe de quedar de la noche; que en viniendo el dia nos aconsejaremos los dos y veremos qué salida se podrá dar á vuestro remedio. Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato por dar lugar á que el caballero durmiese, el cual no fué posible sosegar un punto, antes comenzó á volcarse por la cama y á suspirar de manera que le fué forzoso á Teodosia preguntarle qué era lo que sentia, que si era alguna pasión á quien ella pudiese remediar lo haria con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. Á esto respondió el caballero: Puesto que sois vos, señora, la que causa el desasosiego que en mi habéis sentido, no sois vos la que podáis remedialle, que á serlo, no tuviera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia adónde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavía sospechó que alguna pasión amorosa le fatigaba, y aun pensó ser ella la causa, y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad y la escuridad, y el saber que era mujer, no fuera mucho haber despertado en él algún mal pensamiento, y temerosa desto se vistió con grande priesa y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama estuvo esperando el dia, que de allí á poco espacio dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas: y lo mismo que Teo-

dosia había hecho el caballero, y apenas vió estrellado el aposento con la luz del día, cuando se levantó de la cama, diciendo : Levantaos, señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dejaros de mi lado hasta que como legitimo esposo tengáis en el vuestro á Marco Antonio, ó que él ó yo perdamos las vidas; y aquí veréis la obligación y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia; y diciendo esto, abrió las ventanas y puertas del aposento. Estaba Teodosia deseando ver la claridad, para ver con la luz qué talle y parecer tenía aquel con quien había estado hablando toda la noche; mas cuando le miró y le conoció, quisiera que jamás hubiera amanecido sinó que allí en perpetua noche se le hubieran cerrado los ojos; porque apenas hubo el caballero vuelto los ojos á mirarla (que también deseaba verla), cuando ella conoció que era su hermano, de quien tanto se temia, á cuya vista casi perdió la de sus ojos, y quedó suspensa, y muda, y sin color en el rostro: pero sacando del temor esfuerzos, y del peligro discreción, echando mano á la daga, la tomó por la punta, se fué á hincar de rodillas delante de su hermano, diciendo con voz turbada y temerosa: Toma, señor y querido hermano mío, y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mía no es bien que ninguna misericordia me valga: yo confieso mi pecado, y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento: sólo te suplico que la pena sea de suerte que se extienda á quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinión, si el castigo que me dieres fuere secreto. Mirábala su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza, las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico la levantó del suelo, y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciéndole entre otras razones que por

no hallar castigo igual á su locura, le suspendía por entonces; y así por esto, como por parecerle que aún no había cerrado la fortuna de todo en todas las puertas á su remedio, quería antes procurársele por todas las vías posibles que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los perdidos espíritus, tornó la color á su rostro, y revivieron sus casi muertas esperanzas. No quiso más don Rafael (que así se llamaba su hermano) tratarle de su suceso: sólo le dijo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos á buscar á Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella, porque siendo su camarada, le hubiera hablado, aunque podía ser que el agravio que le había hecho le enmudeciese y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en esto el huésped, al cual ordenaron que les diese algo de almorzar, porque querían partirse luego.

Entre tanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venía, entró en el mesón un hidalgo que venía de camino, que de don Rafael fué conocido luego. Conocióle también Teodoro, y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó don Rafael al recién venido qué nuevas había en su lugar. Á lo cual respondió, que él venía del Puerto de Santa María, adonde dejaba cuatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas había visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de don Leonardo Adorno. Con las cuales nuevas se holgó don Rafael, pareciéndole que pues tan sin pensar había sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendría buen fin su suceso: rogóle á su amigo que trocarse con el cuartago de su padre (que él muy bien conocía) la mula que él traía, no diciéndole que venía, sino que iba á Salamanca, y que no quería llevar tan buen cuartago en tan largo camino. El otro, que era comedido y

amigo suyo, se contentó del truco, y se encargó de dar el cuartago á su padre.

Almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse el amigo, tomó el camino de Cazalla, donde tenía una rica heredad. No partió D. Rafael con él, que por hurtarle cuerpo le dijo que le convenia volver aquel día á Sevilla; y así como le vió ido, estando en orden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huésped, diciendo adiós, se salieron de la posada, dejando admirados á cuantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposición, que no tenía para hombre menor gracia, brio y compostura D. Rafael, que su hermana belleza y donaire. Luégo en saliendo contó D. Rafael á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algún día las galeras que pasan á Italia ó vienen á España, y que si no hubiesen llegado podían esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dijo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenía más voluntad que la suya. Dijo D. Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurándole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo, que era de los alegres del oficio, y que conocia que D. Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviría. Preguntó D. Rafael á su hermana qué dineros llevaba. Respondió que no los tenía contados, y que no sabia más de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ó ocho veces, y sacádola llena de escudos de oro, y según aquello imaginó D. Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros doscientos que él tenía, y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado; y más persuadiéndose que habia de hallar en Barcelona á Marco Antonio. Con esto se dieron priesa á caminar sin perder jornada, y sin acaecerles des-

mán ó impedimento alguno, llegaron á dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada. Habían sabido en el camino como un caballero, que pasaba por embajador á Roma, estaba en Barcelona esperando las galeras, que aún no habían llegado: nueva que les dió mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del cual vieron salir un hombre corriendo y mirando atrás como espantado. Púsosele D. Rafael delante diciéndole: ¿Por qué huis, buen hombre, ó qué caso os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo os hace parecer tan ligero? ¿No queréis que corra apriesa y con miedo, respondió el hombre, si por milagro me he escapado de una compañía de bandoleros que queda en ese bosque? Malo, dijo el mozo de mulas, malo, vive Dios: ¿bandoleritos á estas horas? para mi santiguada que ellos nos pongan como nuevos. No os congojéis, hermano, replicó el del bosque, que ya los bandoleros se han ido, y han dejado atados á los árboles deste bosque más de treinta pasajeros, dejándolos en camisa: á solo un hombre dejaron libre para que desatase á los demás después que ellos hubiesen traspuesto una montaña que le dieron por señal. Si eso es, dijo Calvete (que así se llamaba el mozo de mulas), seguros podemos pasar, á causa que al lugar donde los bandoleros hacen el salto no vuelven por algunos días, y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos, y sabe de molde su usanza y costumbres. Así es, dijo el hombre, lo cual oído por D. Rafael, determinó pasar adelante; y no anduvieron mucho, cuando dieron con los atados, que pasaban de cuarenta, que los estaba desatando el que dejaron suelto. Era extraño espectáculo el verlos: unos desnudos del todo: otros vestidos con los vestidos astrosos de los bandoleros: unos llorando de verse robados, otros riendo de ver los extraños trajes de los otros: éste contaba por menudo lo que le llevaban: aquel decía que le pesaba más de una caja de *agnus* que de Roma traía, que de otras

infinitas cosas que llevaba. En fin, todo cuanto allí pasaba eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo cual miraban, no sin mucho dolor, los dos hermanos, dando gracias al cielo que de tan grande y tan cercano peligro los había librado. Pero lo que más compasión les puso, especialmente á Teodoro, fué ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad, al parecer, de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo; pero tan hermoso de rostro, que forzaba y movía á todos que le mirasen. Apeóse Teodoro á desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio; y por hacérsele mayor, pidió á Calvete, el mozo de mulas, le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra para aquel gentil mancebo. Dióla Calvete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntándole de dónde era, de dónde venía y adónde caminaba. Á todo esto estaba presente D. Rafael, y el mozo respondió que era del Andalucía, y de un lugar, que en nombrándole, vieron que no distaba del suyo sino dos leguas: dijo que venía de Sevilla, y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban; pero que la suerte suya había salido azar con el mal encuentro de los bandoleros, que llevaban una buena cantidad de dineros, y tales vestidos, que no se comprarán tan buenos con trescientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venía de casta que se le había de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo. Las buenas razones del mozo (junto con haber oído que era tan cerca de su lugar, y más con la carta de recomendación que en su hermosura traía) pusieron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en cuanto pudiesen, y repartiendo entre los que más necesidad á su parecer tenían, algunos dineros, especialmente entre frailes y clérigos, que había más de ocho, hicieron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse más, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron que

las galeras el día antes habían llegado á Barcelona, y que de allí á dos días se partirían, si antes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hicieron que la mañana siguiente madrugasen antes que el sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, sino con más sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habían desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenía las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenía, sospechó que debía de ser mujer, y deseaba acabar de cenar para certificarse á solas de su sospecha; y entre la cena le preguntó D. Rafael que cuyo hijo era, porque él conocía toda la gente principal de su lugar, si era aquel que había dicho. Á lo cual respondió el mancebo que era hijo de D. Enrique de Cárdenas, caballero bien conocido. Á esto dijo D. Rafael que él conocía bien á D. Enrique de Cárdenas; pero que sabía y tenía por cierto que no tenía hijo alguno; mas que si lo había dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca más se lo preguntaría. Verdad es, replicó el mozo, que D. Enrique no tiene hijos; pero tiénelos un hermano suyo, que se llama D. Sancho. Ese tampoco, respondió don Rafael, tiene hijos, sino una hija sola, y aun dicen que es de las más hermosas doncellas que hay en la Andalucía, y esto no lo sé más de por fama; que aunque muchas veces he estado en su lugar, jamás la he visto. Todo lo que, señor, decís, es verdad, respondió el mancebo, que D. Sancho no tiene más de una hija, pero no tan hermosa como su fama dice; y si yo dije que era hijo de D. Enrique, fué porque me tuviédeses, señores, en algo, pues no lo soy sino de un mayordomo de D. Sancho, que há muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que di á mi padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, según he visto, á

hacerse ilustres aun los de oscuro linaje. Todas estas razones y el modo con que las decía, notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha. Acabóse la cena, alzáronse los manteles, y en tanto que D. Rafael se desnudaba, habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcón de una ancha ventana que á la calle salía, y en él puestos los dos de pechos, Teodoro así comenzó á hablar con el mozo:

Quisiera, señor Francisco (que así había dicho él que se llamaba), haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme cualquiera cosa que pudiera ó quisiera pedir; pero el poco tiempo que há que os conozco, no ha dado lugar á ello: podría ser que en el que está por venir conociédes lo que merece mi deseo; y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor, como lo soy también antes que os le descubra. Quiero también que sepáis que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo más experiencia de las cosas de mundo que ellos prometen, pues con ella he venido á sospechar que vos no sois varón como vuestro traje lo muestra, sino mujer, y tan bien nacida como vuestra hermosura publica, y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del traje; pues jamás tales mudanzas son por bien de quien las hace: si es verdad lo que sospecho, decídmelo, que os juro por la fe de caballero que profeso, de ayudaros y serviros en todo aquello que pudiere. De que seáis mujer, no me lo podéis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y habéis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo y no tan honrado, sacara á luz lo que vos tan mal habéis sabido encubrir: digo que no dudéis de decirme quién sois, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda, y os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga. Con grande atención estaba el mancebo escu-

chando lo que Teodoro le decía, y viendo que ya callaba, antes que le respondiese palabra, le tomó las manos, y llegándose a la boca, se las besó por fuerza y aun se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dejar de acompañarle en ellas (propia y natural condición de mujeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos); pero después que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondía, el cual dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo: No quiero ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera: mujer soy, y la más desdichada que echaron al mundo las mujeres; y pues las obras que me habéis hecho y los ofrecimientos que me hacéis, me obligan á obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad, que yo os diré quién soy (si ya no os cansa oír ajenas desventuras). En ellas viva yo siempre, replicó Teodoro, si no llegue el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mías; y tornándole á abrazar, y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo algo más sosegado comenzó á decir estas razones:

En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho: en lo que toca á mis padres, no la dije; porque D. Enrique no lo es, sino mi tío, y su hermano D. Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que don Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo: mi nombre es Leocadia: la ocasión de la mudanza de mi traje oiréis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los más ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero que trae su origen de los nobles y antiguos Adornos de Génova: éste tiene un hijo, que si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mías, es de los gentiles-hombres que desearse puede. Este

pues, así por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza como mi padre, algunas veces venía á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis días, que todos y aun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo: desta ocasión tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fué bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos, á la bajeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado más de aquello que fuera licito á una recatada doncella, la gentileza y discreción de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linaje y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenía, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podía caber en mi deseo: con este pensamiento le comencé á mirar con más cuidado, y debió de ser sin duda con más descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fué menester al traidor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para qué me pongo á contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud granjeó conmigo, que fué que habiéndome dado su fe y palabra, debajo de grandes, á mi parecer, firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecí á que hiciese de mí todo lo que quisiese; pero aún no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una cédula que él me dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escrita, que me satisfizo. Recebida la cédula, dí traza como una noche viniese de su lugar al mio, y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento, donde sin sobresalto alguno podía coger el fruto que para él solo estaba destinado. Llegóse en fin la noche por mí tan deseada. Hasta este punto habia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada una dellas le traspas-

saba el alma, especialmente cuando oyó el nombre de Marco Antonio, y vió la peregrina hermosura de Leocadia, y consideró la grandeza de su valor con la de su rara discreción, que bien lo mostraba en el modo de contar su historia. Mas cuando llegó á decir: llegó la noche por mi tan deseada, estuvo por perder la paciencia, y sin poder hacer otra cosa le salteó la razón, diciendo: ¿Y bien? así como llegó esa felicísima noche, ¿qué hizo? ¿entró por dicha? ¿gozásteisle? ¿confirmó de nuevo la cédula? ¿quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decís que era suyo? ¿súpolo vuestro padre, ó en qué pararon tan honestos y sabios principios? Pararon, dijo Leocadia, en ponerme de la manera que veis, porque no le gocé, ni me gozó, ni vino al concierto señalado. Respiró con estas razones Teodosia, detuvo los espíritus que poco á poco la iban dejando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los celos, que á más andar se le iban entrando por los huesos y médulas, para tomar entera posesión de su paciencia; mas no la dejó tan libre, que no volviese á escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió, diciendo: No solamente no vino, pero de allí á ocho días supe por nueva cierta que se había ausentado de su pueblo y llevado de casa de sus padres á una doncella de su lugar, hija de un principal caballero, llamada Teodosia, doncella de extremada hermosura y de rara discreción; y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo el robo, y luégo llegó á mis oídos, y con él la fría y temida lanza de los celos que me pasó el corazón, y me abrasó el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi honra y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia y se acabó mi cordura. ¡Ay de mí, desdichada! que luégo se me figuró en la imaginación Teodosia más hermosa que el sol, y más discreta que la discreción misma, y sobre todo más venturosa que yo sin ventura. Leí luégo las razones de la cédula, vilas firmes y valederas, y que no podían faltar en la fe que pu-

blicaban; y aunque á ellas como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo: maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldije mi suerte, y lo que más sentía era no poder hacer estos sacrificios á todas horas, por la forzosa presencia de mi padre: en fin, por acabar de quejarme sin impedimento ó por acabar la vida, que es lo más cierto, determiné dejar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento, parece que la ocasión facilita y allana todos los inconvenientes, sin temor alguno hurté á un paje de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pié caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos días entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen: allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venían á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros que me quitaron cuánto traía, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte que me cumpliese la promesa; pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debían estar grabadas en el alma: que claro está, que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia: aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista los turbe su sosiego: no piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa

lo que es mío: yo la buscaré, yo la hallaré y yo la quitaré la vida, si puedo. ¿Pues qué culpa tiene Teodosia, dijo Teodoro, si ella quizá también fué engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habéis sido? ¿Puede ser eso así, dijo Leocadia, si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén como suele decirse en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Escitia: ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle. Podía ser que os engañásedes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decis, y sé de su condición y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dejar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoo, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teníades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dijo Leocadia, no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como cuántas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habéis oído: de que él la llevase, no hay duda; y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasión, yo lo confieso, mas el dolor que siento de los celos, me la representa en la memoria, bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos: cuanto más, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decis, señora Leocadia, respondió Teodosia, que así como veo que la pasión que sentis no os deja hacer más acertados discursos, veo que no estáis en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuera jus-

to y yo pudiere; y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condición y nobleza no le dejarán hacer otra cosa: nuestro camino es á Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco más ó menos sabéis el trato de nuestra compañía: lo que os ruego es me déis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda; para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razón: junto con esto me parece no ser bien que mudéis de traje; y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que más os convengan, y en lo demás de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos más desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no la desamparase, pues veía á cuántos peligros estaba puesta, si por mujer fuese conocida.

Con esto se despidieron y se fueron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se había aún dormido D. Rafael, esperando á su hermana por saber lo que le había pasado con el que pensaba ser mujer; y en entrando, antes que se acostase, se lo preguntó: la cual punto por punto le contó todo cuanto Leocadia le había dicho, cuya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio, y la intención que llevaba. Admiróse D. Rafael, y dijo á su hermana: Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las más principales de su lugar, y una de las más nobles señoras de toda la Andalucía: su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenía de hermosa corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro; y lo que desto me parece es que debemos andar con recato, de manera, que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algún cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto

que la haya perdido; pero sosegáos y acostáos, hermana, que para todo se buscará remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano le mandaba, en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegarse no fué en su mano, que ya tenia tomada posesión de su alma la rabiosa enfermedad de los celos. ¡Oh cuánto más de lo que ella era se le representaba en la imaginación la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! ¡Oh cuántas veces leía ó fingía leer la cédula que la había dado! ¡Qué de palabras y razones la añadía, que la hacían cierta y de mucho efecto! ¡Cuántas veces no creyó que se le había perdido, y cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado! Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con más descanso D. Rafael su hermano; porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el corazón en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efecto la hubiera comunicado; que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce: y cuando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con cualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al árbol, ni vestida en el roto traje de yarón, sino en el suyo de mujer, y en casa de sus padres, ricos y de tan principal y rico linaje como ellos eran: no detenía ni quería detener el pensamiento en la causa que la había traído á que la conociese: deseaba que el día llegase para proseguir su jornada, y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia, y ya le tenían el amor y el celo de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia: la cual esperanza ya

le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasión.

Con esto que él á si mismo se prometia, se sosegó algún tanto, y de allí á poco se dejó venir el día, y ellos dejaron las camas, y llamando don Rafael al huésped le preguntó si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un paje á quien los bandoleros habían desnudado. El huésped dijo que él tenia un vestido razonable que vender: trújole, y vínole bien á Leocadia. Pagóle don Rafael, y ella se vistió, y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brío, que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de don Rafael, y dobló los celos en Teodosia. Ensilló Calvete, y á las ocho del día partieron para Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso monasterio de Monserrate, dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con más sosiego á su patria. No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con cuán diferentes ánimos los dos iban mirando á Leocadia, deseándola Teodosia la muerte, don Rafael la vida, entrambos celosos y apasionados: Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza; don Rafael hallándole perfecciones, que de punto en punto le obligaban más á amarla. Con todo esto no se descuidaron de darse priesa, de modo que llegaron á Barcelona poco antes que el sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballeria, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo. En entrando en ella, oyeron grandísimo ruido, y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron que la gente

de las galeras que estaban en la playa, se había revuelto y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo cual don Rafael, quiso ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dijo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro, que él sabía bien cuán mal libraban los que en tales pependencias se metían, que eran ordinarias en aquella ciudad, cuando á ella llegaban galeras. No fué bastante el buen consejo de Calvete para estorbar á don Rafael la ida, y así le siguieron todos: y en allegando á la marina, vieron muchas espadas fuera de las vainas, y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna: con esto, sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veían los rostros de los que peleaban, porque aún no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad acudía, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traía á cargo, que era un caballero valenciano, llamado don Pedro Vique, desde la popa de la galera capitana amenazaba á los que se habían embarcado en los esquifes para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de las galeras á la ciudad, y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen, otra no iría sin ella. En esto estaba don Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que más se señalaban de las galeras, lo hacía gallardamente un mozo de hasta veintidos ó poco más años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color adornado con un rico trencillo al parecer de diamantes: la destreza con que el mozo se combatía, y la bizarria del vestido, hacían que volviesen á mirarle todos cuantos la pendencia miraban; y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un mismo punto y tiempo dijeron: ¡Válame Dios! Ó yo no tengo ojos, ó aquel de lo verde es Marco Antonio: y en diciendo esto, con gran ligereza saltaron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba,

y se pusieron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde que se ha dicho). No temáis, dijo así como llegó Leocadia, señor Marco Antonio, que á vuestro lado tenéis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. ¿Quién lo duda, replicó Teodosia, estando yo aquí? Rafael que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo, y se puso de su parte. Marco Antonio ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijeron: antes cebado en la pelea, hacia cosas al parecer increíbles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecía, fuéles forzoso á los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compás se iban retirando á sus lados las dos valientes y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipólita y Pantasilea. En esto vino un caballero catalán de la famosa familia de los Cardonas, sobre un poderoso caballo, y poniéndose en medio de las dos partes, hacía retirar los de la ciudad, los cuales le tuvieron respeto en conociéndole. Pero algunos desde lejos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua; y quiso la mala suerte que una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia, que dió con él en el agua; que ya le daba á la rodilla; y apenas Leocadia le vió caído, cuando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba don Rafael un poco desviado, defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovían; y queriendo acudir al remedio de su dama, y al de su hermana y cuñado, el caballero catalán se le puso delante, diciéndole: Sosegaos, señor, por lo que debéis á un buen soldado, y hacedme merced de poneros á mi lado, que yo os libraré de la insolencia y demasia deste desmandado vulgo. ¡Ah señor! respondió don Rafael, dejadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida más quiero. Dejóle pasar el caballero, mas no llegó tan á tiempo, que ya no hubiesen recogido en el esquite de la galera capitana á Marco Antonio y á Leocadia,

que jamás le dejó de los brazos, y queriéndose embarcar con ellos Teodosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerza para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara á tiempo de socorrerla, el cual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana había sentido (que ya también él había conocido á Marco Antonio). El caballero catalán, aficionado de la gentil presencia de don Rafael y de su hermana (que por hombre tenia), los llamó desde la orilla, y les rogó que con él se viniesen; y ellos forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente, que aún no estaba pacífica, les hiciese algún agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacía. El caballero se apeó, y tomándolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medio de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y así lo hicieron. Miró don Rafael á todas partes por ver si veía á Calvete con las mulas, y no le vió á causa que él así como ellos se apearon, las antecogió y se fué á un mesón donde solía posar otras veces. Llegó el caballero á su casa, que era una de las principales de la ciudad, y preguntando á don Rafael en cuál galera venía, le respondió que en ninguna, pues había llegado á la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron herido de la pedrada en el esquife, se había puesto en aquel peligro, y que le suplicaba diese orden como sacasen á tierra al herido que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena, dijo el caballero, y sé que me le dará seguramente el general, que es principal caballero y pariente mio: y sin detenerse más, volvió á la galera, y halló que estaban curando á Marco Antonio, y la herida que tenía era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro: alcanzó con el general se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el esquife,

le sacaron, sin quererle dejar Leocadia, que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra, hizo el caballero traer de su casa una silla de manos, donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, había enviado don Rafael á buscar á Calvete, que en el mesón estaba con cuidado de saber lo que la suerte había hecho de sus amos, y cuando supo que estaban buenos, se alegró en extremo, y vino adonde don Rafael estaba.

En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio y Leocadia, y á todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia: ordenó luégo como se llamase un cirujano famoso de la ciudad para que de nuevo curase á Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro día, diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenían entre las manos, y así no convenía curarle hasta otro día: lo que ordenó fué le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras, y dió cuenta al de la ciudad de la herida, y de cómo le había curado, y del peligro que de la vida á su parecer tenía el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad, que estaba bien curado; y ansimismo (según la relación que se le había hecho) exageró el peligro de Marco Antonio. Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfacción de su honra: y fué que así como se fueron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de D. Rafael, Teodosia y de otras personas, se llegó á la cabecera del herido y asiéndole de la mano, le dijo estas razones: No estáis en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras: y así sólo querría que me oyésedes algunas que

convienen, sino para la salud de vuestro cuerpo, conven-
drán para la de vuestra alma, y para deciros las es menes-
ter que me déis licencia, y me advirtáis si estáis con sujeto
de escucharme: que no sería razón, que habiendo yo pro-
curado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro
gusto, en este instante que le tengo por el postrero, seros
causa de pesadumbre. Á estas razones abrió Marco Anto-
nio los ojos, y los puso atentamente en Leocadia, y ha-
biéndola casi conocido, más por el órgano de la voz, que
por la vista, con voz debilitada y doliente le dijo: Decid,
señor, lo que quisiéredes, que no estoy tan al cabo que no
pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable, que
me cause fastidio el oirla. Atentísima estaba á todo este
coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decía, era
una aguda saeta que le atravesaba el corazón, y aun el al-
ma de D. Rafael, que asimismo la escuchaba. Y prosiguien-
do Leocadia, dijo: Si el golpe de la cabeza, ó por mejor
decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha lleva-
do, señor Marco Antonio, de la memoria la imagen de
aquella que poco há que vos decíades ser vuestra gloria y
vuestro cielo, bien os debéis acordar quién fué Leocadia,
y cuál fué la palabra que le disteis firmada en una cédula
de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor
de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la
obligación en que le estáis, por haber acudido á vuestro
gusto en todo lo que quisisteis: si esto no se os ha olvida-
do, aunque me veáis en este traje tan diferente, conoceréis
con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nue-
vos accidentes y nuevas ocasiones no me quitasen lo que
tan justamente es mío, así como supe que de vuestro lugar
os habíades partido, atropellando por infinitos inconve-
nientes, determiné seguiros en este hábito, con intención
de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros:
de lo cual no os debéis maravillar, si es que alguna vez
habéis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor
verdadero, y la rabia de una mujer engañada. Algunos tra-

bajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traído de veros; que puesto que estéis de la manera que estáis, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debéis á quien sois antes de la partida, me juzgaré por más que dichosa, prometiéndoos, como os prometo, de darme tal vida después de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase sin que os siga en esta última y forzoza jornada: y así os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos y intentos van encaminados, y luégo por vos, que debéis mucho á ser quien sois, últimamente por mí, á quien debéis más que á otra persona del mundo, que aquí luégo me recibáis por vuestra legitima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razón os persuade. No dijo más Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fué esta: No puedo negar, señora, el conoceros, y que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue: tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo ni os tendré en menos por lo que habéis hecho en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro; antes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero pues mi corta suerte me ha traído á término, como vos decís, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apuraderos de las verdades, quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podría ser que después os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y que me quisistes, y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice, fué más por cumplir con vuestro deseo que con el mío; porque antes que la firmase, con muchos días, tenía entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo

lugar, que vos bien conocéis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si á vos os di cédula firmada de mi mano, á ella le di la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona del mundo. Los amores que con vos tuve fueron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabéis, las cuales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna: lo que con Teodosia me pasó, fué alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hícelo con poco discurso y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podía hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entonces me vinieron y solicitaron lo que quería hacer, que fué venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y después volver á ver lo que Dios había hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas dolíéndose de mí el cielo sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedéis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere; y si en algún tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes, cómo en la muerte le cumplí la palabra que le di en la vida; y si en el poco tiempo que della me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decidmelo, que cómo no sea recibiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio decía estas razones, tenía la cabeza sobre el codo, y en acabándolas dejó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego D. Rafael, y abrazándole estrechamente, le dijo: Volved

en vos, señor mío, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos queréis que lo sea: conoced á D. Rafael, vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana queréis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á D. Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro le dijo: Ahora digo, hermano y señor mío, que la suma alegría que he recibido en veros, no puede traer menos descuento, que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros. Pues yo os lo quiero hacer más cumplido, replicó D. Rafael, con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa; y buscando á Teodosia la halló llorando detrás de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veía, y por lo que había oído decir. Asíóla su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dejó llevar dónde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas. Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento: mirábanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacía, y vió al que pensaba ser hermano de D. Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacía con el paje que abrazado tenia), y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intención de irse desesperada por el mundo, ó adonde gentes no la viesan; mas apenas había llegado á la calle, cuando D. Rafael la echó menos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella, y nadie le supo dar razón donde se había ido; y así sin esperar más, desesperado

salió á buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete, por si había ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles, buscándola de unas partes á otras; y pensando si por ventura se había vuelto á las galeras, llegó á la marina, y un poco antes que llegase, oyó que á grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las daba era la hermosa Leocadia, la cual recelosa de algún desmán, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada, y esperó apercebida que llegase D. Rafael, á quien ella luégo conoció, y le pesó de que la hubiese hallado, y más en parte tan sola, que ya ella había entendido, por más de una muestra que D. Rafael le había dado, que no la quería mal, sino tan bien que tomara por buen partido que Marco Antonio la quisiera otro tanto. ¿Con qué razones podré yo decir ahora las que D. Rafael dijo á Leocadia, declarándole su alma, que fueron tantas y tales, que no me atrevo á escribirlas? Mas pues es forzoso decir algunas, las que entre otras le dijo, fueron estas: Si con la ventura que me falta, me faltase ahora ¡oh hermosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria enterrada en los senos del perpetuo olvido la más enamorada y honesta voluntad que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtáis, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido: mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me hace mucha ventaja: en los de naturaleza no conviene que me alabe, y más si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada señora, porque toméis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que hoy os

ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas que hasta ahora habéis tenido del malo, y no penséis que el atrevimiento que habéis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciéades, si nunca le hubiéades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndoos por perpetua señora mía, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo cuanto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondón y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traído á vos al estado en que estáis, y así no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno. Callando estuvo Leocadia á todo cuanto D. Rafael le dijo, sino que de cuando en cuando daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas: tuvo atrevimiento D. Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo, y allí besándosele muchas veces le decía: Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destes estrellados cielos que nos cubren, y deste sosegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan: dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra, como á mi contento: vuélvoos á decir que soy caballero, como vos sabéis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que más habéis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, lejos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubiéades, y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades, podéis volver á vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada de tan buen esposo como el que vos supisteis escogeros; rica, contenta, estimada y servida, y aun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra his-

toria: si esto es así como lo es, no sé en qué estáis dudando: acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo de mereceros, que en ello haréis por vos misma, y cumpliréis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta. Ea pues, dijo á esta sazón la dudosa Leocadia, pues así lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hágase lo que él quiere y vos queréis, señor mío; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad, no porque entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto me habéis de mirar con otros ojos de los que quizás hasta agora, mirándome, os han engañado; mas sea como fuere, que en fin el nombre de ser mujer legitima de D. Rafael de Villavicencio no le podré perder, y con este titulo solo viviré contenta; y si las costumbres que en mi viéredes, despues de ser vuestra, fueren parte para que me estiméis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traído por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra: dadme, señor D. Rafael, la mano de ser mío, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decís, el cielo, la mar, las arenas y este silencio, solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos. Diciendo esto se dejó abrazar, y le dió la mano, y D. Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, á pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos. Luégo se volvieron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, y la misma tenían Marco Antonio y Teodosia: los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que á persuasión de Teodosia (temerosa que algún contrario accidente no le turbase el bien que había hallado) el caballero envió luégo por quien los desposase, de modo que cuando D. Rafael y Leocadia entraron, y D. Rafael contó lo que con Leocadia

le había sucedido, así les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condición natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer á los extranjeros que de ellos tienen necesidad alguna. El sacerdote que presente estaba ordenó que Leocadia mudase el hábito, y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió á ello con presteza, vistiendo á las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora, del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolía del herido, como hablaba mucho, y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo primero que le dejasen en silencio. Pero Dios que así lo tenía ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (cuando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que á la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio había guardado, fuese parte para mejorarle, de manera, que otro dia cuando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pié á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron D. Rafael, Leocadia y Teodosia, y aun Calvete el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que había conocido en D. Rafael, le obligó á no dejarle hasta que volviese á su tierra; y viendo que habían de ir á pié como peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de D. Rafael, que no faltó con quien enviarlas. Llegóse pues el dia de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario, se despidieron del liberal caballero, que tanto les había favorecido y agasajado, cuyo nombre era D. Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre, y famoso por su persona: ofreciéronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus descendientes, á quien se lo dejarían mandado, la

memoria de las mercedes tan singulares dél recibidas, para agradecellas siquiera, ya que no pudiesen servirles. Don Sancho los abrazó á todos, diciéndoles que de su natural condición nacía hacer aquellas obras, ó otras que fuesen buenas á todos los que conocía ó imaginaba ser hidalgos castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos, y con alegría mezclada con algún sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitía la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres dias llegaron á Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debían, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles revés ni desmán alguno llegaron á Santiago. Y después de cumplir su voto con la mayor devoción que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, á las cuales llegaron poco á poco, descansados y contentos; mas antes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho era á una legua del de Teodosia), desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lágrimas, que el contento de verlos les trujo á los ojos, á lo menos á las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubriase desde la parte donde estaban un ancho valle, que los dos pueblos dividía, en el cual vieron á la sombra de un olivo un dispuesto caballero, sobre un poderoso caballo, con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo, una gruesa y larga lanza terciada en el derecho; y mirándole con atención, vieron que asimismo por entre unos olivares venian otros dos caballeros con las mismas armas y con el mismo donaire y apostura, y de allí á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos se apartaron, y uno de los que á lo último habían venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo: los cuales, poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro, con muestras de ser

mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogiénolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel ejercicio: el tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar: mas no pudiendo D. Rafael sufrir estar tan lejos, mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr bajó del recuesto, siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caído al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia, que con atención había mirado al que no se combatía, conoció que era el padre que la había engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos, atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razón, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo á voces: No más, caballeros, no más, que los que esto os piden y suplican son vuestros propios hijos: Yo soy Marco Antonio, padre y señor mio, decía Marco Antonio: yo soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: templad la furia y arrojad la lanza, ó volvedla contra otro enemigo, que el que tenéis delante ya de hoy más ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones decía D. Rafael á su padre, á las cuales se detuvieron los caballeros, y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decían, y volviendo la cabeza, vieron que D. Enrique, el padre de Leocadia, se había ápeado, y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino; y era que Leocadia se había llegado á él, y dándosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatían, contándole en breves razones, cómo D. Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenía abrazada, como se ha dicho; pero dejándola, acudió á ponerlos

en paz, aunque no fué menester, pues ya los dos habían conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos, y volvieron á mirar á sus hijos, y no sabían qué decirse: atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba; pero desengañados algún tanto, volvieron á las lágrimas y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de á pié y de á caballo, los cuales venían á defender al caballero de su lugar; pero como llegaron, y los vieron abrazados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lágrimas, se apearon y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que D. Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia su hija les había contado. Todos fueron á abrazar á los peregrinos con muestras de contento tales, que no se pueden encarecer. D. Rafael de nuevo contó á todos, con la brevedad que el tiempo requería, todo el suceso de sus amores, y de cómo venía casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio: nuevas, que de nuevo causaron nueva alegría. Luégo de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los que hubieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndole su padre de hacer allí las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habían hallado presentes se adelantaron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supieron D. Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fué que el padre de Teodosia y el de Leocadia habían desafiado al padre de Marco Antonio en razón de que él había sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisieron combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno como caballeros, cuya pendencia parara en la muerte de uno ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado. Dieron gracias á Dios los cuatro peregrinos

del suceso feliz. Y otro día, después que llegaron, con real y espléndida magnificencia y suntuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de D. Rafael y Leocadia. Los cuales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas, dejando de sí ilustre generación y descendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran, es por guardar el decoro á las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes, ó neciamente escrupulosas, les harán cargo de la ligereza de sus deseos, y del súbito mudar de trajes: á los cuales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito á la razón. Calvete, el mozo de mulas, se quedó con la que de D. Rafael había enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le dieron; y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasión donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas quanto honestas doncellas, sujeto principal deste extraño suceso.



LA SEÑORA CORNELIA

DON Antonio de Isunza y D. Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dejar sus estudios por irse á Flandes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron pues á Flandes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos y tratos de tenerla presto. Recebieron en Amberes cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habian recebido, por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedía el ser quien eran. Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no había qué hacer en Flandes; pero antes de volverse quisieron ver todas las

más famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenían: y desde el primero día que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendría don Antonio hasta veinte y cuatro años, y D. Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentileshombres, músicos, poetas, diestros y valientes: partes que los hacían amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuvieron luégo muchos amigos así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros: mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy agenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque había muchas señoras doncellas y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia. Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre: que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentía que la viesen. Esta fama traía deseosos á don Juan y á D. Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron fué en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo, de la esperanza, fué menguando; y así con sólo el amor de sus estudios y el

entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salian de noche, y si salian, iban juntos y bien armados.

Sucedió pues, que habiendo de salir una noche, dijo D. Antonio á D. Juan, que él se quería quedar á rezar ciertas devociones, que se fuése, que luégo le seguiria. No hay para qué, dijo D. Juan, que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco. No, por vida vuestra, replicó D. Antonio, salid á coger el aire, que yo seré luégo con vos, si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto, dijo D. Juan, quedáos en buen hora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas. Fuése D. Juan, y quedóse D. Antonio. Era la noche entre oscura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo, y que no tenia con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenia portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar el ceceo. Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta: llegóse á ella, y oyó una voz baja, que dijo: ¿Sois por ventura Fabio? D. Juan, por sí ó por no, respondió que sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luégo, que importa. Alargó la mano D. Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas; y apenas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle y sin saber de qué. Pero casi luégo comenzó á llorar una criatura, al parecer recién nacida, á cuyo lloro quedó D. Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podía correr algún peligro la madre cuya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediasse, ni él conocia en toda la ciudad persona adonde poder

llevarla; pero viendo que le habían dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luégo, determinó de traerla á su casa, y dejarla en poder de una ama que los servía, y volver luégo á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien había visto que le habían tenido por otro, y que había sido error darle á él la criatura. Finalmente, sin hacer más discursos se vino á casa con ella, á tiempo que ya D. Antonio no estaba en ella: entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la más hermosa que jamás hubiese visto: los pañales en que venía envuelta mostraban ser de ricos padres nacida: desenvolvióla el ama, y hallaron que era varón. Menester es, dijo D. Juan, dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habéis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras más humildes, y sin decir que yo le he traído, le habéis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades: llevaréis dineros con que la dejéis satisfecha, y daréisle los padres que quisiéredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traído. Respondió el ama que así lo haría, y D. Juan con la priesa que pudo volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco antes que llegase á la casa adonde le habían llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento y no sintió palabra alguna: la herrería era á la sorda; y á la luz de las centellas que las piedras heridas de las espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometían; confirmóse en esta verdad oyendo decir: ¡ Ah traidores, que sois muchos, y yo solo! pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería. Oyendo y viendo lo cual D. Juan, llevado de su valeroso corazón, en dos brincos se puso á su lado, y metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dijo al que se defendía, en lengua italiana por no ser conocido por español: No temáis, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida; menead los puños, que

traidores pueden poco, aunque sean muchos. Á estas razones respondió uno de los contrarios: Mientes, que aquí no hay ningún traidor; que el querer cobrar la honra perdida, á toda demasía da licencia. No le habló más palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que al parecer de D. Juan debían ser seis. Apretaron tanto á su compañero, que dos estocadas que le dieron á un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra. D. Juan creyó que le habían muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arrear á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defender, si no le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la justicia; lo cual visto por los contrarios, dejaron la calle y á espaldas vueltas se ausentaron. Ya en esto se había levantado el caído, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon. Hábasele caído á D. Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caído se llegó á él, y le dijo: Señor caballero, quien quiera que seáis, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio: hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa á quién tengo de mostrarme agradecido. Á lo cual respondió D. Juan: No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado: por hacer, señor, lo que me pedís y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importara saberlo, os lo dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo D. Juan de Gamboa. Mucha merced me habéis hecho, respondió el caído; pero yo, señor don Juan de Gamboa, no quiero deciros quién soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepáis de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor

dello. Habiale preguntado primero D. Juan si estaba herido, porque le había visto dar dos grandes estocadas: y habiale respondido, que un famoso peto que traia puesto, después de Dios, le había defendido; pero con todo esto sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á su lado. En esto vieron venir hacia ellos un bulto de gente, y D. Juan dijo: Si estos son los enemigos que vuelven, apercebidos, señor, y haced como quien sois. Á lo que yo creo no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen; y así fué la verdad, porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caído, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que D. Juan no las pudo oír. Volvió luégo el defendido á D. Juan, y díjole: Á no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor D. Juan, os dejara hasta que acabáredes de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vais y me dejáis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habían venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le había caído el suyo. Apenas lo hubo dicho, cuando D. Juan le puso el que había hallado en la calle. Tentóle el caído, y volviéndosele á D. Juan, dijo: Este sombrero no es mío: por vida del señor D. Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido. Diéronle otro sombrero al defendido, y D. Juan, por cumplir lo que le había pedido, pasando algunos, aunque breves comedimientos, le dejó sin saber quién era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habían dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con D. Antonio de Isunza, su camarada, y conociéndose, dijo D. Antonio: Volved conmigo, D. Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habréis oído tal vez en toda vuestra vida. Como esos cuentos os podré

contar yo, respondió D. Juan; pero vamos donde queréis, y contadme el vuestro. Guió D. Antonio, y dijo: Habéis de saber, que poco más de una hora después que salisteis de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí vi venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venía muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dijo: Por ventura, señor, ¿sois extranjero, ó de la ciudad? Extranjero soy, y español, respondí yo. Y ella: Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos. ¿Venís herida, señora, repliqué yo, ó traéis algún mal de muerte? Podría ser que el que traigo lo fuese, si presto no se me da remedio: por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nación, os suplico, señor español, que me saquéis destas calles, y me llevéis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo, y quién soy, aunque sea á costa de mi crédito. Oyendo lo cual, pareciéndome que tenía necesidad de lo que pedía, sin replicarla más, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada. Abrióme Santisteban el paje, hícele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando, se arrojó encima de mi lecho desmayada. Lleguéme á ella, y descubríla el rostro, que con el manto traía cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto: será á mi parecer de edad de diez y ocho años, antes menos que más: quedé suspenso de ver tal extremo de belleza: acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dijo, fué: ¿Conocéisme, señor? No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura. ¡Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo para mayor desgracia suya; pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien sois que me dejéis aquí encerrada, y no permitáis que ninguno me vea,

y volved luégo al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcáis á ninguno de los que riñen, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mío. Déjola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. ¿Tenéis más que decir, D. Antonio? preguntó D. Juan. Pues ¿no os parece que he dicho harto, respondió D. Antonio, pues he dicho que tengo debajo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto? El caso es extraño sin duda, dijo D. Juan; pero oíd el mío: y luégo le contó todo lo que le había sucedido, y cómo la criatura que le habían dado estaba en casa en poder de su ama, y la orden que le había dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres, y de llevarla adonde la criasen, ó á lo menos socorriesen la presente necesidad; y dijo más, que la pendencia que él venia á buscar ya era acabada y puesta en paz, que él se había hallado en ella, y que á lo que él imaginaba, todos los de la riña debían de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno, y con priesa se volvieron á la posada, por ver lo que había menester la encerrada. En el camino dijo D. Antonio á D. Juan que él había prometido á aquella señora que no la dejaría ver de nadie, ni entraría en aquel aposento sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada, respondió D. Juan, que no faltará orden para verla, que ya lo deseo en extremo, según me la habéis alabado de hermosa. Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pajes que tenían, alzó los ojos D. Antonio al sombrero que D. Juan traía, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salían de muchos que en un cintillo riquísimo traía. Miráronle entrambos; y concluyeron que si todos eran finos como parecían, valía más de doce mil ducados. Aquí acabaron de creer ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de D. Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase, porque era conocido. Mandó retirar

los pajes, y D. Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla, derramando tiernas lágrimas. D. Juan, con el deseo que tenía de verla, se asomó á la puerta tanto, cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dijo: Entrad, señor duque, entrad; ¿para qué me queréis dar con tanta escaseza el bien de vuestra visita? Á esto dijo D. Antonio: Aquí, señora, no hay ningún duque que se excuse de veros. ¿Cómo no? replicó ella; el que allí se asomó ahora es el duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningún duque; y si queréis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que éntre. Éntre enhorabuena, dijo ella, aunque si no fuese el duque, mis desdichas serían mayores. Todas estas razones había oído D. Juan, y viendo que tenía licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y así como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decía el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dijo: ¡Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luégo, sin tenerme más suspensa: ¿conocéis el dueño de este sombrero? ¿Dónde le dejastes, ó cómo vino á vuestro poder? ¿Es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envía de su muerte? ¡Ay bien mio, qué sucesos son estos! ¡Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin ti encerrada, y en poder que, á no saber que es de gentiles hombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida! Sosegaos, señora, dijo D. Juan, que ni el dueño de este sombrero es muerto, ni estáis en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuánto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fe que tenéis de la bondad de los españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia), estad segura que se os guardará el decoro que

vuestra presencia merece. Así lo creo yo, respondió ella ; pero con todo eso, decidme, señor, ¿ cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo menos es Alfonso de Este, duque de Ferrara ? Entonces D. Juan, por no tenerla más suspensa, le contó cómo le había hallado en una pendencia, y en ella había favorecido y ayudado á un caballero, que por lo que ella decía, sin duda debía de ser el duque de Ferrara, y que en la pendencia había perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel caballero le había dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se había concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que después de acabada había llegado gente, que al parecer debían de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el duque, el cual le había pedido le dejase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le había dado : de manera, señora mía, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el duque, como vos decis, no há una hora que le dejé bueno, sano y salvo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendréis con saber del buen estado del duque. Para que sepáis, señores, si tengo razón y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la no sé si diga mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo la ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres ; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarle en casa de una partera, como don Juan se lo dejó ordenado, y al pasar con él por junto á la estancia donde estaba la que quería comenzar su historia, lloró la criatura de modo que lo sintió la señora, y levantándose en pié, púsose atentamente á escuchar, y oyó más distintamente el llanto de la criatura, y dijo: Señores míos, ¿ qué criatura es aquella que parece recién nacida ? Don Juan respondió: Es un niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Trái-

ganmele aqui, por amor de Dios, dijo la señora, que yo haré esa caridad á los hijos agenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamó don Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedia, y púsosele en los brazos, diciendo: Veis aqui, señora, el presente que nos han echado esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan que no hallemos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos y miróle atentamente asi el rostro como los pobres aunque limpios paños en que venía envuelto, y luégo sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, quanto el niño no quiso dejar el pecho. En este espacio guardaban todos cuatro silencio: el niño mamaba; pero no era así, porque las recién paridas no pueden dar el pecho, y así cayendo en la cuenta la que se lo daba, se volvió á don Juan, diciendo: En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos: haced, señor, que á este niño le paladeen con un poco de miel, y no consintáis que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el día, y antes que le lleven, vuélvanmele á traer, que me consuelo en verle. Volvió el niño don Juan á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el día, y que le pusiese las ricas mantillas con que le había traído, y que no le llevasen sin primero decírselo. Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dijo: Si queréis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasión para ello. Acudió prestamente don Antonio á un escritorio, y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo: Sentaos, señores, y escuchadme. Hiciéronlo así, y ella recogióse encima del lecho, y

abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traía, dejando el rostro exento y descubierto, mostrando en él el mismo de la luna, ó por mejor decir, del mismo sol, cuando más hermoso y más claro se muestra: llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaseles con un lienzo blanquísimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente, después de haber dado muchos suspiros, y después de haber procurado sosegar algún tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada dijo:

Yo, señores, soy aquella que muchas veces habréis sin duda alguna oído nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy en efecto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que más confiaba de mi honrada condición, que de la solicitud que ponía en guardarme. Finalmente, entre paredes y entre soledades, acompañada no más que de mis criadas, fui creciendo, y juntamente conmigo crecía la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor, para que, como él decía, no quedase sin mí el mundo, ya que el cielo á mejor vida me llevase; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdición, si no sucediera venir el duque de Ferrara y ser padrino de unas bodas de una prima mía, donde me llevó mi hermano con sana intención y por honra de mi parienta: allí miré y fui vista; allí, según creo, rendí corazones, avasallé voluntades; allí sentí que daban gusto las alabanzas aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas; allí, finalmente, ví al duque y él me vió á mi, de cuya vista ha resultado verme

ahora como me veo. No os quiero decir, señores, porque sería proceder en infinito, los términos, las trazas y los modos por donde el duque y yo vinimos á conseguir al cabo de dos años los deseos que en aquellas bodas nacieron: porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fué bastante para estorbar el juntarnos, que en fin hubo de ser debajo de palabra, que él me dió, de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa presunción mía: mil veces le dije que públicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no había que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrían de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentía en nada la nobleza del linaje de Bentibolli á la suya Estense. Á esto me respondió con excusas que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesión de una criada mia, más blanda á las dádivas y promesas del duque, que lo que debía á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacía. En resolución, al cabo de pocos días me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre), me fingí enferma y melancólica, y hice que mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima, de quien había sido padrino el duque: allí le hice saber en el término en que estaba y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenía de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura: quedó de acuerdo entre los dos que entrando en el mes mayor se lo avisase que él vendría por mí con otros amigos suyos, y que me llevaría á Ferrara, donde en la sazón que esperaba se casaría públicamente conmigo: esta noche en que estamos fué la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres al parecer armados, según les crujían las armas, de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el

parto, y en un instante parí un hermoso niño. Aquella criada mía, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños, que los que tiene la que á vuestra puerta echaron; y saliendo á la puerta de la calle, la dió, á lo que ella dijo, á un criado del duque. Yo desde allí un poco, acomodándome lo mejor que pude (según á la presente necesidad), salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara á la puerta; mas el miedo que me había puesto la cuadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dejó hacer otro mejor discurso; y así desatentada y loca salí donde me sucedió lo que habéis visto: y aunque me veo sin hijo y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traído á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y más de la vuestra, que la sabréis realzar por ser tan nobles como parecéis. Diciendo esto, se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y dijo don Juan: Si hasta aquí, hermosa señora, yo y don Antonio, mi camarada, os tenemos compasión y lástima por ser mujer, ahora que sabemos vuestra caldad, la lástima y compasión pasa á ser obligación precisa de serviros: cobrad ánimo y no desmayéis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto más mostraréis quién sois, cuanto más con paciencia supiéredes llevarlos: creed, señora, que imagino que estos tan extraños sucesos han de tener un feliz fin, que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostaos, señora, y curad de vuestra persona, que lo habéis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podéis hacer la misma confianza que de nuestras personas: tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades.

Tal es la que tengo, que á cosas más dificultosas me obliga, respondió ella; éntre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dejar de tenerla muy buena en la que menester hubiere; pero con todo eso os suplico que no me vean más que vuestra criada. Así será, respondió D. Antonio, y dejándola sola se salieron, y D. Juan dijo al ama que entrase dentro, y llevase á la criatura con los ricos paños, si se los había puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la había traído. Entró el ama advertida de lo que había de responder á lo que cerca de aquella criatura la señora que hallaría allí dentro le preguntase. En viéndola Cornelia, le dijo: Vengáis en buen hora, amiga mía, dadme esa criatura, y llegadme aquí esa vela. Hizolo así el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dijo al ama: Decidme, señora, ¿este niño y el que me trujisteis, ó me trujeron poco há, es todo uno? Si, señora, respondió el ama. Pues ¿cómo trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia: en verdad, amiga, que me parece ó que estas son otras mantillas, ó que esta no es la misma criatura. Todo podía ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dijo Cornelia, ¿cómo todo podía ser? ¿cómo es esto, ama mía? que el corazón me revienta en el pecho hasta saber este truco: decidmelo, amiga, por todo aquello que bien queréis: digo que me digáis ¿de dónde habéis habido estas tan ricas mantillas? porque os hago saber que son mías, si la vista no me miente ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ó otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: ¿quién se las quitó? ¡ay desdichada! y ¿quién las trujo aquí? ¡ay sin ventura! D. Juan y D. Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que más adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas más la tuviese en pena, y así entraron, y D. Juan le dijo: Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia; y luégo le contó punto por

punto cómo él había sido la persona á quien su doncella había dado el niño, y de cómo le había traído á casa, con la orden que había dado al ama del truco de las mantillas, y la ocasión por qué lo había hecho; aunque después que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo había dicho, había sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido. Allí fueron las infinitas lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejaronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuánto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser mujer sabia más de aquel menester que no ellos. Con esto se fueron á reposar lo que faltaba de la noche con intención de no entrar en el aposento de Cornelia, si no fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa. Vino el día, y el ama trujo á quien secretamente y á escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde habia salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacian corrillos della; pero en ningún modo sintieron ni oyeron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto, oídas sus lecciones, se volvieron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondieron que tenían determinado de no poner los piés en su aposento, para que con más decoro se guardase el que á su honestidad se debía; pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen á verla, que aquel era el decoro más conveniente, si no para su remedio, á lo menos para su consuelo. Hiciéronlo así, y ella los recibió con rostro alegre, y con mucha cortesía: pidióles le hiciesen la merced de salir por la ciudad, y ver si oían

algunas nuevas de su atrevimiento: respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decía nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenían, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo: Á la puerta está un caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi señor D. Juan de Gamboa. Á este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, dijo: Mi hermano, señores, mi hermano es ese: sin duda debe haber sabido que estoy aquí, y viene á quitarme la vida: socorro, señores, y amparo. Sosegaos, señora, le dijo D. Antonio, que en parte estáis y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor D. Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender, si menester fuere, á Cornelia. D. Juan sin mudar semblante bajó abajo, y luego D. Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pajes que tomasen sus espadas, y estuviesen apercebidos. El ama viendo aquellas prevenciones, temblaba: Cornelia temerosa de algún mal suceso, temía: solos D. Antonio y D. Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habian de hacer. En la puerta de la calle halló D. Juan á D. Lorenzo, el cual en viendo á D. Juan, le dijo: Suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar á V. S. en que me va la vida y la honra. De muy buena gana, respondió D. Juan; vamos, señor, donde quisiéredes. Dicho esto, mano á mano se fueron á la iglesia, sentándose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oídos. Lorenzo habló primero, y dijo: Yo, señor español, soy Lorenzo Bentibolli, si no de los más ricos, de los más principales desta ciudad; ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio: quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la

alabara de manera, que me faltaran encarecimientos por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza: ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacían andar solícito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre: finalmente por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen que recién parida: anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fué socorrido de algún ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio: hame dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recibirla por mujer: esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia: lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luégo: mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas.

Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora, por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera; que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el nó de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que más quisiere, y cada uno tendrá sus valedores. Finalmente, yo tengo determinado de ir á Ferrara, y de pedir al mismo duque la satisfacción de mi ofensa, y si la negare, desafiarle sobre el caso; y

esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona; para lo cual quería el ayuda de la vuestra, y que me acompañádes en éste camino, confiado en que lo haréis por ser español y caballero, como ya estoy informado; y por no dar cuenta á ningún pariente ni amigo mío, de quien no espero sino consejos y disuaciones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier peligro: vos, señor, me habéis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un español á mi lado, y tal como vos me parecéis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes; mucho os pido, pero á más obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nación pregona. No más, señor Lorenzo, dijo á esta sazón D. Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando), no más, que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi cargo la satisfacción ó venganza de vuestro agravio; y esto no sólo por ser español, sino por ser caballero, y serlo vos tan principal como habéis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe: mirad cuándo queréis que sea nuestra partida, y sería mejor que fuese luégo, porque el hierro se ha de labrar mientras estuviere encendido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza. Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á D. Juan, y dijo: Á tan generoso pecho como el vuestro, señor D. Juan, no es menester moverle con ponerle otro interés delante que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la cual desde aquí os la doy, si salimos felizmente deste caso, y por añadidura os ofrezco cuánto tengo, puedo y valgo: la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella. Bien me parece, dijo don Juan, y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta deste hecho á un caballero, camarada mío, de cuyo valor y silencio os podéis prometer harto más que del mío. Pues vos, señor D. Juan, según decís, habéis tomado mi

honra á vuestro cargo, disponed della como quisiéredes, y decid della lo que quisiéredes y á quien quisiéredes; cuanto más que camarada vuestro ¿quién puede ser que muy bueno no sea? Con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro día por la mañana le enviaría á llamar, para que fuera de la ciudad se pusiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jornada.

Volvió D. Juan, y dió cuenta á D. Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo había pasado, y el concierto que quedaba hecho. ¡Válame Dios! dijo Cornelia, grande es señor, vuestra cortesía y grande vuestra confianza: ¿cómo? y ¿tan presto os habéis arrojado á emprender una hazaña llena de inconvenientes? y ¿qué sabéis vos, señor, si os lleva mi hermano á Ferrara, ó á otra parte? pero donde quiera que os llevare, bien podéis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo como desdichada en los átomos del sol tropiezo, de cualquier sombra temo; y ¿no queréis que tema, si está puesta en la respuesta del duque mi vida ó mi muerte, y qué sé yo, si responderá tan atentamente, que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discreción? y cuando así no salga, ¿paréceos que tiene flaco enemigo? y ¿no os parece que los días que tardáredes he de quedar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco al duque, ó á mi hermano, que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma? Mucho discurris, y mucho teméis, señora Cornelia, dijo D. Juan; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza, y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habéis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la ida de Ferrara no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vuestro hermano, tampoco; hasta agora no sabemos la intención del duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo: entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano y el del duque llevo puestos en

las niñas de mis ojos: yo miraré por ellos como por ellas. Si así os da el cielo, señor D. Juan, respondió Cornelia, poder para remediar, como gracia para consolar, en medio destes mis trabajos me cuento por bien afortunada; ya querría veros ir y volver, por más que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la esperanza me suspenda. D. Antonio aprobó la determinación de D. Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él había hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli: díjole más, que él querría ir á acompañarlos, por lo que podía suceder. Eso no, dijo don Juan, así porque no será bien que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos ajenos. El mío es el vuestro mismo, replicó D. Antonio, y así, aunque sea desconocido y desde lejos, os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola que le falte quien la sirva, la guarde y acompañe. Á lo cual Cornelia dijo: Gran consuelo será para mí, señores, si sé que vais juntos, ó á lo menos de modo que os favorezcáis el uno á otro si el caso lo pidiere; y pues al que vais á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros; y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un *agnus* de oro tan rico como la cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aún más que lo que habían apreciado el cintillo; pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarían reliquias consigo, si no tan bien adornadas, á lo menos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querían. El ama tenía gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no á lo que iban ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aún no sabía), de manera que sus mercedes no hiciesen falta. Otro día bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y don Juan de camino con el sombrero de cintillo, á quien ador-

nó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidiéronse de Cornelia, la cual imaginando que tenía á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los que della se despidieron. Salió primero D. Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que del diestro los tenían. Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desusados caminaron á Ferrara: D. Antonio sobre un cuartago suyo, y otro vestido y disimulado los seguía; pero parecióle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraría.

Apenas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era suyo y del duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado, tocantes á su historia, no encubriéndole cómo el viaje que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intrincar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia), dijo:

¡ Ay, señora de mi alma! ¿ y todas esas cosas han pasado por vos, y estáis aquí descuidada y á pierna tendida? Ó no tenéis alma, ó tenéisla tan desmazalada que no siente. ¿ Cómo, y pensáis por ventura que vuestro hermano va á Ferrara? No lo penséis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí, y ausentarlos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer, como quien bebe un jarro de agua: mirad debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibujos: á lo menos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que á esta casa amenaza: ¡ el señor Lorenzo, italiano, y que se fie de españoles, y les pida favor y

ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mía, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daría tal que os luciese. Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decía con tanto ahínco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decía, y quizá estaban muertos D. Juan y D. Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosía á puñaladas; y así le dijo: Y ¿qué consejo me daríades vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura? Y como que le daré tal y tan bueno, que no pueda mejorarse, dijo el ama: yo, señora, he servido á un piovano, á un cura, digo, de una aldea, que está dos millas de Ferrara: es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligación más que de amo: vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luégo, y la que viene á dar de mamar al niño es mujer pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo; y ya, señora, que presuponamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes, mozos y españoles, que los tales, como soy yo buen testigo, no desechan ripio, y agora, señora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar, porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada, y sé do me aprieta el zapato, y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milán, y tengo el punto de la honra diez millas más allá de las nubes; y en esto se podrá echar de ver, señora mía, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser masara de españoles, á quien ellos llaman ama; aunque á la verdad no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, co-

mo no estén enojados, y en esto parecen vizcainos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaína. En efecto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y así en menos de cuatro horas, disponiéndolo el ama, y consintiéndolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura; y todo esto se hizo á persuasión del ama, y con sus dineros, porque la habían pagado sus señores un año de su sueldo, y así no fué menester empeñar una joya que Cornelia le daba; y como habían oído decir á D. Juan que él y su hermano no habían de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco á poco por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á D. Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli: de los cuales se dice que en el camino supieron que el duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y así dejando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, ó á la estrada maestra, como allá se dice, considerando que aquella había de traer el duque, cuando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habían entrado, habiendo tendido la vista hacia Bolonia por ver si por él alguno venia, vieron un tropel de gente de á caballo, y entonces dijo D. Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el duque, le quería hablar allí antes que se encerrase en Ferrara, que estaba poco distante. Hizolo así Lorenzo, y aprobó el parecer de D. Juan. Así como se apartó Lorenzo quitó D. Juan la toquilla que encubría el rico cintillo, y esto no con falta de discreto discurso, como él después lo dijo. En esto llegó la tropa de los caminantes,

y entre ellos venia una mujer sobre una pía, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del sol y del aire. Paró el caballo D. Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto á que llegasen los caminantes, y en llegando cerca, el talle, el brío, el poderoso caballo, la bizarría del vestido y las luces de los diamantes, llevaron tras sí los ojos de cuantos allí venían, especialmente los del duque de Ferrara, que era uno dellos, el cual como puso los ojos en el cintillo, luégo se dió á entender que el que le traía era D. Juan de Gamboa, el que le había librado en la pendencia; y tan de veras aprendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hacia D. Juan, diciendo: No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo D. Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposición y el adorno dese capelo me lo están diciendo. Así es la verdad, respondió D. Juan, porque jamás supe ni quise encubrir mi nombre; pero decidme, señor, quién sois, porque yo no caiga en alguna descortesía. Eso será imposible, respondió el duque, que para mí tengo que no podéis ser descortés en ningún caso: con todo eso os digo, señor D. Juan, que yo soy el duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los días de su vida, pues no há cuatro noches que vos se la disteis. No acabó de decir esto el duque, cuando D. Juan, con extraña ligereza, saltó del caballo, y acudió á besar los piés del duque; pero por presto que llegó, ya el duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apearse en brazos de D. Juan. El señor Lorenzo, que desde algo lejos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesia, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelón le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al duque y á D. Juan, que ya había conocido al duque. El duque, por cima de los hombros de D. Juan, miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algún tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó á D. Juan si Lorenzo

Bentibolli, que allí estaba, venía con él ó no. Á lo cual D. Juan respondió: Apartémonos algo de aquí, y contaréle á vuestra Excelencia grandes cosas. Hizolo así el duque, y D. Juan le dijo: Señor, Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos, no pequeña: dice que habrá cuatro noches que sacastes á su hermana, la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habéis engañado y deshonorado, y quiere saber de vos qué satisfacción le pensáis hacer, para que él vea lo que le conviene: pidióme que fuese su valedor y medianero: yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño deste cintillo, que por la liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mío, y viendo que ninguno podía hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: querría yo agora, señor, me dijédes lo que sabéis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. ¡Ay, amigo! respondió el duque; es tan verdad, que no me atrevería á negarla aunque quisiese: yo no he engañado ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa: no la he sacado, porque no sé della: si públicamente no celebré mis desposorios, fué porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo último) pasase desta á mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mantua, y por otros inconvenientes quizá más eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan: lo que pasa es que la noche que me socorristes, la había de traer á Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase; ó ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido, cuando llegué á su casa hallé que salía la secretaria de nuestros conciertos: preguntéle por Cornelia, díjome que ya había salido, y que aquella noche había parido un niño, el más bello del mundo, y que se le había dado á un Fabio mi criado: la doncella es aquella que allí viene: el Fabio está aquí, y

el niño ni Cornelia no parecen: y yo he estado estos días en Bolonia, esperando y escudriñando oír algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada. De modo, señor, dijo D. Juan, que cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen, ¿no negaréis ser vuestra esposa y él vuestro hijo? No por cierto; porque aunque me precio de caballero, más me precio de cristiano; y más que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino: pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá, que si supe ser amante, supe la fe que di en secreto guardarla en público. Luego ¿bien diréis, dijo D. Juan, lo que á mí me habéis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo? Antes me pesa, respondió el duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo D. Juan señas á Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ageno de pensar la buena nueva que le esperaba. Adelantóse el duque á recibirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dijo fué llamarle hermano. Apenas supo Lorenzo responder á salutación tan amorosa, ni á tan cortés recibimiento; y estando así suspenso, antes que hablase palabra, D. Juan le dijo: El duque, señor Lorenzo, confiesa la conversación secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia: confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí lo dirá públicamente cuando se ofreciere: concede asimismo que fué há cuatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fué por Cornelia encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no había una hora que había parido, y que ella dió la criatura á un criado del duque, y que luégo Cornelia, creyendo que estaba allí el duque, había salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos. Sulpicia no dió el niño al criado del duque, sino á otro en

su cambio: Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca, la recibirá como á su verdadera esposa: mirad, señor Lorenzo, si hay más que decir, ni más que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas. Á esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose á los piés del duque, que porfiaba por levantarlo: De vuesta cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mío, no podíamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrambos nos hacéis: á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el número de vuestros criados. Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que parecería flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron á encerrar en los ojos; y los de don Juan alegres casi les pedían las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió D. Antonio de Isunza, que fué conocido de D. Juan en el cuartago desde algo lejos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de D. Juan y de Lorenzo, que los mozos tenían del diestro y acullá desviados: conoció á D. Juan y á Lorenzo, pero no al duque, y no sabía qué hacerse, si llegaría ó no adonde D. Juan estaba: y llegándose á los criados del duque, les preguntó si conocían á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al duque. Fuéle respondido, ser el duque de Ferrara: con que quedó más confuso y menos sin saber qué hacerse; pero sacóle de su perplejidad D. Juan llamándole por su nombre. Apeóse D. Antonio, viendo que todos estaban á pié, y llegóse á ellos: recibióle el duque con mucha cortesía, porque D. Juan le dijo que era su camarada. Finalmente, D. Juan contó á D. Antonio todo lo que con el duque le había sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo D. Antonio, y dijo

á D. Juan: ¿Por qué, señor D. Juan, no acabáis de poner la alegría y el contento destes señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo? Si vos no llegáredes, señor D. Antonio, yo las pidiera, pero pedidlas vos, que yo aseguro que os las dén de muy buena gana. Como el duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello. ¿Qué ha de ser, respondió D. Antonio, sino que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa? y luégo les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho: de lo cual el duque y el señor Lorenzo recibieron tanto placer y gusto, que D. Lorenzo se abrazó con D. Juan, y el duque con D. Antonio: el duque prometiéndole todo su Estado en albricias, y el señor Lorenzo su hacienda, su vida y su alma. Llamaron á la doncella, que entregó á D. Juan la criatura, la cual habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntáronle si conocería al hombre á quien había dado el niño. Dijo que no, sino que ella le había preguntado si era Fabio, y él había respondido que sí, y con esta buena fe se le había entregado. Así es la verdad, respondió D. Juan; y vos, señora, cerrastes la puerta luégo, y me dijistes que la pusiese en cobro y diese luégo la vuelta. Así es, señor, respondió la doncella llorando. Y el duque dijo: Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas: el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luégo á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin más decir, de común consentimiento dieron la vuelta á Bolonia.

Adelantóse D. Antonio para apercebir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del duque y de su hermano; pero como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el más triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imagi-

nó que por su industria faltaba Cornelia. Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo día que ellos habían faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó D. Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el duque los tendría por mentirosos ó embusteros, ó quizá imaginaria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia. En esta imaginación estaba, cuando entraron el duque, y D. Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demás gente fuera de la ciudad, llegaron á la casa de D. Juan, y hallaron á Don Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla, y con una color de muerto. Preguntóle D. Juan qué mal tenía y dónde estaba Cornelia. Respondió D. Antonio: ¿Qué mal queréis que no tenga? pues Cornelia no parece, que con el ama que la dejamos para su compañía, el mismo día que de aquí faltamos, faltó ella. Poco le faltó al duque para espirar, y á Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas. Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos é imaginativos. En esto se llegó un paje á don Antonio, y al oído le dijo: Señor, Santisteban, el paje del señor don Juan, desde el día que vuestras mercedes se fueron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que así la he oído llamar. Alborotóse de nuevo don Antonio, y más quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenía escondida, que no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso no dijo nada, sino callando se fué al aposento del paje, y halló cerrada la puerta, y que el paje no estaba en casa: llegóse á la puerta, y dijo con voz baja: Abrid, señora Cornelia, y salid á recibir á vuestro hermano y al duque vuestro esposo, que vienen á buscaros. Respondiéronle de dentro: ¿Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada que no podían buscarme duques y condes, y eso se merece la persona que trata con pajes. Por las cuales

palabras entendió don Antonio que no era Cornelia la que respondía. Estando en esto vino Santisteban el paje, y acudió luego á su aposento, y hallando allí á don Antonio, que pedía que le trujesen las llaves que había en casa, por ver si alguna hacía á la puerta, el paje hincado de rodillas, y con la llave en la mano le dijo: El ausencia de vuestras mercedes, y mi bellaquería, por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches á estar conmigo: suplico á vuestra merced, señor don Antonio de Isunza, así oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor don Juan de Gamboa, que no se lo diga, que yo la echaré al momento. Y ¿cómo se llama la tal mujer? preguntó don Antonio. Llámase Cornelia, respondió el paje. El paje que había descubierto la celada, que no era muy amigo de Santisteban, ni se sabe si simplemente ó con malicia, bajó donde estaban el duque, don Juan y Lorenzo, diciendo: Tómame el paje, por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia: escondidita la tenía: á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores para alargar el *gaudeamus* tres ó cuatro días más. Oyó esto Lorenzo, y preguntóle: ¿Qué es lo que decis, gentil-hombre? ¿Dónde está Cornelia? Arriba, respondió el paje. Apenas oyó esto el duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que había parecido, y dió luego en el aposento donde estaba don Antonio, y entrando dijo: ¿Dónde está Cornelia, dónde está la vida de la vida mía? Aquí está Cornelia, respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama, y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo: ¡Válanos Dios! ¿es este algún buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones? Lorenzo que estaba presente, con despecho y cólera tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y no de mal parecer, la cual de vergüenza se puso las manos delante del rostro y acudió á tomar sus vestidos, que le servían de almohada, porque la cama no la tenía, y en ellos vieron que debía de

ser alguna pícara de las perdidas del mundo. Preguntóle el duque que si era verdad que se llamaba Cornelia: respondió que sí, y que tenía muy honrados parientes en la ciudad, y nadie dijese desta agua no beberé. Quedó tan corrido el duque, que casi estuvo por pensar si hacían los españoles burla dél; pero por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fueron, dejando á don Juan y á don Antonio harto más corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles y aun imposibles en buscar á Cornelia y satisfacer al duque de su verdad y buen deseo. Despidieron á Santisteban por atrevido, y echaron á la pícara Cornelia, y en aquel punto se les vino á la memoria que se les había olvidado de decir al duque las joyas del *agnus* y la cruz de diamantes que Cornelia les había ofrecido, pues con estas señas creería que Cornelia había estado en su poder, y que si faltaba no había estado en su mano. Salieron á decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaría: á Lorenzo sí, el cual les dijo que sin detenerse un punto se había vuelto á Ferrara, dejándole orden de buscar á su hermana. Dijéronle lo que iban á decirle, pero Lorenzo les dijo que el duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habían echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios sería servido de que pareciese, pues no había de haber tragado la tierra al niño, y al ama, y á ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisición de buscalla por bandos públicos, sino por diligencias secretas, pues de nadie sino de su prima se sabía su falta; y entre los que no sabían la intención del duque, correría riesgo el crédito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas que una vehemente presunción les infunde.

Siguió su viaje el duque, y la buena suerte, que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase á la aldea del cura,

donde ya estaban Cornelia, y el niño, y su ama y la consejera; y ellas le habían dado cuenta de su vida, y pedídale consejo de lo que harían. Era el cura grande amigo del duque, en cuya casa, acomodada á lo de clérigo rico y curioso, solía el duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salía á caza, porque gustaba mucho así de la curiosidad del cura, como de su donaire, que le tenía en cuánto decía y hacía. No se alborotó por ver al duque en su casa, porque como se ha dicho no era la vez primera; pero descontentóle verle venir triste, porque luégo echó de ver que con alguna pasión traía ocupado el ánimo. Entreoyó Cornelia que el duque de Ferrara estaba allí, y turbóse en extremo, por no saber con qué intención venía: torciase las manos, y andaba de una parte á otra, como persona fuera de sentido: quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba entreteniendo al duque, y no tenía lugar de hablarle. El duque le dijo: Yo vengo, padre mio, tristísimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid á los que vienen conmigo, que pasen á Ferrara, y que sólo se quede Fabio. Hizolo así el buen cura, y luégo fué á dar orden como regalar y servir al duque, y con esta ocasión le pudo hablar Cornelia, la cual tomándole de las manos le dijo: ¡Ay, padre y señor mio! y ¿qué es lo que quiere el duque? por amor de Dios, señor, que le dé algún toque en mi negocio, y procure descubrir y tomar algún indicio de su intención; en efecto, guíelo como mejor le pareciere y sù mucha discreción le aconsejare. Á esto le respondió el cura: El duque viene triste, hasta ahora no me ha dicho la causa: lo que se ha de hacer es, que luégo se aderece ese niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el duque, y dejadme hacer, que yo espero en el cielo, que hemos de tener hoy un buen día. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer el niño. El cura salió á entretener al duque en tanto que se hacia hora de comer, y en el dis-

curso de su plática preguntó el cura al duque, si era posible saberse la causa de su melancolia, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste. Padre, respondió el duque, claro está que las tristezas del corazón salen al rostro; en los ojos se lee la relación de lo que está en el alma; y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondió el cura, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una que tengo para mí que os le causara y grande. Simple sería, respondió el duque, aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, no quisiese recibirle: por vida mía, padre, que me mostréis eso que decís que debe de ser alguna de vuestras curiosidades que para mí son todas de grandísimo gusto.

Levantóse el cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenía adornado á su hijo, y puéstole las ricas joyas de la cruz y del *agnus*, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió adonde el duque estaba, y diciéndole que se levantase, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del duque, el cual cuando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él había dado á Cornelia, quedó atónito; y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato; y lleno de admiración preguntó al cura cuya era aquella criatura, que su adorno y aderezo parecía hijo de algún príncipe. No sé, respondió el cura, sólo sé que habrá no sé cuántas noches, que aquí me la trujo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él, y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosísima madre: también vino con el caballero una mujer para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe ser la más hermosa mujer de Italia. ¿No la veríamos? preguntó el duque. Sí por cier-

to, respondió el cura; venios, señor, conmigo, que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efecto entiendo que ha de hacer la vista de su ama. Quisole tomar la criatura el cura al duque, pero él no la quiso dejar, antes la apretó en sus brazos, y le dió muchos besos. Adelantóse el cura un poco, y dijo á Cornelia que saliese sin turbación alguna á recibir al duque. Hizolo así Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermosearon. Pasmóse el duque cuando la vió, y ella arrojándose á sus piés, se los quiso besar. El duque sin hablar palabra dió el niño al cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo cual visto por Cornelia, volviéndose al cura, dijo: ¡Ay, señor mío! ¿si se ha espantado el duque de verme? ¿si me tiene aborrecida? ¿si le he parecido fea? ¿si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? ¿no me hablará siquiera una palabra? ¿tanto le cansaba ya su hijo, que así le arrojó de sus brazos? Á todo lo cual no respondía palabra el cura, admirado de la huida del duque, que así le pareció que fuese huída, antes que otra cosa, y no fué sino que salió á llamar á Fabio, y decirle: Corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y dí que al momento Lorenzo Bentibolli, y los dos caballeros españoles, D. Juan de Gamboa y don Antonio de Isunza, sin poner excusa alguna, vengan luégo á esta aldea: mira, amigo, que vuelvas, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fué perezoso Fabio, que luégo puso en efecto el mandamiento de su señor. El duque volvió luégo adonde Cornelia estaba derramando hermosas y cristalinas lágrimas: cogióla el duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas á lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el contento atadas las lenguas; y así en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño y la Crivela por lo menos, como ella decía, que por entre las puertas de otro aposento habian estado

mirando lo que entre el duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban de calabazadas por las paredes, que no parecía sino que habían perdido el juicio. El cura daba mil besos al niño, que tenía en sus brazos, y con la mano derecha, que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados señores. El ama del cura, que no se había hallado presente al grave caso, por estar ocupada aderezando la comida, cuando la tuvo en su punto, entró á llamarlos que se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el duque desembarazó al cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazónada, más que suntuosa comida: y en tanto que comían, dió cuenta Cornelia de todo lo que le había sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros españoles que la habían servido, amparado y guardado con el más honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El duque le contó asimismo á ella todo lo que por él había pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y hallaron en el duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y sólo esperaban á colmarle y á ponerle en el estado mejor que acertara á desearse con la venida de Lorenzo, de D. Juan y D. Antonio, los cuales de allí á tres días vinieron desalados y deseosos por saber si alguna nueva sabía el duque de Cornelia, que Fabio, que los fué á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabía.

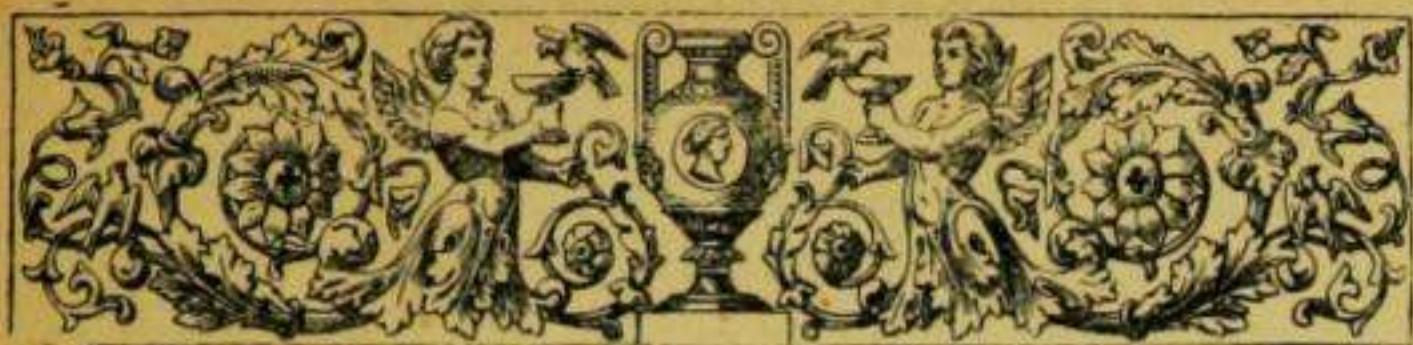
Saliólos á recibir el duque á una sala antes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recién venidos se entristecieron. Hízolos sentar el duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su plática á Lorenzo, le dijo: Bien sabéis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamás engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia: sabéis asimismo la diligencia con que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometi-

do: ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna: yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me deje llevar de las que me ofrece el deleite á cada paso; la misma afición que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó también á dar antes que á ella palabra de matrimonio á una labradora desta aldea, á quien pensaba dejar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera á lo que la conciencia me pedía, que no fuera pequeña muestra de amor; pero pues nadie se casa con mujer que no parece, ni es cosa puesta en razón; que nadie busque la mujer que le deja por no hallar la prenda que le aborrece: digo que veáis, señor Lorenzo, qué satisfacción puedo daros del agravio que no os hice, pues jamás tuve intención de hacérosle, y luégo quiero que me deis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la labradora, que ya está dentro desta casa. En tanto que el duque esto decía, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla, señales claras que la cólera le iba tomando posesión de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por D. Juan y por D. Antonio, que luégo propusieron de no dejar salir al duque con su intención, aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el duque en sus rostros sus intenciones, dijo: Sosegaos, señor Lorenzo, que antes que me respondáis palabra, quiero que la hermosura que veréis en la que quiero recibir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pedí; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho, se levantó donde Cornelia estaba riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenía, y muchas más. Cuando el duque volvió las espaldas, se levantó D. Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oído le dijo: Por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo, que así deje yo salir con su intención al duque como volverme moro; aquí, aquí y en mis manos ha

de dejar la vida, ó ha de cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ó lo menos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada D. Antonio, replicó D. Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del cura y del duque, que la traía de la mano, detrás de los cuales venían Sulpicia la doncella de Cornelia, que el duque había enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros. Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dejaba entrar en la verdad, tropezando en sus mismos piés, fué á arrojarse á los del duque, que le levantó, y le puso en los brazos de su hermana: quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. D. Juan y D. Antonio dijeron al duque, que había sido la más discreta y más sabrosa burla del mundo. El duque tomó al niño, que Sulpicia traía, y dándosele á Lorenzo, le dijo:

Recebid, señor hermano, á vuestro sobrino y mi hijo, y ved si queréis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Sería nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó D. Juan, lo que sintió D. Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiración de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luégo el cura los desposó, siendo su padrino D. Juan de Gamboa: y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad que tenía muy al cabo á la duquesa su madre y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo así: la duquesa murió, y Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por mujer de Fa-

bio, D. Antonio y D. Juan contentísimos de haber servido en algo al duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria; y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debían de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazón y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recibían paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo: especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió cuando fueron á Ferrara á despedirse dél, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al duque más enamorado que nunca. La duquesa dió la cruz de diamantes á D. Juan, y el *agnus* á don Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recibieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el duque y la duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.



EL CASAMIENTO ENGAÑOSO

SALÍA del hospital de la Resurrección, que está en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, un soldado que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debía de haber sudado en veinte días todo el humor que quizá granjeó en una hora: iba haciendo pinitos, y dando traspiés como convaleciente; y al entrar por la puerta de la ciudad, vió que hacia él venía un su amigo, á quien no habia visto en más de seis meses, el cual santiguándose, como si viera alguna mala visión, llegándose á él le dijo: ¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacia en Flandes, antes terciando allá la pica, que arrastrando aquí la espada! ¿Qué color, qué flaqueza es esa? Á lo cual respondió Campuzano: Á lo si estoy en esta tierra, ó no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde: á las demás preguntas no tengo que decir, sino que salgo de

aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas que me echó á cuestras una mujer que escogí por mia, que no debiera. Luego ¿casóse vuesa merced? replicó Peralta. Si, señor, respondió Campuzano. Sería por amores, dijo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecución del arrepentimiento. No sabré decir si fué por amores, respondió el alférez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento, saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone, que otro día con más comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los más nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oído en todos los días de su vida. No ha de ser así, dijo el licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí haremos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo; y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamón de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que le ofrezco, no sólo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere. Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fueron á San Lorente, oyeron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofreciósele de nuevo, y pidióle en acabando de comer, le contase los sucesos que tanto le había encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, antes comenzó á decir desta manera:

Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacia en esta ciudad camarada con el capitán Pedro de Herrera, que ahora está en Flandes. Bien me acuerdo, respondió Peralta. Pues un día, prosiguió Campuzano, que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde vivíamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitán en pié, arrimados á una ventana; y la otra se sen-

tó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro más de aquello que concedía la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella, cosa que me encendió más el deseo de verle; y para acrecentarle más, ó ya fuese de industria, ó acaso, sacó la señora una blanca mano, con muy buenas sortijas: estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podía matar en el aire: con todo esto le rogué que se descubriese. Á lo que ella me respondió: No seáis importuno, casa tengo, haced á un paje que me siga, que aunque soy más honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía á trueco de ver si responde vuestra discreción á vuestra gallardía, holgaré de que me veáis más despacio. Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitán su plática. Ellas se fueron: siguiólas un criado mío. Díjome el capitán que lo que la dama le quería era que le llevase unas cartas á Flandes á otro capitán, que decía ser su primo; aunque él sabía que no era sino su galán. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro día, guiándome mi criado, dióseme libre entrada. Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios: blasoné, hendi, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oír semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecía que les daba atento oído, antes que

crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba: el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: serviala una moza más taimada que simple: finalmente, tratando mis amores como soldado, que está vispera de mudar, apuré á mi señora D.^a Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que así me tiene), y respondiome: Señor alférez Campuzano, simplicidad sería, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y aún ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo eso vale el menaje de mi casa bien validos, dos mil y quinientos ducados; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas, se tardará en convertirse en dineros: con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero más goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisos, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho más, cuando se gasta por mi orden: la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mías, porque no acarrean vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galán que me sirva y me vitupere: si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y co-

rriente, sujeta á todo lo que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo, que tenía entonces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginación le pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenía echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo así por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traía al cuello, y con otras joyuelas que tenía en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenía algunas raíces, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podía dar una vida alegre y descansada : en resolución, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos información de solteros, y en los tres días de fiesta, que vinieron luégo juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto día nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos míos, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habían sido todas las que hasta entonces á mi nueva esposa había dado, con intención tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesión, que no pueden dejar de decirse : mudó mi criado el baúl de la posada á casa de mi mujer : encerré en él delante della mi magnífica cadena : mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor

hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hícele patente mis galas y mis plumas, y entreguéla para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenía. Seis días gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruín en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comía á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábanme D.^a Estefania y la moza el agua adelante; mi mozo, que hasta allí le había conocido perezoso y lerdo, se había vuelto un corzo; el rato que D.^a Estefania faltaba de mi lado, la habían de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdicción del tiempo; en los cuales dias por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado; al cabo de los cuales, una mañana (que aún estaba con D.^a Estefania en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo: ¡ Oh, que sea ella la bien venida! ¿ Han visto y cómo ha venido más presto de lo que escribió el otro día? ¿ Quién es la que ha venido, moza? le pregunté. ¿ Quién? respondió ella, es mi señora D.^a Clementa Bueso, y viene con ella el señor Don Lope Meléndez de Almendárez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo.

Corre, moza, bien haya yo, y ábreles, dijo á este punto D.^a Estefania; y vos, señor, por mi amor, que no os alborotéis ni respondáis por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes. Pues ¿ quién ha de decir cosa que os ofenda, y más estando yo delante? decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida. No tengo lugar

de responderos, dijo D.^a Estefania; sólo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que después sabréis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora D.^a Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnición, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, no menos bizarro que ricamente vestido de camino. La Dueña Hortigosa fué la primera que habló diciendo: ¡Jesús! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora D.^a Clementa, y más con ocupación de hombre! milagros veo hoy en esta casa; á fe que se ha ido bien del pié á la mano la señora D.^a Estefania, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó D.^a Clementa; pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamás escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento! Á todo lo cual respondió D.^a Estefania: No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora D.^a Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y vuesa merced sin ninguna queja. En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubón, y tomándome D.^a Estefania por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo, que aquella su amiga quería hacer una burla á aquel D. Lope que venía con ella, con quien pretendía casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuánto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el D. Lope la tenia, y luégo se me volverá lo que es mío, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra mujer alguna de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que quería

hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque después podría ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á D.^a Clementa, aun en cosas de más importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de D.^a Estefanía; asegurándome ella que sólo ocho días podía durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luégo entrándose á despedir de la señora D.^a Clementa Bueso y del señor D. Lope Meléndez de Almendárez, hizo á mi criado que se cargase el baúl, y que la siguiese, á quien yo también seguí, sin despedirme de nadie.

Paró D.^a Estefanía en casa de una amiga suya, y antes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual había dos camas tan juntas que parecían una, á causa que no había espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambos se besaban. En efecto, allí estuvimos seis días, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necesidad que había hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera su misma madre. En esto iba yo y venia por momentos, tanto, que la huéspeda de casa un día que D.^a Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movía reñir tanto con ella, y qué cosa había hecho que tanto se la afeaba, diciendo que había sido necesidad notoria, más que amistad perfecta. Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me había casado con D.^a Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que había hecho en dejar su casa y hacienda á D.^a Clementa, aunque fuese con tan sana intención, como era alcanzar tan principal marido como D. Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta priesa,

y con tanto ¡Jesús, Jesús, de la mala hembra! que me puso en gran turbación, y al fin me dijo: Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que también la cargaría si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que D.^a Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho D.^a Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que D.^a Clementa fué á visitar á unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entretanto dejó en su casa á D.^a Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona como la del señor alférez por marido. Aquí dió fin á su plática, y yo dí principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazón que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperación, por ser pecado de demonios. Esta consideración, ó buena inspiración, me confortó algo; pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada, y salí á buscar á D.^a Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo: pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á D.^a Estefanía, la hallase: fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto si no me despertaran: fui lleno de pensamientos y congojas á casa de doña Clementa y halléla con tanto reposo como señora de su casa: no le osé decir nada, porque estaba el señor D. Lope delante: volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber

contado á D.^a Estefanía, cómo yo sabía toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante había yo mostrado con tal nueva, y que le había respondido que muy malo; y que á su parecer había salido yo con mala intención y con peor determinación á buscarla: dijome finalmente que D.^a Estefanía se había llevado cuánto en el baúl tenía, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fui á ver mi baúl, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razón había de ser el mío, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia. Bien grande fué, dijo á esta sazón el licenciado Peralta, haberse llevado D.^a Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que como suele decirse, todos los duelos, etc. Ninguna pena me dió esa falta, respondió el alférez, pues también podré decir: Pensóse D. Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, con trecho soy de un lado. No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El propósito es, respondió el alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos, podía valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el licenciado, porque la que el señor alférez traía al cuello mostraba pesar más de doscientos ducados. Así fuera, respondió el alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos, con sólo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que sólo el toque ó el fuego podía descubrir su malicia.

Desa manera, dijo el licenciado, entre vuesa merced y la señora D.^a Estefanía, pata es la traviesa. Y pata, respondió el alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efecto, mal que me pese es prenda mía. Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dijo Peralta, que fué prenda con piés, y

que se os ha ido, y que no estáis obligado á buscarla. Así es, respondió el alférez; pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginación, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente. No sé qué responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen :

*Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.*

Que responden en nuestro castellano: Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado. Yo no me quejo, respondió el alférez, sino lastímome: que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fuí engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir á lo que hace más al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos), digo que supe que se había llevado á D.^a Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atrás era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos días; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre más claro la pelarela: halléme verdaderamente hecho pelón; porque ni tenía barbas que peinar, ni dineros que gastar: fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habían de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan

los sudores en el hospital de la Resurrección, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demás Dios lo remedie. Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le había contado. Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el alférez, que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginación, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber más, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos preámbulos y encarecimientos, que el alférez hacía antes de contar lo que había visto, encendían el deseo de Peralta, de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luégo le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

Ya vuesa merced habrá visto, dijo el alférez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna. Si he visto, respondió Peralta. También habrá visto ó oído vuesa merced, dijo el alférez, lo que dellos se cuenta, que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luégo á alumbrar, á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir allí con tanta mansedumbre, que más parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia. Yo he oído decir, dijo Peralta, que todo es así; pero eso no me puede ni debe causar maravilla. Pues lo que ahora diré dellos, dijo el alférez, es razón que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo; y es que yo oí y vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llamaba Cipión, el otro Berganza, estar una noche,

que fué la penúltima que acabé de sudar, echados detrás de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á escuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podía venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipión y Berganza. Apenas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado, dijo: Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano, que hasta aquí estaba en duda si creería ó no lo que de su casamiento me había contado; y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa: por amor de Dios, señor alférez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que, si no es por milagro, no pueden hablar los animales: que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y así muchas veces después que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales nuestro Señor fué servido dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo: las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes, y más para ser tratadas por varones sabios, que para ser dichas de bocas de perros: así que, pues yo no las pude inventar de mío, á mi pesar y contra mi opinión vengo á creer que no soñaba, y que los perros habla-

ban. ¡Cuerpo de mí, replicó el licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, cuando departía el gallo con la zorra y unos animales con otros! Uno dellos sería yo y el mayor, replicó el alférez, si creyese que ese tiempo ha vuelto, y aun también lo sería, si dejase de creer lo que oí y lo que ví, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad; pero puesto caso que me haya engañado y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgara vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron? Como vuesa merced, replicó el licenciado, no se canse más en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor alférez, ya le juzgo por bueno. Pues hay en esto otra cosa, dijo el alférez, que como yo estaba tan atento y tenía delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que había comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que había oído, lo escribí otro día, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita más de una, que es la vida de Berganza; y la del compañero Cipión pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) cuando viere ó que esta se crea, ó á lo menos no se desprecie; el coloquio traigo en el seno; púselo en forma de coloquio, por ahorrar de *dijo Cipión, respondió Berganza*, que suele alargar la escritura. Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riéndose, y como haciendo burla de todo lo que había oído, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto, dijo el alférez, en esta silla, en tanto que vuesa merced lee si quiere esos sueños y dispartes, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poder-

los dejar cuando enfaden. Haga vuesa merced su gusto, dijo Peralta, que yo con brevedad me despediré desta lectura. Recostóse el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este título:

COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPIÓN Y BERGANZA,

PERROS DEL HOSPITAL DE RESURRECCIÓN,

*que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del Campo,
á quien comunmente llaman los perros de Mahudes*

Cipión. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipión hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cip. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiración y nueva maravilla; bien es verdad que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogati-

vas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oído alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé también que después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luégo el caballo, y el último la jimia.

Cip. Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. Desá manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Cip. ¿Qué le oíste decir?

Berg. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oían medicina.

Cip. Pues ¿qué vienes á inferir deso?

Berg. Infiero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

Cip. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portentoso ó no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y así no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos: mejor será que este buen día ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berg. Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas, ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino dón de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Berganza amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

Berg. Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestallos; pero advierte primero, si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más

estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte, sino cuando viere ser necesario.

Berg. Paréceme que la primera vez que ví el sol, fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuere por lo que después diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en esto.

Cip. No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

Berg. ¿Quién te diría, Cipión hermano, de lo que ví en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia: los más, amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan: todas las mañanas que son días de carne, antes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros: no hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado

de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de más baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia: los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quitame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro: por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca: finalmente, oi decir á un hombre discreto, que tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia: y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré así, si pudiere, y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese: enseñóme también la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches: y un día, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos, y ví una moza hermosa en extremo: detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar: lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me quería, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entonces dije entre mí: la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilán, ó como os llamáis, y decid á Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerrogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

Berg. Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porción, y con el chapín: parecióle que volví presto, vió el chapín, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detrás de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un ható ó rebaño de ovejas y carneros: así como

le vi, creí que había hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo, to to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola: trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenía todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la jineta, con lanza y adarga, que más parecía atajador de la costa, que señor de ganado: preguntó al pastor: ¿Qué perro es este, que tiene señales de ser bueno? Bien lo puede vuesa merced creer, respondió el pastor, que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: agora se llegó aquí, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues así es, respondió el señor, ponle luégo el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y déngle la ración que á los demás, y acaríciale todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy adelante en él. En diciendo esto se fué, y el pastor me puso luégo al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio: mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algún árbol, ó de algún ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la margen de algún arroyo de los muchos que por allí corrían; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en

el matadero, y en la que tenia mi amo, y todos los que como él están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas: ¡oh qué de cosas te pudiera decir ahora, de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip. Por haber oído decir que dijo un gran poeta de los antiguos, que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni dés mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuración, aunque haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo, que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas consideraba que no debía de ser verdad lo que habia oído contar de la vida de los pastores, á lo menos de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zamponas, rabeles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios: deteniame á oirla leer, y leía cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salía el sol en los brazos del Aurora, hasta que se ponía en los de Tetis; y aun después de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado que atrevido,

de quien decía que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados ajenos: decía también que el gran pastor de Filida, único pintor de un retrato, había sido más confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decía que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades: acordábame de otros muchos libros que de este jaez le había oído leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica, y pasa, y sea tu intención limpia aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero en la intención; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprehendere, lo que respondió Mauleón, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué quería decir *Deum de Deo*, y respondió que: dé donde diere.

Cip. Esta fué respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y mucho más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían, de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo, do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al són de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que solas ó juntas parecía, no que cantaban, sino que gritaban y gruñían: lo más del día se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abar-

cas: ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Rise-los: todos eran Antonos, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradézcotelo, Cipión amigo, porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destes que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mirate á los piés, y desharás la rueda, Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que careces de razón, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

Berg. Eso fuera así, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te había de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

Cip. Pues ahora ¿no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discipula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes antes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo, ten paciencia, y escucha por su orden mis sucesos, que así te

darán más gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes de los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo que quisieres y cómo quisieres.

Berg. Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comía el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios, no tenía que ver conmigo, á causa que si los días holgaba, las noches no dormía, dándonos asaltos á menudo, y tocándonos al arma los lobos; y apenas me habian dicho los pastores, al lobo, Barcino, cuando acudía primero que los otros perros á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corría los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y la mañana volvía al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los piés abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medio comido del lobo: desesperábame de ver de cuán poco servía mi cuidado y diligencia; venia el señor del ganado, salian los pastores á recibirle con las pieles de la res muerta: culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos: llovían sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así viéndome un día castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger al lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenia de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo alli venía, allí sería más cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una oscurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detrás de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y ví que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo: pas-

méme, quedé suspenso cuando ví que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que lo habían de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y la carne, y comíanse ellos lo más y lo mejor: volvía á reñirles el señor, y volvía también el castigo de los perros: no había lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubriello, hallábame mudo: todo lo cual me traía lleno de admiración y de congoja. ¡Válame Dios! decía entre mí, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que los centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?

Cip. Y decíais muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni más sutil ladrón, que el doméstico, y así mueren muchos más de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo, si no se fía y se confía; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores: pasa adelante.

Berg. Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecía tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado: volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico.

Cip. ¿Qué modo tenías para entrar con amo? porque según lo que se usa, con gran dificultad el día de hoy halla un hombre de bien señor á quien servir: muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo: aquellos para recibir un criado primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es más rico, el más humilde de mejor linaje, y con sólo se disponga con limpieza de corazón á querer servirle, luego le manda poner en el libro de los gajes, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apenas pueden caber en su deseo.

Berg. Todo eso es predicar, Cipión amigo.

Cip. Así me lo parece á mí, y así callo.

Berg. Á lo que me preguntaste del orden que tenia para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que á gloriosos fines conduce; de los enemigos hace amigos, templá la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia y hermana de la templanza: en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: desta pues me aprovechaba yo, cuando quería entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande: luégo arrimábame á la puerta, y cuando á mi parecer entraba algún forastero, le ladraba, y cuando venía el señor, baja la cabeza y moviendo la cola me iba á él, y con la lengua le limpiaba los zapatos: si me echaban á palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvía á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término: desta manera á dos porfías me quedaba en casa: servía bien, queríanme luégo bien, y nadie me despidió, sino era yo que me despidiese, ó por mejor decir, me fuése; y tal vez hallé amo, que este fuera el día que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Cip. De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leímos los pensamientos.

Berg. Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré á su tiempo, como tengo prometido; y ahora escucha lo que me sucedió después que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvime á

Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes: arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella: recebiéronme para tenerme atado detrás de la puerta, de día, y suelto de noche: servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros y gruñia á los que no eran muy conocidos: no dormía de noche visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mía y de las casas ajenas: agradóse tanto mi amo de tan buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen ración de pan y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina. á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veía á mi amo, especialmente cuando venía de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de día y de noche: como me ví suelto, corri á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Esopo, cuando aquel asno tan asno, que quiso hacer á su señor las mismas caricias que le hacía una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido á palos: parecióme que en esta fábula se nos dió á entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros: apode el truhán, juegue de manos y voltee el istrión, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

Cip. Basta; adelante, Berganza, que ya estás entendido.

Berg. ¡Ojalá que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un ca-

ballero se hace el chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona: un caballero conozco yo que se alababa que á ruegos de un sacristán habia recortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader, pues, tenía dos hijos, el uno de doce, y el otro hasta de catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesús: iban con autoridad, con ayo y con pajes que les llevaban los libros, y aquel que llaman *vade mecum*: el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacía sol, en coche si llovía, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo aún no bien aderezado.

Cip. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condición de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en si mismos, y como ellos por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, trátanse modestamente; y como la ambición y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe; y algunos hay que los procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

Berg. Ambición es, pero ambición generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

Cip. Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambición, que no sea con daño de tercero.

Berg. Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

Cip. Si, que yo no murmuro de nadie.

Berg. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oído decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linajes, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dijera: á la fe, Cipión, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á cuatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes: por lo cual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche: vese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende: y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama ó á su madre.

Cip. Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me lo perdones, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos), y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de Jesús.

Berg. Á él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el cual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que después de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba: así yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no mur-

mure, y contra la intención que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella.

Cip. Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar.

Berg. Á lo menos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y así digo que los hijos de mi amo se dejaron un día un cartapacio en el patio, donde yo á la sazón estaba; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vade mecum* y fuíme tras ellos con intención de no soltalle hasta el estudio: sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me vieron venir con el *vade mecum* en la boca, asido sotilmense de las cintas, mandaron á un paje me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula, cosa que causó risa á todos los estudiantes: lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza se le puse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leía. No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada della, luégo recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fueron criados.

Cip. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oído decir desá bendita gente, que para repúblicos del mundo no

los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del cielo pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

Berg. Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vade mecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo cual tenía una vida de rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domesticquéme con ellos de tal manera, que me metían la mano en la boca, y los más chiquillos subían sobre mí: arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvía á la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo: dieron en darme de comer cuánto ellos podían, y gustaban de ver que cuando me daban nueces ó avellanas, las partía como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno: tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequilla, de quien era tan bien servido, que más de dos Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase. Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose: desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razón de estado, que cuando con ella se cumple se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lición á lición, la ocupaban los estudiantes no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así ordenaron á

mis amos que no me llevasen más al estudio: obedecieron, volviéronme á casa, y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse el señor viejo de la merced que me había hecho, de que de día y de noche anduviese suelto, volvi á entregar el cuello á la cadena y el cuerpo á una esterilla, que detrás de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipión, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera, y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es por atormentarla más viviendo. Digo en fin, que volví á mi ración perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun éstos me diezaban dos gatos romanos, que como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caía debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipión hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dejes ahora filosofar un poco, porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.

Cip. Advierte, Berganza, no sea tentación del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprehensión, y el descubrir los defectos agenos buen celo, y no hay vida de ningún murmurante, que si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias; y debajo de saber esto, filosofea ahora cuánto quisieres.

Berg. Seguro puedes estar, Cipión, de que más murmure, porque así lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el día ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, dí en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fuí con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo.

Cip. Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.

Berg. Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

Cip. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos, de ser asnos.

Berg. Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latin, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos, á quien no excusaría el hablar latin dejar de ser necio.

Cip. Para saber callar en romance y hablar en latin, discreción es menester, hermano Berganza.

Berg. Así es, porque también se puede decir una necedad en latin como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una, sino muchas veces.

Cip. Dejemos esto, y comienza á decir tus filosofías.

Berg. Ya las he dicho: estas son que acabo de decir.

Cip. ¿Cuáles?

Berg. Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

Cip. ¿Al murmurar llamas filosofar? así va ello: canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuración, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.

Berg. ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

Cip. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, según la vas añadiendo colas.

Berg. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

Cip. Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres: las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

Berg. Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenía: mira, Cipión, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra: digolo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormía en el zaguán que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detrás de la cual yo estaba, y no se podían juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contra-

hecho las llaves; y así las más de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algún pedazo de carne ó queso, abría al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándole mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba: algunos días me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daría de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debía, pues tiraba sus gajes y comía su pan, como lo deben hacer no sólo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

Cip. Esto si, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas sogá, por no decir cola, de tu historia.

Berg. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo que es; sólo me doy á entender que es cosa buena.

Cip. Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son: *filos* y *sofia*: *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia: así que *filosofía* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

Berg. Mucho sabes, Cipión; ¿quién diablos te enseñó á ti nombres griegos?

Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y también hay quien presume saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oído decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse desto, y otro día entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me mordería la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinación.

Cip. Según eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, sólo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

Berg. No sé lo que entonces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y más estando temeroso, que al salir del sol nos hemos de quedar á oscuras, faltándonos la habla.

Cip. Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones; y así por larga que sea, la acabarás presto.

Berg. Digo pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como

buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oído, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecían los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba: mucho pueden las dádivas, Cipión.

Cip. Mucho: no te diviertas, pasa adelante.

Berg. Acuérdomé que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refrán latino, que ellos llaman adagio, que decia: *habet bovem in lingua*.

Cip. ¡Oh! que en hora mala hayáis encajado vuestro latin. ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco há dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances?

Berg. Este latin viene aquí de molde: que has de saber que los atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algún juez dejaba de decir ó hacer lo que era razón y justicia por estar cohechado, decian: este tiene el buey en la lengua.

Cip. La aplicación falta.

Berg. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos días mudo, que ni quería ni osaba ladrar cuando bajaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

Cip. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresión, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

Berg. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intención rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual bajando una noche muy oscura á su acostumbrado pasatiempo, arremeti sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fué bastante á tenerla de veras más de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad.

Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin moderarla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta: nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salía siempre vencedor, y la negra mal-parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecían bien en mi pelo y en mi salud: alzóseme con la ración y los huesos, y los míos poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, vi que era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos: halléme un día suelto, y sin decir adiós á ninguno de casa, me puse en la calle, y á menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre: también le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asióme del cuello, y dijo á los corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho: quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme que yo me iría, porque le conocía. Háseme olvidado decirte que las carlanças con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de latón morisco. Considera, Cipión, ahora esta rueda variable de la fortuna mía: ayer me ví estudiante, y hoy me ves corchete.

Cip. Así va el mundo, y no hay para qué te pongas

ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete: no puedo sufrir ni llevar en paciencia oír las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos: ¡ con qué maldiciones la maldicen! ¡ con cuántos improperios la deshonoran! y no por más de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

Berg. Tienes razón; y has de saber que este alguacil tenía amistad con un escribano con quien se acompañaba: estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más ó menos, sino de menos en todo: verdad es que tenían algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca: estas les servían de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrían la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre: andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón con quien no embistiesen: y en cayendo el grasiendo con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendían por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimían la vejación con dineros. Sucedió pues que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un bretón unto y bisunto: concertó con él cena y noche en su posada; dió el cañuto á su amigo, y apenas se habían desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el bretón, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á sólo cien reales. Pidió el bretón unos follados de

camuza, que había puesto en una silla á los piés de la cama, donde tenía dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podían parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubríle con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados: digo que hallé en ella un pedazo de jamón famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamón á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el bretón daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendía, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenía cincuenta *escuti* de oro *in oro*: imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habían robado: el alguacil pensó lo mismo: llamóles aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablos todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde había dejado los follados para volverlos, pues á mi no me aprovechaba nada el dinero: no los hallé, porque ya algún venturoso que pasó se los había llevado. Como el alguacil vió que el bretón no tenía dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el bretón no tenía: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del bretón, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho: mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentía en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello: aquí sí que fué cuando aumentaron las voces y creció la confusión, porque dijo la huéspeda:

Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura: no conmigo dijes ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi santiaguada que arroje el bodegón por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su

cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras: el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi orden entren mujeres con los huéspedes: ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis ámos de haber oído la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leía la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenían de quién sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazón y injusticia que la hacían, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El bretón bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habían visto los follados, ni Dios permitiese tal. El escribano por lo callado insistía al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debía de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvían. Ella decía que el bretón estaba borracho, y que debía de mentir en lo del dinero. En efeto, todo era confusión, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huéspeda se la dió muy por menudo: dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamás había entrado en su casa mujer de mala sospecha: canonizóse por santa y á su marido por un ben-

dito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor teniente, diciéndole que por ella echaria de ver, que mujer de tan honrado marido no podía hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder más, que Dios sabía lo que le pesaba, y si quisiera ella más tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El teniente enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeséis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huéspeda, y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algún dime y direte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubráis, que habéis de venir á la cárcel: la cual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso, el teniente demasadamente severo, los llevó á todos á la cárcel: conviene á saber, al bretón, á la Colindres y á la huéspeda. Después supe que el bretón perdió sus cincuenta *escuti*, y más dicen, que le condenaron en las costas: la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo día que la soltaron, pescó un marinero que pagó por el bretón con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipión, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dijeras de la bellaqueria de tu amo.

Berg. Pues escucha, que aun más adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos: sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero: sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan más de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas

en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para hazme la barba, y hacerte he el copete, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes: muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la marca, destruyen á sus dueños: sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

Berg. Más alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: presumía de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valentia sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa: un dia acometió en la puerta de Jerez él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que así me traía de dia, y de noche me le quitaba): quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brio y su denuedo: así se entraba y salía por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre: era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó, en mi opinión y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Jeréz hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, que hay más de cien pasos: dejolos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fué á mostrar al asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de la Saucedá. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dejarse

ver, se pasó lo que quedaba del día; y la noche nos halló en Triana en una calle junto al molino de la pólvora, y habiendo mi amo avizorado (como en la jácara se dice) si alguien le veía, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas ni espadas, y todos desabrochados; y uno que debía de ser el huésped, tenía un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la cual colmándola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañía: apenas hubieron visto á mi amo, cuando todos se fueron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razón á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condición afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecían, esgrimiendo con las manos los vocablos tan exquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese.

Finalmente, vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo había sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí luégo de contado. con todo cuánto Monipodio dijo que había costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos; y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufián forastero que nuevo y flamenco había llegado á la ciudad: debía de

ser más valiente que ellos, y de envidia le soplaron: prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo ví en su talle que no se dejara prender tan á mansalva. Con esta prisión, que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentia. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno: trujéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una petición que Pedro de Losada le debía cuatrocientos reales prestados, como parecía por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacia presentación. Mandó el teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladrón á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la ejecución el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladrón por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase: valía el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercaderia. Cobró el un ladrón la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no había menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mondaron luégo la haza los ladrones, y de allí á dos dias, después de haber trastejado

mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta: diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valía ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo: ¡Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que há pocos días que me le hurtaron en Antequera! Todos los que venían con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro, el caballo que le habían hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fué desposeído del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos é intervención de la misma justicia vendieron lo que habían hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco: y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo asistente, por haberle dado noticia que hacia los barrios de San Julián andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo á este punto el asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: Al ladrón, Gavilán, ea, Gavilán hijo, al ladrón. Yo, á quien ya tenían cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, di con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á más de cuatro vengados; quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran si el asistente no les dijera: No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese

me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé allí una compañía de soldados, que según oí decir se iban á embarcar á Cartagena: estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que habia sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores: conociéronme todos, y todos me hablaron, y así me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que más afición me mostró fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flandes; porque me parece á mi, y aun á ti te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refrán: Quien necio es en su villa, necio es en Castilla, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace á los hombres discretos.

Cip. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oído decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego, llamado Ulises, le dieron renombre de prudente, por sólo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes y varias naciones; y así alabo la intención que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el atambor, por tener con qué mostrar más sus chocarrerías, comenzó á en-eñarme á bailar al són del atambor, y hacer otras monerías tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás cuando te las diga: por acabarse el distrito de la comisión se marchaba poco á poco: no habia comisario que nos limitase: el capitán era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano: el alferez no habia muchos meses que habia dejado la corte y el tinelo: el sargento era mohatrero y sagaz, y grande arriero de compañías, desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los cuales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecía: ¡infelicidad del buen príncipe! ser culpado de sus súbditos por la

culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en menos de quince días, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido por patrón, supe saltar por el rey de Francia, y no saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corvetas como caballo napolitano, y andar á la redonda como mula de tahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algún demonio en figura de perro el que las hacía: púsome nombre el perro sabio, y no habíamos llegado al alojamiento, cuando tocando su atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho ó á cuatro maravedís, según era el pueblo grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasión para ello; que esto del ganar de comer holgando, tiene muchos aficionados y golosos: por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un día; y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios, sale la corriente de sus borracheras: toda esta gente vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.

Cip. No más, Berganza, no volvamos á lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querria que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio.

Berg. Ténle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabía imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamacil, y una silla pequeña que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponía; y el día que había de correrla pregonaba que aquel día corría sortija el perro sabio, y hacía otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacía, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas á Montilla, villa del famoso y gran cristiano marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital: echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se había adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora, se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel día chocarrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta, era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo que parecía de cuba: conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de mimbre que en la mano tenía, era señal del salto, y cuando la tenía alta, de que me estuviese quedo. El primero conjuro deste día (memorable entre todos los de mi vida) fué decirme: Ea, Gavilán mio, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y si no quieres, salta por la pompa y aparato de D.^a Pimpinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servía en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh! perezoso estás; ¿por qué no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad-Real, San Martín y Ribadavia. Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus ma-

las entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dijo: No piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilán: quiero decir, que por ver la menor se puede caminar treinta leguas: sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese un azumbre de vino sin dejar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristán: todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuestas mercedes en los días que estuviere aquí la compañía, y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso. Con esto suspendió al auditorio, que había llamado senado, y les encendió el deseo de ver todo lo que yo sabía. Volvióse á mí mi amo, y dijo: Volved, hijo Gavilán, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habéis hecho; pero ha de ser á devoción de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apenas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de más de sesenta años, diciendo: Bellaco, charlatán, embaidor y hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna: si lo decís por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios sabe: si lo decís por mí, chocarrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos y á la ley de encaje, y al juez arrojadizo y mal informado, ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, ó otros que como pecadora he cometido: así que, socarrón tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada que os haga salir más que de paso: y con esto comenzó á dar tantos gritos, y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusión y sobresalto: finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningún modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro día y en otro hospital lo que

en aquel había faltado. Fuése la gente maldiciendo á la vieja, y añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: ¿Eres tú, hijo, Montiel? ¿eres tú, por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio: lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara, me besara la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

Cip. Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento el besar ni dejar besarse de una vieja.

Berg. Esto que ahora te quiero contar, te lo había de haber dicho al principio de mi cuento, y así excusáramos la admiración que nos causó el vernos con habla; porque has de saber que la vieja me dijo: Hijo Montiel, vénte tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dejaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, según después me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja; y como había oído llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba: atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta que no me besase. Lo primero que me dijo, fué: Bien esperaba yo en el cielo que antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño te había de ver, hijo mío, y ya que te he visto, venga la muerte, y lléveme desta cansada vida: has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de

Montilla: fué tan única en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron: ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba volvía sereno el más turbado cielo: traía los hombres en un instante de lejas tierras: remediaba maravillosamente las doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza: cubría á las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas: descasaba las casadas, y casaba las que ella quería: por diciembre tenía rosas frescas en su jardin y por enero segaba trigo; esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo menos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura, los vivos ó los muertos que le pedían que mostrase: tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertían los hombres en bestias, dicen los que más saben, que no era otra cosa sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraían á los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviéndose dellos en todo cuanto querían, que parecían bestias; pero en ti, hijo mío, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelia, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que antes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que después de la Camacha, fué famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo

menos de tan buenos deseos como cualquiera dellas: verdad es, que al ánimo que tu madre tenía de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legión de demonios, no le hacía ventaja la misma Camacha: yo fui siempre medrosilla; con conjurar media legión me contentaba; pero con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á cuántas hoy siguen y guardan nuestras reglas: que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechiceria en que estaba engolfada muchos años había, y sólo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar: tu madre hizo lo mismo: de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de celos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada y llegándosele la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que había parido dos perritos; y así como los vió, dijo: Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiel, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio: no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodríguez el ganapán, tu amigo, días há que no tratas con otro; así que este perruno parto de otra parte viene y algún misterio contiene. Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros: yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la cual no podía creer lo que le había sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de

su vida, llamó á tu madre, y le dijo cómo ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverían á su sér cuando menos lo pensasen; mas que no podía ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera,
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados,
y alzar á los humildes abatidos
con poderosa mano para hacello.

Esto dijo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho: tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mía para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conocerlos, á todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian al ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros; y esta tarde como te ví hacer tantas cosas, y te llaman el perro sabio, y también como alzaste la cabeza á mirarme cuando te llamé en el corral, he creído que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en *el Asno de oro*, que consistia en sólo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazón, y espera á que éstas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente: que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseáis: de lo que á mí me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo: muchas veces he querido preguntar á mi cabrón qué fin tendrá

vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos: así que, á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas: con todo esto, nos trae tan engañadas á las que somos brujas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dejar: vamos á verle muy lejos de aquí á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios y en mi ánima, que no me atrevo á contarlas según son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas: hay opinión que no vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido: otros dicen que no, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente: algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo: quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: heme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos; rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto; vame mejor con ser hipócrita, que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño á ningún tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel,

este consejo te doy, que seas bueno en todo cuanto pudieras, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieras: bruja soy, no te lo niego; bruja y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podían acreditarlos en todo el mundo: tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran jira; y con todo eso, cuando murió fué con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visajes que hizo un cuarto de hora antes que rindiese el alma, no parecía sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores: llevaba atravesados en el corazón sus dos hijos, y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar á la Camacha; tal era ella de entera y firme en sus cosas: yo la cerré los ojos, y fui con ella hasta la sepultura: allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cementerios y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa destas que la vieja me decía en alabanza de la que decía ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazón, y quisiera arremeter á ella y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dejé de hacer fué porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decía, y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intención como si se lo hubiera preguntado, pues me dijo: Este unguento con que las brujas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo frios, y no es como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras también preguntarme qué gusto ó provecho saca el

demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa: á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refrán; que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno, y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar; y lo que más le importaba, es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado: y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permisión yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podía, porque Dios no quería; por lo cual podrás venir á entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reinos, á las ciudades y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caídas; en fin todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente: y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intención, en la palabra y en la obra: todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si acaso me entiendes, ¿que quién me hizo á mi teóloga? y aun quizá entre ti: ¡cuerpo de tal con la puta vieja! ¿por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve á Dios, pues sabe que está más pronto á perdonar pecados, que á permitirlos? Á esto te respondo como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frio que pone el alma tal que la resfria y entorpece aun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los te-

mores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así quedando el alma inútil, floja y desmazalada, no puede levantar la consideración siquiera á tener algún buen pensamiento; y así dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando por sola su misericordia, para que se levante: yo tengo una destas almas que te he pintado, todo lo veo y todo lo entiendo; y como el deleite me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala. Pero dejemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo, que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos de forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleites, que te dejo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresia todas mis muchas faltas: verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oído el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados: hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja

que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco: y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensar lo primero; así que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece: ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son menos: el buen día meterle en casa, pues mientras se ríe, no se llora: quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado, que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo más estrecho: seguila, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que había oído y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincón una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los piés á la cabeza, que tenía sin toca: antes que se acabase de untar me dijo, que ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabría las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele bajando la cabeza, que sí haría, y con esto se acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta: llegué mi boca á la suya, y ví que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipión amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de más de siete piés; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel

negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubría las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta mitad de los muslos: las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgredada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos: finalmente, toda era flaca y endemoniada.

Púseme despacio á mirarla, y apriesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala visión de su cuerpo y la peor ocupación de su alma: quise morderla por si volvía en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero con todo eso, la así de un carcaño, y la saqué arrastrando al patio, mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Allí con mirar al cielo y verme en parte ancha se me quitó el temor, á lo menos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo: ¿quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el día, que nos halló á los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí, y á mi junto á ella en cuclillas atento y mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decían: Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad cuán disfigurada y flaca la tenía la penitencia: otros más considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenía, y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en éxtasis y arrobada de puro buena: otros hubo que dijeron: Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobo, y hasta ahora entre los que la conocemos, más fama

tiene de bruja que de santa: curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del día, y como se sintió acribillada de los alfileres y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo había sido el autor de su deshonra; y así arremetió á mí y echándome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso, y ¿es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á ti? Yo me ví en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacúdime, y asiéndola de las lenguas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyeron los más que yo debía de ser algún demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñía, yo apretaba los dientes, crecía la confusión, y mi amo, que ya había llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio: otros, que no sabían de exorcismos, acudieron á tres ó cuatro garrotes, con los cuales comenzaron á santiguarme los lomos: escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle; y en pocos más salí de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo: Apártense, que rabia el perro sabio. Otros decían: No rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimiento á campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos que indudablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habían visto hacer, como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño: dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de

sus ojos, que creyeron que me había desaparecido como demonio: en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de gitanos, que estaba en un campo junto á Granada: allí me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y no con pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intención, á lo que después entendí, de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte días estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

Cip. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la gran mentira á quien das crédito. Mira, Berganza: grandísimo disparate sería creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristán en forma de jumento le sirviese los años que dicen que la sirvió: todas esas cosas y las semejantes son embelecocos, mentiras ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algún entendimiento y razón, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamás visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver más claro? Considera en qué vanas cosas y en cuántos puntos dijo la Camacha que consistia nuestra restauración, y aquellas que á ti te deben parecer profecías no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches de invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oído decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejanza, y así, decir:

Volverán en su forma verdadera
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados,
y alzar á los humildes abatidos
con poderosa mano para hacello:

Tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma, cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los piés de la desgracia y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban: y asimismo cuando viéremos que otros que no há dos horas que no tenían deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecían por pequeños y escogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados: y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso, por do me doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en éste consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros como ves: así que, la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiel tonta, maliciosa y bellaca, con perdón sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo pues que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pié, y vuelven á alzar los caídos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

Berg. Digo que tienes razón, Cipión hermano, y que eres más discreto de lo que pensaba; y de lo que has dicho vengo á pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos

pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y así no te canse el oirme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

Cip. De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches, cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

Berg. La que tuve con los gitanos fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes, los hurtos en que se ejercitan así gitanas como gitanos desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar: ¿ves la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su rey, á uno que llaman conde, el cual y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana muy hermosa, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacía gitano y la tomaba por mujer: hizolo así el paje, y agradó tanto á los demás gitanos, que le alzaron por señor, y le dieron la obediencia; y como en señal de vasallaje le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse por dar color á su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con qué facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles, tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles: todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz y lavan las criaturas con agua fría en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, vol-

teadores, corredores y bailadores: cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros: ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generación: cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones, y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana al pié del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias: son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar: confieren sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos; y así un día contó un gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un día habia hecho á un labrador: y fué que el gitano tenía un asno rabón, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas le ingirió otra peluda, que parecía ser suya natural: sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le venderia por más buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trajese, que él se lo compraría, y que en tanto que volviese llevaria el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el gitano, y sea cómo sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada: mudóle la albarda y jáquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase: hallóle antes que hubiese echado menos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo: fuésele á pagar á la posada, donde halló menos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le habia hurtado, y no queria pagarle: acudió el gitano por testigos, y trujo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el gitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno

segundo que vendía. Á todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas veras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos ó los más de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que más se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte días me quisieron llevar á Murcia: pasé por Granada, donde ya estaba el capitán, cuyo atambor era mi amo: como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del mesón donde vivian: oíles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada, di en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querría para más de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de menos trabajo que el de guardar ganado: y como no había allí altercar sobre tanto más cuanto al salario, fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efecto habré de decir algo, y así oye en general lo que yo ví y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo le condenan á cárcel perpetua y á oscuridad eterna: de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España: ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus co-

madrejas: todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan: considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra: entre ellos no hay castidad ni entran en religión ellos ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación; no los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos á pié quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden se hacen ricos; no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos: de los doce hijos de Jacob que he oído decir que entraron en Egipto cuando los sacó Moysén de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mujeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que sin comparación son en mayor número.

Cip. Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé que son más y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida: di adelante.

Berg. Como mi amo era mezquino como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, común sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecía sentado al pié de un granado, de muchos que en la huerta había, un mancebo al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida: ocupábase en escribir

en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente, y se mordía en las uñas, estando mirando al cielo: y otras veces se ponía tan imaginativo, que no movía pié ni mano, ni aun las pestañas: tal era su embesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver: oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo: Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida; y escribiendo á priesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento: todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta: hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre: echéme á sus piés, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que había pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galán y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leía: llegó donde estaba el primero, y díjole: ¿Habéis acabado la primera jornada? Ahora le dí fin, respondió el poeta, lo más gallardamente que imaginarse puede. ¿De qué manera? preguntó el segundo. Desta, respondió el primero. Sale su santidad el papa vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo; sino de morado, así en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado, y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil impertinencias y disparates: yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el ceremonial romano por sólo acertar en estos vestidos. ¿Pues de dónde queréis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales? Pues si me quita uno tan sólo, respondió el poeta, así le daré yo mi comedia, como volar: ¡cuerpo de tal! ¿esta

apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un sumo pontifice con doce graves cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: ¡vive el cielo que sea uno de los mayores y más altos espectáculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja*! Aquí acabé de entender que el uno era poeta y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no queria imposibilitar al autor el hacer la comedia. Á lo que dijo el poeta, que le agradeciesen que no habia puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicisima comedia. Rióse el recitante, y dejóle en su ocupación, por irse á la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, después de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban: sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condición, que aunque él procuró entenercerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad: todo lo cual redundó en mi provecho, porque me lo arrojó diciendo: To to, toma, que buen provecho te hagan. Mirad, dije entre mí, qué néctar ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo: en fin, por la mayor parte grande es la miseria de los poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composición de su comedia, no dejó de venir á la huerta, ni á mi

me faltaron mendrugos, porque los repartía conmigo con mucha liberalidad, y luégo nos íbamos á la noria, donde yo de bruces y él con un cangilón satisfacíamos la sed, como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dejar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar en la ciudad vi que salía del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fuí á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado: luégo al instante comenzó á desembaular pedazos de pan más tiernos de los que solía llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos, merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenía las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinación de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podía mantener, mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y si no estoy bien con aquel refrán, que dice: Mas da el duro que el desnudo, como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, cuando más no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo, no autor sino representante, el más gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oír la comedia de mi amo, que ya por tal le tenía; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo que servíamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la había compuesto el mismo Satanás para total ruina y perdición del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la so-

ledad en que el auditorio le había dejado ; y no era mucho, si el alma présaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver todos los recitantes, que pasaban de doce, y sin hablar palabra, asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de por medio, sin duda le mantea-
ran. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el poeta mohino, el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando dijo : No es bien echar las margaritas á los puercos, y sin decir más palabra, se fué con mucho sosiego : yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en menos de un mes sali grande entremesista y gran farsante de figuras mudas : pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian, de modo que como los entremeses solían acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. ¡ Oh Cipión, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve ! mas por no ser posible reducirlo á narración sucinta y breve, lo habré de dejar para otro día, si es que ha de haber otro día en que nos comuniquemos. ¿ Ves cuán larga ha sido mi plática ? ¿ ves mis muchos y diversos sucesos ? ¿ consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido ? pues todo lo que has oído es nada comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y ví desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oído, otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y de transformación.

Cip. Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubría para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dejes para cuento particular, y para sosiego no sobresaltado.

Berg. Sea así, y escúchame ahora un poco. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida, que me llevó casi al fin de la vida: no pude vengarme por estar enfrenado entonces, y después á sangre fría no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo: cansóme aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veía en él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo, y como á mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque más vale tarde que nunca. Digo, pues, que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intención me puse delante de Mahudes, que luégo me eligió por tu compañero, y me trujo á este hospital: lo que en él me ha sucedido no es tan poco, que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo á este hospital y á estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas: perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilación, y viene aquí de molde.

Cip. Sí perdono, concluye presto, que á lo que creo, no debe estar muy lejos el día.

Berg. Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.

Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

Berg. Digo, pues, que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el aire

debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna; y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. ¿Cómo, y no será razón que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga á luz la obra que después de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupación y doce de pasante: grande en el sujeto, admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso, y que con todo esto no hallo un principe á quien dirigirle? ¡Principe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo! ¡Misera edad y depravado siglo nuestro! ¿De qué trata el libro? preguntó el alquimista. Respondió el poeta: Trata de lo que dejó de escribir el arzobispo Turpin del rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Grial, y todo en verso heroico, parte en octava y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno. Á mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba á la mía, que es que por faltarme instrumento ó un principe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos. ¿Ha hecho vuesa merced, dijo á esta sazón el matemático, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exagerado vuestas mercedes sus desgra-

cias, dijo á esta sazón el matemático; pero al fin, el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal, con que quedará tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo; mas ¿qué diré yo de la mía, que es tan sola, que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años há que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato me hallo tan lejos dél, que me admiro: lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé si puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera; y así es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre; y propincuo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lejos della, que vuelvo á subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo á cuestras, como otro nuevo Sisifo. Había hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió diciendo: Cuatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauración de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que éste también ha de parar en el carnero: mas porque vuestras mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es éste. Hase de pedir en Cortes que todos los vasallos de su Majestad, desde la edad de catorce á sesenta años, sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el

dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres, se han de gastar aquel día, se reduzga á dinero, y se dé á su Majestad sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento: y con esto y con veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, más viejos ó más muchachos, y ninguno destos dejará de gastar, y esto contado al menorete, cada día real y medio, y yo quiero que sea no más de un real, que no puede ser menos, aunque coma alholvas. Pues ¿paréceles á vuesas mercedes que sería barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados? Y esto antes sería provecho que daño á los ayunantes, porque con el ayuno agradarían al cielo y servirían á su rey, y tal podría ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podriase coger por parroquias sin costa de comisarios, que destruyen la república. Riéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él también se rió de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oído, y de ver que por la mayor parte los de semejantes humores venían á morir en los hospitales.

Cip. Tienes razón, Berganza: mira si te queda más que decir.

Berg. Dos cosas no más, con que daré fin á mi plática, que ya me parece que viene el día. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hállámosle solo, y parecióme á mí tomar ocasión de aquella soledad para decille ciertos advertimientos que había oído decir á un viejo enfermo deste hospital acerca de cómo se podían remediar la perdición tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales; de los perdidos que las siguen, plaga intolerable y que pedia presto y eficaz remedio: digo

que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenía habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el corregidor, dió voces á sus criados que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. ¿Y quéjaste deso, Berganza?

Berg. Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecía tal castigo mi buena intención?

Cip. Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca: y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar á los grandes y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduria en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y la tratan con menosprecio.

Berg. Tienes razón, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenía en los brazos una perrita destas que llaman de falda, tan pequeña que se pudiera esconder en el seno, la cual cuando me vió, saltó de los brazos de su señora, y arremetió á mí ladrando, con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen más que ellos.

Cip. Una muestra y señal de esa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte ó otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luégo se descubre y manifiesta su poco valor, porque en efecto no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es una, y siempre es uno; desnudo ó vestido, solo ó acompañado no há menester apoyos ni necesita de amparos; por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen; bien es verdad que puede padecer acerca de la estimación de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el día, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mía para contarte mi vida.

Berg. Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto, que yo fio en el cielo que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo. El acabar el coloquio el licenciado, y el despertar el alférez, todo fué á un tiempo, y el licenciado dijo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo. Con ese parecer, respondió el alférez, me animaré y dispondré á escribille, sin ponerme más en disputas con vuesa merced, si hablaron los perros ó no. Á lo que dijo el licenciado: Señor alférez, no volvamos más á esa disputa; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invención, y basta: vámonos al Espolón á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos en buen hora, dijo el alférez, y con esto se fueron.



LA TÍA FINGIDA

PASANDO por cierta calle de Salamanca dos estudiantes, manchegos y mancebos, más amigos del baldeo y rodancho (1) que de Bartolo y Baldo, vieron en una ventana de una casa y tienda de carne (2) una celosía, y pareciéndoles novedad, porque la gente de la tal casa si no se descubría y apregonaba no se vendía, queriéndose informar del caso, deparóles su diligencia un oficial vecino, pared en medio, el cual les dijo: Señores, habrá ocho días que vive en esta casa una señora forastera, medio beata y de mucha austeridad: tiene consigo una doncella de extremado parecer y brio, que dicen ser su sobrina: sale con un escudero y dos dueñas; y según he juzgado, es gente granada y de gran recogimiento. Hasta ahora no he visto entrar persona alguna de la ciudad ni de fuera á visitallas,

(1) Florete y broquel.

(2) Donde solian vivir las mujeres públicas.

ni sabré decir de dónde vinieron á Salamanca; mas lo que sé es que la moza es hermosa y honesta al parecer, y que el fausto y la autoridad de la tía no es de gente pobre.

La relación que dió el vecino oficial á los estudiantes les puso codicia de dar cima á aquella aventura; porque siendo pláticos en la ciudad, y deshollinadores de cuantas ventanas tenían albahacas con tocas, en toda ella no sabian que tal tía y sobrina hubiese, que hospedaran cursantes en su universidad, principalmente que viniesen á vivir á semejante calle, en la cual, por ser de tan buen peaje, siempre se había vendido tinta aunque no de la fina; que hay casas, así en Salamanca como en otras ciudades, que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas, ó por otro nombre trabajadoras ó enamoradas.

Eran ya casi las doce del día, y la dicha casa estaba cerrada por fuera, de lo que coligieron, ó que no comian en ella sus moradoras, ó que vendrían con brevedad; y no les salió vana su presunción, porque á poco rato vieron venir una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, más largas que sobrepelliz de canónigo portugués, plegadas sobre la frente con su ventosa, y con un gran rosario al cuello de cuentas sonadoras, tan grandes como las de Santinuflo, que á la cintura le llegaba: manto de seda y lana, guantes blancos y nuevos sin vuelta, y un báculo ó junco de las Indias, con su remate de plata. De la mano izquierda la traía un escudero de los del tiempo de Fernán González, con su sayo de velludo, ya sin vello, su martingala de escarlata, sus borceguies bejcranos, capa de fajas, gorra de Milán, con su bonete de aguja, porque era enfermo de vaguidos, y sus guantes peludos, con su tahalí y espada navarrisca. Delante venía su sobrina, moza al parecer de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo, los ojos negros, rasgados y al descuido adormecidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas, y encarnada la color del rostro: los cabellos rubios y crespos por artificio, según se descubrían

por las sienes; saya de burriel fino, ropa justa de contray ó frisado, los chapines de terciopelo negro, con sus clave-tes y rapacejos de plata bruñida; guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar. El ademán era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza. Mirada por partes parecía muy bien, y en el todo mucho mejor; y aunque la condición é inclinación de los dos manchegos era la misma que la de los cuervos nuevos, que á cualquier carne se abaten, vista la de la nueva garza, se abatieron á ella con todos sus cinco sentidos, quedando suspensos y enamorados de tal donaire y belleza; que esta prerrogativa tiene la hermosura, aunque sea cubierta de sayal. Venian detrás dos dueñas de honor, vestidas á la traza del escudero. Con todo este estruendo llegó la buena señora á su casa, y abriendo el buen escudero la puerta, se entraron en ella: bien es verdad que al entrar, los estudiantes derribaron sus bonetes, con extraordinario modo de crianza y respeto mezclado de afición, plegando sus rodillas é inclinando sus ojos, como si fueran los más benditos y corteses hombres del mundo. Atracáronse las señoras: quedáronse los señores en la calle, pensativos y medio enamorados, dando y tomando brevemente en lo que hacer debían, creyendo sin duda que pues aquella gente era forastera, no habría venido á Salamanca á aprender leyes, sino á quebrantarlas. Acordáronse pues en darle una música la noche siguiente; que este es el primer servicio que á sus damas hacen los estudiantes pobres. Fuéronse luégo á dar finiquito á su pobreza, que era una tenue porción, y comidos que fueron, convocaron á sus amigos, juntaron guitarras é instrumentos, previnieron músicos, y fuéronse á un poeta de los que sobran en aquella ciudad, al cual rogaron que sobre el nombre de Esperanza, que así se llamaba la de sus vidas, pues ya por tal la tenían, fuese servido de componerles alguna letra para cantar aquella noche; mas que en todo caso incluyese en la composición el nombre de Esperanza. Encargóse deste cuidado el poeta, y en poco rato, mor-

diéndose los labios y las uñas, y rascándose las sienes y la frente, forjó un soneto, como le pudiera hacer un cardador ó peraile. Diósele á los amantes; contentóles, y acordaron que el mismo autor se le fuese diciendo á los músicos, porque no había lugar de tomallo de memoria.

Llegóse en esto la noche; y en la hora acomodada para la solenne fiesta juntáronse nueve matantes de la Mancha y cuatro músicos de voz y guitarra, un salterio, una arpa, una bandurria, doce cencerros y una gaita zamorana, treinta broqueles y otras tantas cotas, todo repartido entre una tropa de paniagudos, ó por mejor decir, de panivinajes. Con toda esta procesión y estruendo llegaron á la calle y casa de la señora, y en entrando por ella sonaron los crueles cencerros con tal ruido, que puesto que la noche había ya pasado el filo, y todos los vecinos y moradores estaban de dos dormidas, como gusanos de seda, no les fué posible dormir más sueño, ni quedó persona en toda la vecindad que no despertase y á las ventanas se pusiese. Sonó luégo la gaita zamorana las gambetas, y acabó con el esturdió, ya debajo de las ventanas de la dama. Luégo al són de la arpa, dictándolo el poeta su artifice, cantó el soneto un músico de los que no se hacen de rogar, en voz acordada y suave, el cual decia desta manera:

En esta calle yace mi Esperanza,
á quien yo con el alma y cuerpo adoro,
Esperanza de vida y de tesoro,
pues no le tiene aquel que no la alcanza.

Si yo la alcanzo, tal será mi andanza
que no invidie al francés, al indio, al moro:
por tanto tu favor gallardo imploro,
Cupido, dios de toda dulce holganza:

Que aunque es esta Esperanza tan pequeña,
que apenas tiene años diez y nueve,
será quien la alcanzare un gran gigante.

Crezca el incendio, añádase la leña,
¡oh Esperanza gentil! y quien se atreve
á no ser en servicios vigilante.

Apenas se había acabado de cantar este descomulgado soneto, cuando un bellacón de los circunstantes, graduado *in utroque*, dijo á otro que al lado tenía, con voz levantada y sonora: ¡Voto á tal, que no he oído mejor estrambote en los días de mi vida! ¡Ha visto usted aquel concordar de versos, aquel jugar del vocablo con el nombre de la dama, y aquella invocación de Cupido, y aquel *gallardo* tan bien encajado, y los años de la niña tan bien engeridos, con aquella comparación tan bien contrapuesta y traída de *pequeña á gigante*! ¡Pues ya la maldición ó imprecación me digan, con aquel admirable y sonoro vocablo de *leña*! ¡Juro á tal, que si conociera al poeta que tal soneto compuso, que le había de enviar mañana media docena de chorizos que me trajo esta mañana el recuero de mi tierra! Por sola la palabra chorizos se persuadieron los oyentes ser el que las alabanzas decia extremeño sin duda, y no se engañaron; porque se supo después que era de un lugar de Extremadura que está junto á Jaraicejo; y de allí adelante quedó en opinión de todos por hombre docto y versado en el arte poética, sólo por haberle oído desmenuzar tan en particular el cantado y descomunal soneto.

Á todo lo cual se estaban las ventanas de la casa muy cerradas como su madre las parió, de lo que no poco se desesperaban los dos esperantes manchegos; pero con todo eso, al són de las guitarras secundaron á tres voces con el siguiente romance, asimismo hecho aposta y por la posta para el propósito:

Salid, Esperanza mía,
á favorecer el alma
que sin vos agonizando
casi el cuerpo desampara.

Las nubes del temor frío
no cubran vuestra luz clara,
que es mengua de vuestros soles
no rendir quien los contrasta.

En el mar de mis enojos
tened tranquilas las aguas,
si no queréis que el deseo
dé al través con la esperanza.

Por vos espero la vida
cuando la muerte me mata,
y la gloria en el infierno,
y en el desamor la gracia.

Á este punto llegaban los músicos con el romance, cuando sintieron abrir la ventana y ponerse á ella una de las dueñas que aquel día habían visto, la cual les dijo con una voz afilada y pulida: Señores, mi señora doña Claudia de Astudillo y Quiñones, suplica á vuestras mercedes la reciba tan señalada, que se vayan á otra parte á dar esa música, por excusar el escándalo y mal ejemplo que se da á la vecindad, respeto de tener en su casa una sobrina doncella, que es mi señora D.^a Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco, y no le estar bien á su profesión y estado que semejantes cosas se hagan á su puerta y á tales horas, que de otra suerte y por otro estilo y con menos escándalo la podrá recibir de ustedes. Á lo cual respondió uno de los dos pretendientes: Hacedme regalo y merced, señora dueña, de decir á mi señora D.^a Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco, que se ponga en esa ventana, que la quiero decir solas dos palabras, que son de su manifiesta utilidad y servicio. ¡Huy! ¡huy! dijo la dueña: ¡en eso por cierto está mi señora D.^a Esperanza! Sepa, señor mio, que no es de las que piensa; porque es mi señora muy principal, muy honesta, muy recogida, muy discreta, muy leída y muy escribida; y no hará lo que usted le suplica, aunque la cubriese de perlas.

Estando en este deporte y conversación con la repulgada dueña del *huy* y de las *perlas*, venia por la calle gran tropel de gentes, y creyendo los músicos y acompañamiento que era la justicia de la ciudad, se hicieron todos una rueda, y recogieron en medio del escuadrón el bagaje de los músicos; y como llegase la justicia, empezaron á repicar los broqueles y crujir las mallas, á cuyo són no quiso la justicia danzar la danza de espadas de los hortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla, sino que pasó adelante, por no parecer á sus ministros, corchetes y porquerones aquella feria de ganancia. Quedaron ufanos los bravos, y quisieron proseguir su comenzada música, mas uno de los dueños de la máquina no quiso se prosiguiera, si la señora

D.^a Esperanza no se asomase á la ventana, á la cual ni aun la dueña se asomó por más que la volvieron á llamar; de lo que enfadados y corridos todos, quisieron apedrealle la casa y quebralle la celosía, y darle una matraca ó cantaleta: condición propia de mozos en casos semejantes. Mas aunque enojados, volvieron á hacer la refacción de la música con algunos villancicos; volvió á sonar la gaita y el enfadoso y brutal són de los cencerros, con el cual ruido acabaron su serenata.

Casi al alba sería cuando el escuadrón se deshizo, mas no el enojo que los manchegos tenían, viendo lo poco que había aprovechado su música; con el cual se fueron á casa de cierto caballero amigo suyo, de los que llaman generosos en Salamanca, y se sientan en cabecera de banco, el cual era mozo, rico, gastador, músico, enamorado, y sobre todo amigo de valientes, al cual le contaron muy por extenso su suceso sobre la belleza, donaire, brío y gracia de la doncella, juntamente con la gravedad y fausto de la tía, y el poco ó ningún remedio que esperaban para gozarla; pues el de la música, que era el primero y el postrer servicio que ellos podían hacerla, no les había aprovechado ni servido de más que indignarla, con el disfame de la vecindad. El caballero pues, que era de los de campo través, no tardó mucho en ofrecerles que él la conquistaría para ellos, costase lo que costase; y luégo aquel mismo día envió un recado, tan largo como comedido, á la señora doña Claudia, ofreciendo á su servicio la persona, la vida, la hacienda y su favor. Informóse del paje la astuta Claudia de la calidad y condiciones de su señor, de su renta, de su inclinación y de sus entretenimientos y ejercicios, como si le hubiera de tomar por verdadero yerno; y el paje, diciendo la verdad, le retrató de suerte que ella quedó medianamente satisfecha, y envió con él la dueña del *huy* con la respuesta, no menos larga y comedida que había sido la embajada.

Entró la dueña, recebióla el caballero cortésmente, sen-

tóla junto á sí en una silla, y dióla un lenzuelo de encajes con que se quitase el sudor, porque venía algo fatigadilla del camino; y antes que le dijese palabra del recado que traía, hizo que la sacasen una caja de mermelada, y él por su mano le cortó dos buenas postas della, haciéndola enjugar los dientes con dos buenos pares de tragos de vino del santo, con lo cual quedó hecha una amapola, y más contenta que si la hubiesen dado una canongía. Propuso luego su embajada con sus torcidos, repulgados y acostumbrados vocablos, y concluyó con una muy forjada mentira, cual fué que su señora D.^a Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco estaba tan pulcela como su madre la parió; mas que con todo eso no habría para su merced puerta de su señora cerrada.

Respondíala el caballero que todo cuanto le había dicho del merecimiento, valor, hermosura, recogimiento y principalidad, por hablar á su modo, de su ama lo creía; pero que aquello del pulcelaje se le hacía algo durillo; por lo cual le rogaba que en este punto le declarase la verdad de lo que sabía, y que la juraba á fe de caballero, que si le desengañaba, le daría un manto de seda de los de cinco en púa. No fué menester con esta promesa dar otra vuelta al cordel del ruego, ni atezarle los garrotes para que la melindrosa dueña confesase la verdad, la cual era, por el paso en que estaba y por el de la hora de su postrimeria, que su señora doña Esperanza de Torralva Meneses y Pacheco estaba de tres mercados, ó por mejor decir, de tres ventas, añadiendo el cómo y en cuánto, el con quién y en dónde, con otras mil circunstancias, con que quedó don Félix, que así se llamaba el caballero, satisfecho de todo cuánto saber quería; y acabó con ella que aquella misma noche le encerrase en casa, donde quería hablar á solas con la Esperanza, sin que lo supiese la tia. Despidióla con buenas palabras y ofrecimientos que llevase á sus amas, y dióla en dinero cuánto pudiese costar el negro manto. Tomó la orden que tendría para entrar aquella noche en

la casa, con lo cual la dueña se fué loca de contenta, y él quedó pensando en su idea y aguardando la noche, que le pareció tardaba mil años, según deseaba verse con aquellas compuestas fantasmas.

Llegó el plazo, que ninguno hay que no llegue, y hecho un San Jorge, sin amigo ni criado, se fué don Félix donde halló que la dueña le esperaba, y abriendo la puerta, le entró en casa con mucho tino y silencio, y le puso en el aposento de su señora Esperanza, tras las cortinas de su cama, encargándole no hiciese ningún ruido, porque ya la señora doña Esperanza sabía que estaba allí, y que sin que su tía lo supiese, á persuasión suya quería darle todo contento; y apretándole la mano en señal de palabra de que así lo haría, se salió la dueña y don Félix se quedó tras la cama de su Esperanza, esperando en qué había de parar aquel embuste ó enredo. Serian las nueve de la noche cuando entró á esconderse don Félix, y en una sala conjunta á este aposento estaba la tía sentada en una silla baja de espaldas, la sobrina en un estrado frontero, y en medio un gran brasero de lumbre. La casa puesta ya en silencio, el escudero acostado, la otra dueña retirada y dormida, sola la sabedora del negocio estaba en pié y solicitando que su señora la vieja se acostase, afirmando que las nueve que el reloj había dado eran las diez, muy deseosa de que sus conciertos viniesen á efecto, según su señora la moza y ella lo tenían ordenado, cyaales eran: que sin que la Claudia lo supiese, todo aquello que don Félix diese fuese para ellas solas, sin que tuviese que ver ni haber en ello la vieja, la cual era tan mezquina y avara, y tan señora de lo que la sobrina ganaba y adquiría, que jamás le daba un solo real para comprar lo que extraordinariamente hubiese menester; pensando sí alle este contribuyente, de los muchos que esperaban tener andando el tiempo. Pero aunque sabía la dicha Esperanza que don Félix estaba en casa, no sabía la parte secreta donde estaba escondido. Convidada pues del mucho silencio de la

noche y de la comodidad del tiempo, dióle gana de hablar á Claudia, y así en medio tono comenzó á decir á la sobrina en esta guisa:

Muchas veces te he dicho, Esperanza mía, que no se te pasen de la memoria los consejos, documentos y advertencias que te he dado siempre, los cuales, si los guardas, como debes y me has prometido, te servirán de tanta utilidad y provecho quanto la misma experiencia y tiempo, que es maestro de todas las cosas, te lo darán á entender. No pienses que estamos en Placencia, de donde eres natural; ni en Zamora, donde comenzaste á saber qué cosa es mundo; ni menos estamos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena y llana, sin malicia ni recelo, y no tan intricada ni versada en bellaquerías y diabluras como en la que hoy estamos. Advierte, hija mía, que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez ó doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, gastadora, discreta, diabólica y de humor. Esto es en lo general; pero en lo particular, como todos por la mayor parte son forasteros y de diferentes partes y provincias, no todos tienen unas mismas condiciones. Porque los vizcaínos, aunque son pocos, es gente corta de razones; pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa. Los manchegos son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor á mojicones. Hay aquí también una masa de aragoneses, valencianos y catalanes: tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada; mas no los pidas más, y si más quieres saber, sábeta, hija, que no saben de burlas: porque son, cuando se enojan con una mujer, algo crueles y no de buenos higados. Á los castellanos nuevos tenlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por lo menos, si no dan no piden. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega á plata lo es, y si á cobre, cobre se

queda. Para los andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco; porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables. Los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son álguien. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades; porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en laceria. Mira pues, Esperanza, con qué variedad de gentes has de tratar, y si será necesario, habiéndote de engolfar en un mar de tantos bajíos, que te señale yo y enseñe un norte por donde te guies y rijas, porque no dé al través el navio de nuestra intención y pretensa, y echemos al agua la mercaderia de mi nave, que es tu gentil y gallardo cuerpo, tan dotado de gracia, donaire y garabato para cuantos dél toman envidia. Advierte, niña, que no hay maestro en toda esta universidad que sepa tan bien leer en su facultad, como yo sé y puedo enseñarte en esta arte mundanal que profesamos; pues así por los muchos años que he vivido en ella y por ella, como por las muchas experiencias que he hecho, puedo ser jubilada. Y aunque lo que ahora te quiero decir es parte del todo que otras muchas veces te he dicho, con todo eso quiero que me estés atenta y me dés grato oído; porque no todas veces lleva el marinero tendidas las velas de su navío, ni todas las lleva cogidas, pues según el viento tal es el tiento.

Estaba á todo lo dicho la dicha niña Esperanza bajos los ojos y escarbando el brasero con un cuchillo, inclinada la cabeza, y al parecer muy contenta y obediente á cuánto le iba diciendo; pero no contenta Claudia con esto, le dijo: Alza, niña, la cabeza, y deja de escarbar el fuego; clava y fija en mí los ojos, no te duermas; que para lo que te quiero decir otros cinco sentidos más de los que tienes debieras tener para aprenderlo y percebirlo. Á lo cual replicó

Esperanza: Señora tía, no se canse ni me canse en alargar y proseguir su arenga, que ya me tiene quebrada la cabeza con las muchas veces que me ha predicado y advertido de lo que me conviene y tengo de hacer; no quiera ahora de nuevo volvérmela á quebrar. Mire ahora ¡qué más tienen los hombres de Salamanca que los de las otras tierras! ¿Todos no son de carne y hueso? ¿Todos no tienen alma, con tres potencias y cinco sentidos? ¿Qué importa que tengan algunos más letras y estudios que los otros? Antes imagino yo que los tales se ciegan y caen más presto que los otros, porque tienen más entendimiento para conocer y estimar cuánto vale la hermosura. ¿Hay más que hacer que incitar al tibio, provocar al casto, negarse al carnal, animar al cobarde, alentar al corto, refrenar al presumido, despertar al dormido, convidar al descuidado, escribir al ausente, alabar al necio, celebrar al discreto, acariciar al rico, desengañar al pobre, ser ángel en la calle, santa en la iglesia, hermosa en la ventana, honesta en la casa y demonio en la cama? Todas estas cosas, señora tía, ya me las sé yo de coro: tráigame otras nuevas que avisarme y advertirme, y déjelas para otra coyuntura, porque le hago saber que toda me duermo, y no estoy para poderla escuchar. Mas una sola cosa le quiero decir y le aseguro, para que dello esté muy cierta y enterada, y es: que no me dejaré más martirizar de su mano por toda la ganancia que se me pueda ofrecer. Tres flores he dado ya, y otras tantas las ha usted vendido, y tres veces he pasado insufrible martirio. ¿Soy yo por ventura de bronce? ¿No tienen sensibilidad mis carnes? ¿No hay más sino dar puntadas en ellas como ropa descosida? ¡Por el siglo de mi madre, que no conocí, que no lo tengo más de consentir! Deje, señora tía, ya rebuscar mi viña: que á veces es más sabroso el rebusco que el esquilmo principal; y si todavía está determinada que mi jardín se venda por entero y jamás tocado, busque otro modo más suave de cerradura para su postigo; porque el del sirgo y aguja no hay pensar que llegue más á mis carnes.

¡Ay boba, boba, replicó la vieja Claudia, y qué poco sabes destos achaques! No hay cosa que se iguale para este menester á la de la aguja y sirgo encarnado; que todo lo demás es andar por las ramas. No vale nada el zumaque y vidrio molido; vale mucho menos la sanguijuela; la mirra no es de algún provecho, ni la cebolla albarrana, ni el papo de palomino, ni otros impertinentes menjurjes que hay, que todo es aire: porque no hay rústico ya, que si tantico quiere estar en lo que hace, no caiga en la cuenta de la moneda falsa. Vívame mi dedal y mi aguja, y vívame juntamente tu paciencia y buen sufrimiento, y venga á embestirme todo el género humano, que ellos quedarán engañados, tú con honra y yo con hacienda y más ganancia que la ordinaria. Yo confieso ser así, señora, lo que dice, replicó Esperanza; pero con todo, estoy resuelta en mi determinación, aunque se menoscabe mi provecho. Cuánto y más que en la tardanza de la venta está el perder la ganancia que se puede adquirir abriendo tienda desde luégo; que si, como dice, hemos de ir á Sevilla para la venida de la flota, no será razón que se nos pase el tiempo en flores, aguardando á vender la mía cuarta vez, que ya está negra de puro marchita. Váyase á dormir, señora, por mi vida, y piense en esto; y mañana habrá de tomar la resolución que mejor le pareciere, pues al cabo al cabo, habré de seguir sus consejos, pues la tengo por madre y más que madre.

Aquí llegaban en su plática la tia y la sobrina, la cual plática toda la había oído D. Félix, no poco admirado, cuando, sin ser poderoso para excusarlo, comenzó á estornudar con tanta fuerza y ruido que se pudiera oír en la calle. Al cual se levantó D.^a Claudia, toda alborotada y confusa, y tomando la vela entró en el aposento donde estaba la cama de Esperanza, y como si se lo hubieran dicho, se fué derecha á la cama, y alzando las cortinas, halló al señor caballero, empuñada la espada, calado el sombrero, muy aferruzado el semblante y puesto á punto de guerra.

Así como le vió la vieja comenzó á santiguarse, diciendo: ¡Jesús, valme! ¿Qué gran desventura y desdicha es ésta? ¡Hombres en mi casa, y en tal lugar y á tales horas! ¡Desdichada de mi! ¡Desventurada fui yo! ¿Qué dirá quién lo supiese? Sosiéguese usted, mi señora D.^a Claudia, dijo don Félix, que yo no he venido aquí para su deshonra y menoscabo, sino por su honor y provecho. Soy caballero, rico y callado, y sobre todo enamorado de mi señora doña Esperanza; y para alcanzar lo que merecen mis deseos y afición, he procurado, por cierta negociación secreta que usted sabrá algún día, ponerme en este lugar, no con otra intención sino de ver y gozar desde cerca de la que de lejos me ha hecho quedar sin vida. Y si esta culpa merece alguna pena, en parte estoy y á tiempo somos dónde y cuándo se me pueda dar: pues ninguna me vendrá de sus manos que yo no estime por muy crecida gloria, ni podrá ser más rigurosa para mí que la que padezco de mis deseos. ¡Ay sin ventura de mí, volvió á replicar Claudia, y á cuántos peligros estamos expuestas las mujeres que vivimos sin maridos y sin hombres que nos defiendan y amparen! Ahora sí que te echo menos, malogrado de ti, D. Juan de Bramonte, mal desdichado consorte mio; que si tú fueras vivo, ni yo me viera en esta ciudad, ni en la confusión y afrenta en que me veo. Usted, señor mío, sea servido luego al punto de volverse por donde entró: y si algo quiere en esta casa de mí ó de mi sobrina, desde afuera se podrá negociar con más despacio, con más honra y con más provecho y gusto. Para lo que yo quiero en la casa, replicó D. Félix, lo mejor que ello tiene, señora mía, es estar dentro della; que la honra por mí no se perderá; la ganancia está en la mano, que es el provecho; y por lo que hace al gusto, sé decir que no puede faltar. Y para que no sea todo palabras, y que sean verdaderas estas mías, esta cadena de oro doy para fiador dellas: y quitándose una buena cadena de oro del cuello, que pesaba cien ducados, se la ponía en el suyo. Á este punto, luego que vió tal

oferta y tan cumplida parte de paga la dueña del concierto, antes que su ama respondiese ni la tomase, dijo: ¿Hay principe en la tierra como éste, ni papa, ni emperador, ni cajero de mercader, ni perulo, ni auñ canónigo, que haga tal generosidad y largueza? Señora D.^a Claudia, por vida mia, que no se trate más deste negocio, sino que se le eche tierra y haga luégo todo cuánto este señor quisiere. ¿Estás en tu seso, Grijalva, que así se llamaba la dueña, estás en tu seso, loca, desatinada? dijo D.^a Claudia. ¿Y la limpieza de Esperanza, su flor cándida, su pureza, su doncellez no tocada, así la habia yo de aventurar y vender, sin más ni más, cebada de esa cadenilla? ¿Estoy yo tan sin juicio que me tengo de encandilar de sus resplandores, ni atar con sus eslabones, ni prender con sus ligamentos? ¡Por el siglo del que pudre, que tal no será! Usted se vuelva á poner su cadena, señor caballero, y mírenos con mejores ojos; y entienda que, aunque mujeres solas, somos principales, y que esta niña está como su madre la parió, sin que haya persona alguna en el mundo que pueda decir otra cosa; y si contra esta verdad le hubiesen dicho alguna mentira, todo el mundo se engaña, y al tiempo y la experiencia doy por testigos. Calle, señora, dijo á esta sazón la Grijalva, que, ó yo sé poco, ó que me maten si este señor no sabe toda la verdad del hecho de mi señora la moza. ¿Qué ha de saber, desvergonzada, qué ha de saber? replicó Claudia. ¿No sabéis vos la limpieza de mi sobrina? Por cierto bien limpia estoy, dijo entonces Esperanza, que estaba en medio del aposento, medio embobada y suspensa, viendo lo que pasaba sobre su cuerpo: y tan limpia que no há una hora con todo este frío me vesti una camisa limpia. Esté usted como estuviere, dijo D. Félix, que sólo por la muestra del paño que he visto no saldré de la tienda sin comprar toda la pieza; y porque no se me deje de vender por melindre ó ignorancia, sepa, señora Claudia, que he oído toda la plática ó sermón que acaba de hacer á la niña, y que quisiera yo ser el primero que esquilmara este

inajuelo, ó vendimiara esta viña, aunque se añadieran á esta cadena unos zarcillos de oro y unas esposas de diamantes. Y pues estoy tan al cabo de esta verdad, y tengo tan buena prenda, yá que no se estima la que doy ni la que tiene mi persona, úsese de mejor término conmigo, que será justo, con protestación y juramento que por mí nadie sabrá en el mundo el rompimiento desta muralla, sino que yo seré el pregonero de su entereza y bondad. Ea, dijo entonces la Grijalva, buen pro, buen pro le haga, para en uno son, yo los junto y los bendigo; y tomando la mano de la niña, se la acomodaba á D. Félix: de lo cual se encolerizó tanto la vieja, que quitándose un chapín, comenzó á dar á la Grijalva como en real de enemigos; la cual viéndose maltratar, echó mano de las tocas de Claudia, y no la dejó pedazo en la cabeza, descubriendo la buena señora una calva más lucia que la de un fraile, y un pedazo de cabellera postiza que le colgaba por un lado, con que quedó la más fea y abominable catadura del mundo. Viéndose maltratar así de su criada, comenzó á dar grandes alaridos y voces, apellidando á la justicia; y al primer grito, como si fuera cosa de encantamiento, entró por la sala el corregidor de la ciudad, con más de veinte personas, entre acompañados y corchetes: el cual, habiendo tenido soplo de las personas que en aquella casa vivian, determinó visitallas aquella noche, y habiendo llamado á la puerta, no le oyeron, como estaban embebecidas en sus pláticas, y los corchetes con dos palancas, de que de noche andan cargados para semejantes efectos, desquiciaron la puerta, y subieron tan queditos, que no fueron sentidos; y desde el principio de los documentos de la tía, hasta la pendencia de la Grijalva estuvo oyendo el corregidor sin perder un punto; y así, cuando entró dijo: Descomedida andáis con vuestra ama, señora criada. ¡Y cómo si anda descomedida esta bellaca, señor corregidor, dijo Claudia, pues se ha atrevido á poner las manos do jamás han llegado otras algunas desde que Dios me

arrojó en este mundo! Bien decís que os arrojó, dijo el corregidor, porque vos no sois buena sino para arrojada. Cubrios, honrada, y cúbranse todas, y vénganse á la cárcel. ¡ Á la cárcel, señor! ¿ Por qué? dijo Claudia. ¿ Á las personas de mi calidad y estofa úsase en esta tierra tratallas desta manera? No déis más voces, señora, que habéis de venir sin duda, mal que os pese, y con vos esta señora colegial trilingüe en el disfrute de su heredad. Que me maten, dijo la Grijalva, si el señor corregidor no lo ha oído todo; que aquello de las tres pingües, por lo de Esperanza lo ha dicho. Llegóse en esto D. Félix y habló aparte al corregidor, suplicándole no las llevase, que él las tomaba en fiado, mas no pudieron aprovechar con él los ruegos, ni menos las promesas.

Empero quiso la suerte que entre la gente que acompañaba al corregidor venian los dos estudiantes manchegos, y se hallaron presentes á toda esta historia; y viendo lo que pasaba, y que en todas maneras habían de ir á la cárcel. Esperanza, Claudia y la Grijalva, en un instante se concertaron entre si en lo que habían de hacer: y sin ser sentidos se salieron de la casa, y se pusieron en cierta calle tras cantón por donde habían de pasar las presas, con seis amigos de su traza y que luégo les deparó su buena ventura, á quienes rogaron les ayudasen en un hecho de importancia contra la justicia del lugar, para cuyo efecto los hallaron más prontos y listos que si fuera para ir á algún solemne banquete. De allí á poco asomó la justicia con las prisioneras, y antes que llegasen, pusieron mano los estudiantes con tal brio y denuedo, que á poco rato no les esperó porquerón en la calle, si bien no pudieron librar más que á la Esperanza: porque asi como los corchetes vieron trabada la pelea, los que llevaban á Claudia y á la Grijalva se fueron con ellas por otra calle, y las pusieron en la cárcel. El corregidor, corrido y afrentado, se fué á su casa, D. Félix á la suya, y los estudiantes á su posada. Y queriendo el que había quitado á Esperanza á la justicia go-

zarla aquella noche, el otro no lo quiso consentir, antes le amenazó de muerte si tal hiciese.

¡ Oh milagros del amor ! ¡ Oh fuerzas poderosas del deseo ! Digo esto, porque viendo el estudiante de la presa que el otro su compañero con tanto ahinco y veras le prohibía el gozalla, sin hacer otro discurso, y sin mirar cuál le estaba lo que quería hacer, dijo : Ahora, pues, ya que vos no consentís que yo goce á la que tanto me ha costado, y no queréis que por amiga me entregue en ella, á lo menos no me podréis negar que como á mujer legitima no me la habéis, ni podéis, ni debéis quitar ; y volviendo á la moza, á quien de la mano no había dejado, le dijo : Esta mano, que hasta aquí os he dado, señora de mi alma, como defensor vuestro, ahora, si vos queréis, os la doy como legitimo esposo y marido. La Esperanza, que de más bajo partido fuera contenta, al punto que vió el que se la ofrecía, dijo que sí y que resí, no una, sino muchas veces, y abrazóle como á su señor y marido. El compañero, admirado de ver tan extraña resolución, sin decirles nada se quitó de delante y se fué á su aposento. El desposado, temeroso de que sus amigos y conocidos le estorbasen el fin de su deseo y le impidiesen el casamiento, que aún no estaba hecho con las debidas circunstancias, aquella misma noche se fué al mesón donde posaba el arriero de su tierra. Quiso la buena suerte de Esperanza que el tal arriero se partía al otro día por la mañana, con el cual se fueron; y según se dijo, llegó á casa de su padre, donde le dió á entender que aquella señora que allí traía era hija de un caballero principal ; y que la había sacado de casa de su padre, dándole palabra de casamiento. Era el padre viejo, y creyó fácilmente cuánto le decía su hijo ; y viendo la buena cara de la nuera, se tuvo por más que satisfecho, y alabó como mejor supo la buena determinación de su hijo.

No le sucedió así á Claudia, porque se le averiguó por su misma confesión, que la Esperanza no era su sobrina ni parienta, sino una niña á quien había tomado de la puerta

de una iglesia, y que á ella y á otras, que en su poder había tenido, las había vendido por doncellas muchas veces á diferentes personas, y que desto se mantenía y esto tenía por oficio y ejercicio. Averiguósele también tener sus puntos de hechicera, por cuyos delitos el corregidor la sentenció á cuatrocientos azotes y á estar en una escalera, con una jaula y coroza en medio de la plaza; que fué el mejor día que aquel año tuvieron los muchachos de Salamanca.

Súpose luégo el casamiento del estudiante; y aunque algunos escribieron á su padre la verdad del caso y la calidad de la nuera, ella se había dado con su astucia y discreción tan buena maña en contentar y servir al viejo suegro, que aunque mayores males le dijeran della, no quisiera haber dejado de alcanzarla por hija: tal fuerza tiene la discreción y la hermosura. Y tal fin y paradero tuvo la señora Claudia de Astudillo y Quiñones, y tal le tengan todas cuantas su vida y proceder tuvieren.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El celoso extremeño.	5
La ilustre fregona.	43
Las dos doncellas.	97
La señora Cornelia.	139
El casamiento engañoso.	179
Coloquio de los perros.	193
La tía fingida.	257

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721452308

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

- Quevedo: El Gran Tacaño.
Avellaneda: El Quijote.
P. Isla: Cartas familiares.
Fray Luis de León: La perfecta casada.
Moratín: Comedias.
Autores varios: Extravagantes (opúsculos amenos y curiosos).
Feijoo: Obras escogidas.
Huarte: Examen de ingenios.
Jovellanos: Obras escogidas (I y II tomo).
Novelistas del siglo XVII.
Rojas Zorrilla: Comedias.
Rivadeneira: Tratado de la tribulación.
Cadalso: Obras escogidas.
Liñán y Verdugo: Guía y avisos de Forasteros.
Melo: Guerra de Cataluña.
Romancero general.
Zabaleta: El día de fiesta.
Larra: Artículos escogidos.
Cervantes: Novelas ejemplares (I y II tomo).

EN PRENSA

- Guevara: Epístolas escogidas.

